

IDAD AUTÓNOMA DE NUEVO  
21  
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

PLATE

PLATE

PQ6521

.A17

1878

4 de Abril de 1878.  
3 de Enero de 1879.  
19 de Junio de 1879  
27 de Junio de 1879  
12 de Septiembre de 1879.  
16 de Enero de 1880  
27 de Enero de 1880.



1020018264

Enero, Domingo, 25 de 1880.  
Enero, Lunes, 27 de 1880.  
4 de Abril de 1878.  
3 de Enero de 1879.  
19 de Junio de " "  
27 " " " 1879  
27 de Mayo de 1879.  
Septiembre 12 de 1879.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA UNIVERSAL

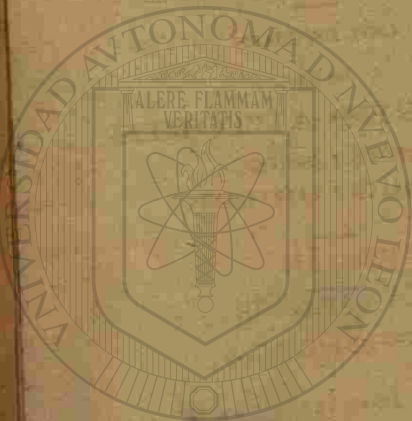
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,  
NACIONALES Y EXTRANJEROS

TOMO XII.

ESPRONCEDA

POESIAS

SEGUNDA EDICION



MADEID

DIRECCION Y ADMINISTRACION  
Leganitos, 18, cuarto

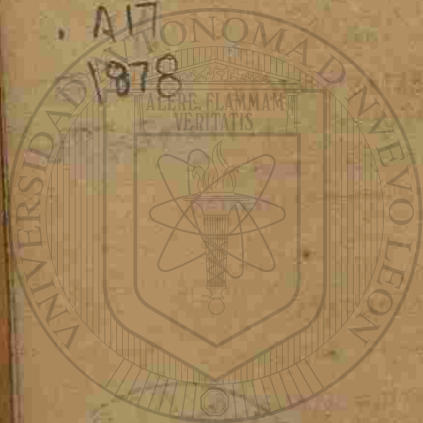
1878

111342

PQ6521

. A17

1878



DIRECCIÓN GENERAL DE

M. Romero, impresor, Valverde, 40, Madrid.

POESÍAS LÍRICAS

SERENATA.

Delio á las rejas de Elisa  
Le canta en noche serena  
Sus amores;  
Raya la luna, y la brisa  
Al pasar plácida suena  
Por las flores,  
Y al eco que va formando  
El arroyuelo saltando  
Tan sonoro,  
Le dice Delio á su hermosa  
En cantinela amorosa:  
«Yo te adoro.»  
En el regazo adormida  
Del blando sueño, presentes  
Mil delicias,

En tu ilusion embebida,  
Feliz te finges, y sientes  
Mis caricias.  
Y en la noche silenciosa  
Por la pradera espaciosa  
Blando coro  
Forman, diciendo á mi acento,  
El arroyuelo y el viento:  
«Yo te adoro.»  
En derredor de tu frente  
Leve soplo vuela apénas  
Muy callado,  
Y allí esparcido se siente  
Dulce aroma de azúceñas  
Regalado.  
Que en fragancia deleitosa  
Vuela también á la diosa  
Que enamoro,  
El eco grato que suena,  
Oyendo mi cantinela:  
«Yo te adoro.»  
Del fondo del pecho mio  
Vuela á tí suspiro eterno,  
Con mi acento:  
En él, mi Elisa, te envío  
El fuego de amor eterno  
Que yo siento.  
Por él, mi adorada hermosa,  
Por esos labios de rosa  
De tí imploro  
Que le escuches con ternura,  
Y le oirás cómo murmura:  
«Yo te adoro.»  
Despierta y el lecho deja:  
No prive el sueño tirano

De tu risa  
A Delio, que está á tu reja  
Y espera ansioso tú mano,  
Bella Elisa.  
Despierta, que ya pasaron  
Las horas que nos costaron  
Tanto lloro;  
Sal, que gentil enramada  
Dice, á tu puerta enlazada:  
«Yo te adoro.»

Londres-1823.

A UNA DAMA BURLADA.

Dueña de rubios cabellos,  
Tan altiva,  
Que creéis que basta el vello  
Para que un amante viva  
Preso en ellos  
El tiempo que vos queréis;  
Si tanto ingenio teneis  
Que entreteneis tres galanes,  
¿Cómo salieron mal hora,  
Mi señora,  
Tus afanes?  
Pusiste gesto amoroso  
Al primero:  
Al segundo el rostro hermoso  
Le volviste placentero;  
Y con dolos  
Sortilegio en tu prision  
Entró un tercer corazon:

Viste á tus piés tres galanes,  
Y diste, al verlos rendidos,  
Por cumplidos  
Tus afanes.

¡De cuántas mañas usabas  
Diligente!

Ya tu voz al viento dabas,  
Ya mirabas dulcemente,  
O ya hablabas

De amor, ó dabas enojos;  
Y en tus engañosos ojos  
A un tiempo los tres galanes,

Sin saberlo tú, leían  
Que mentían

Tus afanes.

Ellos de tí se burlaban;

Tú reías:

Ellos á tí te engañaban.

Y tú, mintiendo, creías

Que te amaban:

Decid, ¡quién aquí engañó!

¡Quién aquí ganó ó perdió!

Sus deseos tus galanes

Al fin miraron cumplidos,

Tú fallidos

Tus afanes (1).

Estos versos componen una canción que el poeta puso en boca del paje Jimeno en la novela histórica titulada, *Sancho Saldaña ó el Castellano de Alarcón*.

## A LA NOCHE.

### ROMANCE.

Salve, oh tú, noche serena,  
Que el mundo velas Augusta,  
Y los pesares de un triste  
Con tu oscuridad endulzas.

El arroyuelo á lo léjos  
Más acallado murmura,  
Y entre las ramas el aura  
Eco armonioso susurra.

Se cubre el monte de sombras  
Que las praderas anublan,  
Y las estrellas apénas  
Con trémula luz alumbran.

Melancólico ruido  
Del mar las olas murmuran,  
Y fátuos, rápidos fuegos  
Entre sus aguas fluctúan.

El majestuoso río  
Sus claras ondas enluta,  
Y los colores del campo  
Se ven en sombra confusa.

Al aprisco sus ovejas  
Lleva el pastor con presura,  
Y el labrador impaciente  
Los pesados bueyes punza.

En sus hogueras le esperan  
Su esposa y prole robusta,  
Parca cena preparada  
Sin sobresalto ni angustia.

Todos suave reposo



En tu calma ¡oh noche! buscan,  
Y aún las lágrimas tus sueños  
Al desventurado enjugan.

¡Oh qué silencio! ¡oh qué grata  
Oscuridad y tristura!

¡Cómo el alma contemplaros  
En sí recogida gusta!

Del mustio agorero bulo  
El ronco graznar se escucha,

Que el magnífico reposo  
Interrumpé de las tumbas.

Allá en la elevada torre  
Lánguida lámpara alumbra,  
Y en derredor negras sombras,  
Agitándose, circulan.

Mas ya el pértigo de plata  
Muestra naciente la luna,  
Y las cimas del otero

De cándida luz inunda.

Con majestad se adelanta  
Y las estrellas ofusca,  
Y el azul del alto cielo

Reverbera en lumbré pura.

Deslizase manso el río,  
Y su luz trémula ondula  
En sus aguas retratada,

Que, terso espejo, relumbran.

Al blando batir del remo  
Dulces cantares se escuchan  
Del pescador, y su barco

Al plácido rayo cruza.

El ruisenor á su esposa  
Con vario cántico arrulla,  
Y en la calma de los bosques

Dice él solo sus ternuras.

Tal vez de algun caserío  
Se ve subir en confusas  
Ondas el humo, y por ellas  
Entre-clarear la luna.

Por el espeso ramaje  
Penetrar sus rayos dudan,  
Y las hojas que los quiebran  
Hacen que tímidos luzcan.

Ora la brisa suave  
Entre las flores susurra,  
Y de sus gratos aromas  
El ancho campo perfuma.

Ora acaso en la montaña  
Eco sonoro modula  
Algun lánguido sonido,  
Que otro á imitar se apresura.

Silencio, plácida calma  
A algun murmullo se juntan  
Tal vez, haciendo más grata  
La faz de la noche oscura.

¡Oh! salve, amiga del triste,  
Con blando bálsamo endulza  
Los pesares de mi pecho,  
Que en ti su consuelo buscan.

#### EL PESCADOR.

Pescadoreita mía,  
Desciende á la ribera,  
Y escucha placentera

Mi cántico de amor;

Sentado en su barquilla,  
Te canta su cuidado,

Cual nunca enamorado,  
Tu tierno pescador.

La noche el cielo encubre,  
Y calla manso el viento,  
Y el mar sin movimiento  
Tambien en calma está;

A mi batel descende,  
Mi dulce amada hermosa:  
La noche tenebrosa  
Tu faz alegrará.

Aquí apartados, solos,  
Sin otros pescadores,  
Suavisimos amores  
Felice te diré,

Y en esos dulces lábios  
De rosas y claveles,  
El ámbar y las mieles  
Que vierten, libaré.

La mar adentro irémos,  
En mi batel cantando,  
Al son del viento blando,  
Amores y placer;

Regalaréte entonces  
Mil varios pececillos,  
Que al verte, simplecillos,  
De tí se harán prender.

De conchas y corales  
Y nácar á tu frente  
Girnalda reluciente,  
Mi bien, te ceniré;

Y eterno amor mil veces  
Jurándote, cumplida  
En tí, mi dulce vida,  
Mi dicha encontraré.

No el hondo mar te espanto,

Ni el viento proceloso,  
Que al ver tu rostro hermoso  
Sus iras calmarán;

Y silfidas y ondinas  
Por reina de los mares  
Con plácidos cantares  
A par te aclamarán.

Vén ¡ay! á mi barquilla:  
Completa mi fortuna:  
Naciente ya la luna  
Refleja al ancho mar:

Sus mansas olas bate  
Suave, leve brisa;  
Vén ¡ay! mi dulce Elisa,  
Mi pecho á consolar.

OSCAR Y MALVINA

IMITACION DEL ESTILO DE OSIAN.

*(A tale of the times of old.)*

LA DESPEDIDA.

Magnífico Morven, se alza tu frente  
De sempiterna nieve coronada:  
Al hondo valle bramador torrente  
De tu cumbre enriscada  
Se derrumba con impetu sonante,  
Y zumba allá distante.  
La lira do Osian resonó un día  
En tu breñosa cumbre:  
Tierna melancolía  
Vertió en la soledad, y repetiste  
Su acento de dolor, lánguido y dulce  
Como el recuerdo del amante triste  
De su amada en la tumba.  
El eco de su voz clamando «guerra».  
Al rumor del torrente parecía,

Que en silencio retumba.  
Aun figuro tal vez que las montañas  
De nuevo esperan resonar su acento,  
Cual, muda la ribera,  
De las olas que tornan,  
El ronco estruendo y el embate espera.  
¿Dónde estás, Osian! ¿En los palacios  
De las nubes agitas la tormenta,  
O en el collado gira allá en la noche  
Vagarosa tu sombra macilenta!  
Siento tierno quejido,  
Y oigo el nombre de Oscar y de Malvina  
Del aura entre el ruido,  
Si el alta copa del ciprés inclina;  
Y al resonar el hijo de la roca,  
Cuando su voz se pierde  
Cual la luz de la luna entre la niebla,  
Mi mente se figura  
Que escucho tus acentos de dulzura.  
Miro el alcázar de Fingal cubierto  
De innoble musgo y hierba,  
Y en silencio profundo sepultado  
Como la noche el mar, el viento en calma.  
¿Dó las armas están! ¿Dónde el sonido  
Del escudo batido?  
¿Dó de Caril la lira delicada,  
Las fiestas de las conchas y tu llanto,  
Móina desconsolada!  
Blando el eco repite  
Segunda vez el nombre de Malvina  
Y el de su dulce Oscar; tiernos se amaron:  
Gime en su losa de la noche el viento,  
Y repite sus nombres que pasaron.  
Oscar, de negros ojos: en las paces  
Dulce su corazón como los rayos



Del astro bello precursor del día;  
Y fiero en la batalla de la lanza,  
A la suya seguía  
La muerte que vibraba su pujanza.  
Llamó al héroe la guerra  
Que el tirano Cairvar fiero traía,  
Y su Malvina hermosa,  
Tierno llanto vertiendo, le decía:  
«¿Dónde marchas, Oscar?» Sobre las rocas,  
Donde braman los vientos,  
Me mirarán llorar mis compañeras:  
No más fatigaré, vibrando el arco,  
Por el monte las fieras,  
Ni á ti cansado de la ardiente caza  
Te esperaré cuidosa,  
Ni oíré ya más la voz de tus amores,  
Ni mi alma estará nunca gozosa.  
«¿En dónde está mi Oscar?» A los guerreros  
Preguntaré anhelaute;  
Y ellos, pasando junto á mí ligeros,  
Responderán: «¡Murió!» Dice, y espira  
En sollozos su acento, más suave  
Que del arpa el sonido,  
Al vislumbrar la luna  
El solitario bosque y escondido.  
«Destierra este temor, Malvina mía»,  
Oscar responde con fingido aliento:  
«Muchos los héroes son que Fingal manda:  
Caiga el fiero Cairvar y yo perezca,  
Si es forzoso también; mas tú, Malvina,  
Bella como la edad de la inocencia,  
Vive, que ya destina  
Himnos el bardo á eternizar mi gloria,  
Mis hazanas oírás, y entre las nubes  
Yo sonreiré feliz, y vagaroso.

Allá en la noche fría,  
Bajaré á tu mansion; verás mi sombra  
Al triste rayo de la luna umbría.»  
Y dice, y se desprende de los brazos  
De su infeliz Malvina:  
A pasos rapidísimos avanza,  
Y á la llama oscilante  
De las hogueras del extenso campo  
Brillar se ven sus armas, cual ardiente,  
Rápida exhalación. Yace en silencio  
El campamento todo.  
Y sólo al eco repetir se siente  
El crujir al andar de su armadura  
Y el blando susurrar del mauso ambiente.  
Cual por nubes la luna silenciosa  
Su luz quebrada envía  
Trémula sobre el mar que la retrata,  
Que ora se ve brillar, ora perdida,  
Pardo bellón de nube la arrebató,  
Cielo y tierra en tinieblas sepultando;  
Así á veces Oscar brilla, y se pierde,  
La selva atravesando.

EL COMBATE.

Cairvar yace adormido  
Y tiene junto á sí lanza y escudo,  
Y relumbra su yelmo  
Claro á la llamarada reluciente  
De un tronco carcomido,  
Casi despojo de la llama ardiente,  
Mitad de él á cenizas reducido

«Levántate, Cairvar», Oscar le grita;  
«Cual horrible tormenta  
Eres tú de temer; mas yo no tiemblo:  
Desprecio tu arrogancia y osadía:  
La lanza apresta y el escudo embraza;  
Alzate, pues, que Oscar te desafia.»

Cual en noche serena  
Súbite amenazante, inmensa nube  
La turbulenta mar de esanto llena,  
Se levanta Cairvar, alto cual roca  
De endurecido hielo.

«¡Quién osa del valiente»,  
En voz tronante grita,  
«Ora turbar el sueño! ¡Y quién irrita  
La cólera á Cairvar armipotente!»  
«Vigoroso es tu brazo en la pelea,  
Rey de la mar de aurirrolladas olas»,  
Oscar de negros ojos le responde,

.....  
Hará ceder tu indómita pujanza.»  
Como el furor del viento proceloso  
Ondas con ondas con bramido horrendo  
Estrella impetuoso,  
Los guerreros ardiendo se arremeten  
Y fieros se acometen.

Chispea el hierro, la armadura suena:  
Al rumor de los golpes gime el viento,  
Y su són dilatándose violento,  
Al ronco monte atruena.  
Cayó Cairvar como robusto tronco  
Que tumba el lenador al golpe rudo  
De hendiente hacha pesada,  
Y cayó derribada  
Su soberbia fiereza,

Y su insolente orgullo y aspereza.  
Mas ¡ay! que moribundo  
Oscar yace también: ¡triste Malvina!  
Aún no los bellos ojos apartaste  
Del bosque aquel que le ocultó á tu vista,  
Y del último adios aún no enjugaste  
Las lágrimas hermosas.  
Tú, más dulce á tu Oscar que las sabrosas  
Auras de la mañana,  
Siempre sola estarás: si entre las selvas  
Pirámide de hielo  
Reverbera á la luna;  
En tu ilusion dichosa  
Figurarás tu amante,  
Pensando ver su cota fulgorosa:  
Pasará tu delirio,  
Y verterás el llanto de amargura  
Sola y desconsolada:.....  
«¡Ay! ¡Oscar pereció!» gemirá el viento  
Al romper la alborada,  
Y al ocultar el sol la sombra oscura  
De la noche callada.

#### AL SOL.

#### HIMNO.

Para y óyeme ¡oh sol! yo te saludo  
Y estático ante ti me atrevo á hablarte.  
Ardiente como tú mi fantasía,  
Arrebatada en ansia de admirarte,  
Intrepidas á ti sus alas guía.  
¡Ojalá que mi acento poderoso,

Sublime resonando,  
Del trueno pavoroso  
La temerosa voz sobrepujando,  
¡Oh sol! á ti llegara  
Y en medio de tu curso te parára!  
¡Ah! si la llama que mi mente alumbra,  
Diera también su ardor á mis sentidos;  
Al rayo vencedor que los deslumbra,  
Los anhelantes ojos alzara,  
Y en tu semblante fúlgido atrevidos,  
Mirando sin cesar, los fijara.  
¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente!  
¡Con qué sencillo anhelo,  
Siendo niño inocente,  
Seguirte ansiaba en el tendido cielo,  
Y estático te vía,  
Y en contemplar tu luz me embebecía!  
De los dorados límites de Oriente  
Que ciñe el rico en perlas Oceano,  
Al término sombroso de Occidente,  
Las orlas de tu ardiente vestidura  
Tiendes en pompa, augusto soberano,  
Y el mundo bañas en tu lumbre pura.  
Vivido lanzas de tu frente el día,  
Y, alma y vida del mundo,  
Tu disco en paz majestuoso envía  
Plácido ardor fecundo,  
Y te elevas triunfante,  
Corona de los orbes centellante.  
Tranquilo subes del cenit dorado  
Al regio trono en la mitad del cielo,  
De vivas llamas y esplendor ornado,  
Y reprimes tu vuelo:  
Y desde allí tu fúlgida carrera  
Rápido precipitas,

Y tu rica encendida cabellera  
En el seno del mar trémula agitas,  
Y tu esplendor se oculta,  
Y el ya pasado día  
Con otros mil la eternidad sepulta.  
¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto  
En su abismo insondable desplomarse!  
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío  
De imperios populosos disiparse!  
¡Qué fueron ante ti! Del bosque umbrío  
Secas y leves hojas desprendidas,  
Que en círculos se mecen,  
Y al furor de Aquilon desaparecen.  
Libre tú de tu cólera divina,  
Viste anegarse el universo entero,  
Cuando las aguas por Jehová lanzadas,  
Impelidas del brazo justiciero,  
Y á mares por los vientos despeñadas,  
Bramó la tempestad: retumbó en torno  
El ronco trueno y con temblor crujieron  
Los ejes de diamante de la tierra:  
Montes y campos fueron  
Alborotado mar, tumba del hombre.  
Se estremeció el profundo;  
Y entónces tú, como señor del mundo,  
Sobre la tempestad tú trono alzabas,  
Vestido de tinieblas,  
Y tu faz engreías,  
Y á otros mundos en paz resplandecías.  
Y otra vez nuevos siglos  
Viste llegar, huir, desvanecerse  
En remolino eterno, cual las olas  
Llegan, se agolpan y huyen de Oceano,  
Y tornan otra vez á sucederse;  
Mientras inmutable tú, solo y radiante



¡Oh sol! siempre te elevas,  
Y edades mil y mil huellas triunfante.  
¡Y habrás de ser eterno, inextinguible.  
Sin que nunca jamás tu inmensa hoguera  
Pierda su resplandor, siempre incansable,  
Andaz siguiendo tu inmortal carrera,  
Hundirse las edades contemplando,  
Y solo, eterno, parenal, sublime,  
Monarca poderoso, dominando!  
No; que también la muerte,  
Si de lejos te sigue,  
No ménos anhelante te persigue.  
¡Quién sabe si tal vez pobre destello  
Eres tú de otro sol que otro universo  
Mayor que el nuestro un día  
Con doble resplandor esclarecía!!!  
Goza tu juventud y tu hermosura,  
¡Oh sol! que cuando el pavoroso día  
Llegue que el orbe estable y se desprenda  
De la potente mano  
Del Padre soberano,  
Y allá á la eternidad también descienda,  
Deshecho en mil pedazos, destrozado,  
Y en piélagos de fuego  
Envuelto para siempre y sepultado,  
De cien tormentas al horrible estruendo  
En tinieblas sin fin tu llama pura  
Entonces morirá: noche sombría  
Cubrirá eterna la celeste cumbre:  
Ni aun quedará reliquia de tu lumbre!!!

## CANCIONES.

### LA CAUTIVA.

Ya el sol esconde sus rayos,  
El mundo en sombras se vela,  
El ave á su nido vuela,  
Busca asilo el trovador.  
Todo calla: en pobre cama  
Duerme el pastor venturoso:—  
En su lecho suntuoso  
Se agita insomne el señor,  
Se agita; mas ¡ay! reposa  
Al fin en su patrio suelo;  
No llora en misero duelo  
La libertad que perdió.  
Los campos ve que á su infancia  
Horas dieron de contento,  
Su oído halaga el acento  
Del país donde nació.

¡Oh sol! siempre te elevas,  
Y edades mil y mil huellas triunfante.  
¡Y habrás de ser eterno, inextinguible.  
Sin que nunca jamás tu inmensa hoguera  
Pierda su resplandor, siempre incansable,  
Andaz siguiendo tu inmortal carrera,  
Hundirse las edades contemplando,  
Y solo, eterno, parenal, sublime,  
Monarca poderoso, dominando!  
No; que también la muerte,  
Si de lejos te sigue,  
No ménos anhelante te persigue.  
¡Quién sabe si tal vez pobre destello  
Eres tú de otro sol que otro universo  
Mayor que el nuestro un día  
Con doble resplandor esclarecía!!!  
Goza tu juventud y tu hermosura,  
¡Oh sol! que cuando el pavoroso día  
Llegue que el orbe estable y se desprenda  
De la potente mano  
Del Padre soberano,  
Y allá á la eternidad también descienda,  
Deshecho en mil pedazos, destrozado,  
Y en piélagos de fuego  
Envuelto para siempre y sepultado,  
De cien tormentas al horrible estruendo  
En tinieblas sin fin tu llama pura  
Entonces morirá: noche sombría  
Cubrirá eterna la celeste cumbre:  
Ni aun quedará reliquia de tu lumbré!!!

## CANCIONES.

### LA CAUTIVA.

Ya el sol esconde sus rayos,  
El mundo en sombras se vela,  
El ave á su nido vuela,  
Busca asilo el trovador.  
Todo calla: en pobre cama  
Duerme el pastor venturoso:—  
En su lecho suntuoso  
Se agita insomne el señor,  
Se agita; mas ¡ay! reposa  
Al fin en su patrio suelo;  
No llora en misero duelo  
La libertad que perdió.  
Los campos ve que á su infancia  
Horas dieron de contento,  
Su oído halaga el acento  
Del país donde nació.

No gime ilustre cautivo  
Entre doradas cadenas,  
Que si bien de encanto llenas,  
Al cabo cadenas son.

Si acaso triste lamenta,  
En torno ve á sus amigos,  
Que, de su pena testigos,  
Consuelan su corazon.

La arrogante erguida palma  
Que en el desierto florece,  
Al viajero sombra ofrece,  
Descanso y grato manjar:

Y, aunque sola, allí es querida  
Del árabe errante y fiero,  
Que siempre va placentero  
A su sombra á reposar.

Mas ¡ay triste! yo cautiva,  
Huérfana y sola suspiro,  
En clima extraño respiro,  
Y amo á un extraño tambien.

No hallan mis ojos mi patria:  
Humo han sido mis amores;  
Nadie calma mis dolores,  
Y en celos me siento arder.

¡Ah! ¡Llorar! ¡Llorar!..... no puedo,  
Ni ceder á mi tristura,  
Ni consuelo en mi amargura  
Podré jamas encontrar.

Supe amar como ninguna,  
Supe amar correspondida;  
Despreciada, aborrecida,  
¡No sabré tambien odiar!

¡Adios, patria! ¡adios, amores!  
La infeliz Zoraida ahora  
Sólo venganzas implora,

Ya condenada á morir.  
No soy ya del castellano  
La sumisa enamorada;  
Soy la cautiva cansada  
Ya de dejarse oprimir (1).

### CANCION DEL PIRATA.

Con diez cañones por banda,  
Viento en popa á toda vela,  
No corta el mar, sino vuela  
Un velero bergantín:

Bajel pirata que llaman,  
Por su bravura, el *Temido*,  
En todo mar conocido  
Del uno al otro confin.

La luna en el mar ríela,  
En la lona gime el viento,  
Y alza en blando movimiento  
Olas de plata y azul;

Y ve el capitán pirata,  
Cantando alegre en la popa,  
Asia á un lado, al otro Europa,  
Y allá á su frente Stambul (2).

«Navega, velero mio,  
Sin temor,  
Que ni enemigo navío,

(1) Esta canción tambien se insertó en la citada novela de Sancho Saldaña.

(2) Nombre que dan los turcos á Constantinopla.



Ni tormenta, ni bonanza  
Tu rumbo á torcer alcanza.  
Ni á sujetar tu valor.

»Veinte presas

Hemos hecho  
A despecho  
Del inglés,  
Y han rendido  
Sus pendones  
Cien naciones  
A mis piés.»

*Que es mi barco mi tesoro,  
Que es mi Dios la libertad,  
Mi ley la fuerza y el viento,  
Mi única patria la mar.*

«Allá muevan feroz guerra

Ciegos reyes

Por un palmo más de tierra:  
Que yo tengo aquí por mío  
Cuanto abarca el mar bravío,  
A quien nadie impuso leyes.

»Y no hay playa,

Sea cualquiera,

Ni bandera

De esplendor,

Que no sienta

Mi derecho,

Y dé pecho

A mi valor.»

*Que es mi barco mi tesoro.....*

«A la voz de «¡barco viene!»

Es de ver

Cómo vira y se previene

A todo trazo escapar;  
Que yo soy el rey del mar,  
Y mi furia es de temer.

»En las presas

Yo divido

Lo cogido

Por igual:

Sólo quiero

Por riqueza

La belleza

Sin rival.»

*Que es mi barco mi tesoro.....*

«¡Sentenciado estoy á muerte!

Yo me rio:

No me abandone la suerte  
Y al mismo que me condena,  
Colgaré de alguna entena,  
Quizá en su propio navío.

»Y si caigo,

¡Qué es la vida!

Por pérdida

Ya la di,

Cuando el yngo

Del esclavo,

Como un bravo,

Sacudi.»

*Que es mi barco mi tesoro.....*

«Son mi música mejor

Aquilones:

El estrépito y temblor  
De los cables sacudidos,  
Del negro mar los bramidos  
Y el rugir de mis cañones.



»Y del trueno  
Al són violento  
Y del viento  
Al rebramar,  
Yo me duermo  
Sosegado,  
Arrullado  
Por el mar.»

*Que es mi barco mi tesoro,  
Que es mi Dios la libertad,  
Mi ley la fuerza y el viento,  
Mi única patria la mar.*

### EL CANTO DEL COSACO.

Donde sienta mi caballo  
los pies no vuelve á nacer  
hierba.

*(Palabras de Atila.)*

CORO.

*¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!  
La Europa os brinda espléndido botín;  
Sangrienta charca sus campiñas sean,  
De los grajos su ejército festín.*

*¡Hurra! ¡á caballo, hijos de la niebla!  
Suelta la rienda, á combatir volad:  
¡Veis esas tierras fértiles! Las puebla  
Gente opulenta, afeminada ya.*

*Casas, palacios, campos y jardines,  
Todo es hermoso y refulgente allí:  
Son sus hembras celestes serafines,*

*Su sol alambra un cielo de zafir.  
¡Hurra, cosacos del desierto!...*

*Nuestros sean su oro y sus placeres;  
Gocemos de ese campo y ese sol;  
Son sus soldados ménos que mujeres,  
Sus reyes viles mercaderes son.*

*Vedlos huir para esconder su oro  
Vedlos cobardes lágrimas verter...  
¡Hurra! volad: sus cuerpos, su tesoro  
Huelen nuestros caballos con sus piés.  
¡Hurra, cosacos del desierto!...*

*Dictará allí nuestro capricho leyes,  
Nuestras casas alcázares serán,  
Los cetros y coronas de los reyes  
Cual juguetes de niños rodarán.*

*¡Hurra! ¡volad! á hartar nuestros deseos:  
Las más hermosas nos darán su amor,  
Y no hallarán nuestros semblantes feos,  
Que siempre brilla hermoso el vencedor.  
¡Hurra, cosacos del desierto!...*

*Desgarrarémos la vencida Europa  
Cual tigres que devoran su ración;  
En sangre empaparémos nuestra ropa  
Cual rojo manto de imperial señor.*

*Nuestros nobles caballos refinando  
Regias habitaciones morarán;  
Cien esclavos, sus frentes inclinando,  
Al mover nuestros ojos temblarán.  
¡Hurra, cosacos del desierto!...*

*Venid, volad, guerreros del desierto,  
Como nubes en negra confusion,*

Todos suelto el bridon, el ojo incierto,  
Todos atropellándoos en monton.

Id en la espesa niebla confundidos,  
Cual tromba que arrebató el huracán,  
Cual témpanos de hielo endurecidos  
Por entre rocas despenados van

*¡Hurra, cosacos del desierto!...*

Nuestros padres un tiempo caminaron  
Hasta llegar á una imperial ciudad:  
Un sol más puro es fama que encontraron,  
Y palacios de oro y de cristal.

Vadearon el Tibre sus bridones,  
Yerta á sus piés la tierra enmudeció:  
Su sueño con fantásticas canciones  
La fada de los triunfos arrulló.

*¡Hurra, cosacos del desierto!...*

¡Qué! ¡No sentís la lanza estremecerse,  
Hambrienta, en vuestras manos, de matar!  
¡No veis entre la niebla aparecerse  
Visiones mil que el paraben nos dan!

Escudo de esas miseras naciones  
Era ese muro que abatido fué;  
La gloria de Polonia y sus blasones  
En humo y sangre convertidos ved.

*¡Hurra, cosacos del desierto!...*

¡Quién en dolor trocó sus alegrías!  
¡Quién sus hijos triunfante encadenó!  
¡Quién puso fin á sus gloriosos días!  
¡Quién en su propia sangre los ahogó!

¡Hurra, cosacos! ¡gloria al más valiente!  
Esos hombres de Europa nos verán:  
¡Hurra! nuestros caballos en su frente

Hondas sus herraduras marcarán.

*¡Hurra, cosacos del desierto!...*

A cada bote de la lanza ruda,  
A cada escape en la abrasada lid,  
La sangrienta ración de carne cruda  
Bajo la silla sentiréis hervir.

Y allá despues en templos suntuosos,  
Sirviéndonos de mesa algun altar,  
Nuestra sed calmarán vinos sabrosos,  
Hartará nuestra hambre blanco pan.

*¡Hurra, cosacos del desierto!...*

Y nuestras madres nos verán triunfantes,  
Y á esa caduca Europa á nuestros piés,  
Y acudirán de gozo palpitautes,  
En cada hijo á contemplar un rey.

Nuestros hijos sabrán nuestras acciones,  
Las coronas de Europa heredarán,  
Y á conquistar tambien otras regiones  
El caballo y la lanza aprestarán.

*¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!  
La Europa os brinda espléndido botín:  
Sangrienta charca sus campiñas secan,  
De los grajos su ejército festin.*

EL MENDIGO.

*Mío es el mundo: como el aire libre,  
Otros trabajan porque coma yo;  
Todos se ablandan si doliente pido  
Una limosna por amor de Dios.*

El palacio, la cabaña

Son mi asilo.  
 Si del ábrego el furor  
 Troncha el roble en la montaña.  
 Ó que inunda la campana  
 El torrente asolador.

Y á la hoguera  
 Me hacen lado  
 Los pastores  
 Con amor,  
 Y sin pena  
 Y descuidado  
 De su cena  
 Ceno yo.  
 Ó en la rica  
 Chimenea,  
 Que recrea  
 Con su olor,  
 Me regalo  
 Codicioso  
 Del banquete  
 Santuoso  
 Con las sobras  
 De un señor.

Y me digo: el viento brama,  
 Caiga furioso turbion;  
 Que al són que cruje de la seca leña,  
 Libre me duermo sin rencor ni amor.

*Mio es el mundo como el aire libre...*

Todos son mis bienhechores,  
 Y por todos  
 A Dios ruego con fervor;  
 De villanos y señores  
 Yo recibo los favores  
 Sin estima y sin amor.

Ni pregunto  
 Quiénes sean,  
 Mi me obligo  
 A agradecer;  
 Que mis rezos  
 Si desean,  
 Dar limosna  
 Es un deber.  
 Y es pecado  
 La riqueza;  
 La pobreza  
 Santidad:  
 Dios á veces  
 Es mendigo,  
 Y al avaro  
 Da castigo  
 Que le niegue  
 Caridad.

Yo soy pobre y se lastiman  
 Todos al verme plañir,  
 Sin ver son mias sus riquezas todas,  
 Que mina inagotable es el pedir.

*Mio es el mundo: como el aire libre...*

Mal revuelto y andrajoso,  
 Entre harapos  
 Del lujo sátira soy,  
 Y con mi aspecto asqueroso  
 Me vengo del poderoso,  
 Y adonde va, tras él voy.

Y á la hermosa  
 Que respira  
 Cien perfumes,  
 Gala, amor,  
 La persigo



Hasta que mira,  
 Y me gozo  
 Cuando aspira  
 Mi punzante  
 Mal olor.  
 Y las fiestas  
 Y el contento  
 Con mi acento  
 Turbo yo,  
 Y en la bulla  
 Y la alegría  
 Interrumpen  
 La armonía  
 Mis harapos  
 Y mi voz:

Mostrando cuán cerca habitan  
 El gozo y el padecer.  
 Que no hay placer sin lágrimas, ni pena  
 Que no transpire en medio del placer.

*Mio es el mundo: como el aire libre...*

Y para mí no hay mañana,  
 Ni hay ayer;

Olvido el bien como el mal,  
 Nada me aflige ni afana;  
 Me es igual para mañana  
 Un palacio, un hospital.

Vivo ajeno  
 De memorias,  
 De cuidados  
 Libre estoy;  
 Busquen otros  
 Oro y glorias,  
 Yo no pienso  
 Sino en hoy.

Y do quiera  
 Vayan leyes,  
 Quiten reyes,  
 Reyes den;  
 Yo soy pobre,  
 Y al mendigo,  
 Por el miedo  
 Del castigo,  
 Todos hacen  
 Siempre bien.

Y un asilo donde quiera  
 Y un lecho en el hospital  
 Siempre hallaré, y un hoyo donde caiga  
 Mi cuerpo miserable al espirar.

*Mio es el mundo: como el aire libre,  
 Otros trabajan porque coma yo:  
 Todos se ablandan si doliente pido  
 Una limosna por amor de Dios.*

EL REO DE MUERTE.

¡Para hacer bien por el alma,  
 Del que van á justiciar!!

I.

Reclinado sobre el suelo  
 Con lenta, amarga agonía,  
 Pensando en el triste día  
 Que pronto amanecerá;  
 En silencio gime el reo  
 Y el fatal momento espera

En que el sol por vez postrera  
En su frente lucirá.  
Un altar y un crucifijo  
Y la enlutada capilla,  
Lánguida vela amarilla  
Tiene en su luz funeral;  
Y junto al misero reo,  
Medio encubierto el semblante,  
Se oye al fraile agonizante  
En son confuso rezar.  
El rostro levanta el triste  
Y alza los ojos al cielo;  
Tal vez eleva en su duelo  
La súplica de piedad.  
¡Una lágrima! ¿es acaso  
De temor, ó de amargura?  
¡Ay! ¡A aumentar su tristara  
Vino un recuerdo quizá!!!  
Es un joven, y la vida  
Llena de sueños de oro,  
Pasó ya, cuando aún el lloro  
De la niñez no enjugó:  
El recuerdo es de la infancia,  
¡Y su madre que le llora,  
Para morir así ahora  
Con tanto amor le crió!!!  
Y á par que sin esperanza  
Ve ya la muerte en acecho,  
Su corazón en su pecho  
Siente con fuerza latir;  
Al tiempo que mira al fraile,  
Que en paz ya duerme á su lado,  
Y que, ya viejo y postrado,  
Le habrá de sobrevivir.  
¡Mas qué rumor á deshora

Rompe el silencio? Resuena  
Una alegre cantinela  
Y una guitarra á la par,  
Y gritos y de botellas  
Que se chocan, el sonido,  
Y el amoroso estallido  
De los besos y el danzar.  
Y también pronto en són triste  
Lúgubre voz sonará:

*¡Para hacer bien por el alma  
Del que van á ajusticiar!*

Y la voz de los borrachos,  
Y sus brindis, sus quimeras,  
Y el cantar de las rameras,  
Y el desórden bacanal  
En la lúgubre capilla  
Penetran, y carcajadas,  
Cual de lejos arrojadas  
De la mansion infernal.  
Y también pronto en són triste  
Lúgubre voz sonará:

*¡Para hacer bien por el alma  
Del que van á ajusticiar!*

¡Maldición! al eco infausto,  
El sentenciado maldijo  
La madre que, como á hijo,  
A sus pechos le crió;  
Y maldijo el mundo todo,  
Maldijo su suerte impia,  
Maldijo el aciago día  
Y la hora en que nació.

II.

Serena la luna  
Alumbra en el cielo,  
Domina en el suelo  
Profunda quietud:  
Ni voces se escuchan,  
Ni ronco ladrido,  
Ni tierno quejido  
De amante laud.

Madrid yace envuelto en sueño,  
Todo al silencio convida,  
Y el hombre duerme y no cuida  
Del hombre que va á espirar;  
Si tal vez piensa en mañana,  
Ni una vez piensa siquiera  
En el misero que espera  
Para morir, despertar:  
Que sin pena ni cuidado  
Los hombres oyen gritar:  
*¡Para hacer bien por el alma  
Del que van á ajusticiar!*

¡Y el juez tambien en su lecho  
Duerme en paz! ¡Y su dinero  
El verdugo, placentero,  
Entre sueños cuenta ya!  
Tan sólo rompe el silencio  
En la sangrienta plazuela  
El hombre del mal que vela  
Un cadalso á levantar.

Loca y confusa la encendida mente,  
Sueños de angustia y fiebre y devaneo

El alma envuelven del confuso reo,  
Que inclina al pecho la abatida frente.

Y en sueños  
Confunde  
La muerte,  
La vida:  
Recuerda  
Y olvida,  
Suspira,  
Respira  
Con hórrido afán.

Y en un mundo de tinieblas  
Vaga y siente miedo y frío,  
Y en su horrible desvario  
Palpa en su cuello el dogal;  
Y cuanto más forcejea,  
Cuanto más lucha y porfia,  
Tanto más en su agonía  
Aprieta el nudo fatal.  
Y oye ruido, voces, gentes,  
Y aquella voz que dirá:  
*¡Para hacer bien por el alma  
Del que van á ajusticiar!*

O ya libre se contempla,  
Y el aire puro respira,  
Y oye de amor que suspira  
La mujer que á un tiempo amó,  
Bella y dulce cual solía,  
Tierna flor de primavera,  
El amor de la pradera  
Que el Abril galán mimó.  
Y gozoso á verla vuela,  
Y alcanzarla intenta en vano,  
Que al tender la ansiosa mano



Su esperanza á realizar,  
Su ilusion la desvanece  
De repente el sueño impío,  
Y halla un cuerpo mudo y frío  
Y un cadalso en su lugar:  
Y oye á su lado en s6n triste  
Lúgubre voz resonar:

*¡Para hacer bien por el alma  
Del que van á ajusticiar!*

### EL VERDUGO.

De los hombres lanzado al desprecio,  
De su crimen la victima fui,  
Y se evitan de odiarse á sí mismos,  
Fulminando sus odios en mí.

Y su rencor  
Al poner en mi mano, me hicieron  
Su vengador  
Y se dijeron:

«Que nuestra vergüenza comun caiga en él:  
Se marque en su frente nuestra maldicion;  
Su pan amasado con sangre y con hiel,  
Su escudo con armas de eterno baldon,

Sean la herencia  
Que legue al hijo,  
El que maldijo  
La sociedad.»

Y de mí huyeron,  
De sus culpas el manto me echaron,  
Y mi llanto y mi voz escucharon  
Sin piedad!!!

Al que á muerte condena le ensalzan.....  
¡Quién al hombre del hombre hizo juez!  
¡Que no es hombre ni siente el verdugo,  
Imaginan los hombres tal vez!

¡Y ellos no ven  
Que yo soy de la imagen divina  
Copia tambien!  
Y cual dañina

Fiera á que arrojan un triste animal,  
Que ya entre sus dientes se siente crujir,  
Así á mí, instrumento del gémo del mal,  
Me arrojan al hombre que traen á morir.

Y ellos son justos,  
Yo soy maldito,  
Yo sin delito  
Soy criminal.  
Mirad al hombre

Que me paga una muerte; el dinero  
Me echa al suelo con rostro altanero.  
¡Á mí, su igual!

El tormento que quiebra los huesos  
Y del reo el histérico ¡ay!  
Y el crujir de los nervios rompídos  
Bajo el golpe del hacha que cae,  
Son mi placer.

Y al rumor que en las piedras rodando  
Hace, al caer,  
Del triste saltando

La hirviente cabeza de sangre en un mar,  
Allí, entre el bullicio del pueblo feroz,  
Mi frente serena contemplan brillar,  
Tremenda, radiante con júbilo atroz.  
Que de los hombres  
En mí respira  
Toda la ira,



Todo el rencor:  
Que á mi pasaron  
La crueldad de sus almas impia,  
Y al cumplir su venganza y la mía,  
Gozo en mi horror.  
Ya más alto que el grande que altivo  
Con sus plantas hollára la ley,  
Al verdugo los pueblos miraron,  
Y mecido en los hombros de un rey:  
Y en él se hartó,  
Embriagado de gozo, aquel día  
Cuando espiró;  
Y su alegría  
Su esposa y sus hijos pudieron notar;  
Que en vez de la densa tiniebla de horror,  
Miraron la risa su labio amargar,  
Lanzando sus ojos fatal resplandor.  
Que el verdugo  
Con su encono  
Sobre el trono  
Se asentó:  
Y aquel pueblo  
Que tan alto le alzara bramando,  
Otro rey de venganzas, temblando,  
En él miró.  
En mí vive la historia del mundo  
Que el destino con sangre escribió.  
Y en sus páginas rojas Dios mismo  
Mi figura imponente grabó.  
La eternidad  
Ha tragado cien siglos y ciento,  
Y la maldad  
Su monumento  
En mí todavía contempla existir;  
Y en vano es que el hombre do brota la luz

Con viento de orgullo pretenda subir:  
¡Preside el verdugo los siglos aún!  
Y cada gota  
Que me ensangrienta,  
Del hombre ostenta  
Un crimen más.  
Y yo aún existo,  
Fiel recuerdo de edades pasadas,  
A quien siguen cien sombras airadas,  
Siempre detrás.  
¡Oh! ¡por qué te ha engendrado el verdugo,  
Tú, hijo mío, tan puro y gentil?  
En tu boca la gracia de un ángel  
Presta gracia á tu risa infantil.  
¡Ay, tu candor.  
Tu inocencia, tu dulce hermosura  
Me inspiran horror.  
¡Oh! ¡tu ternura,  
Mujer, á qué gastas con ese infeliz?  
¡Oh! ¡muéstrate, madre, piadosa con él;  
Ahógale, y piensa será así feliz.  
¡Qué importa que el mundo te llame cruel?  
Mi vil oficio  
Querrás que siga,  
Que te maldiga  
Tal vez querrás!  
Piensa que un día  
Al que hoy miras jugar inocente,  
¡Maldecido cual yo y delinente  
También verás!!!!

ASUNTOS HISTÓRICOS

Á LA MUERTE

DE

TORRIJOS Y SUS COMPAÑEROS.

SONETO.

Hélos allí: junto á la mar bravía  
Cadáveres están ¡ay! los que fueron  
Honra del libre, y con su muerte dieron  
Almas al cielo, á España nombrada.

Ánsia de patria y libertad henchía  
Sus nobles pechos, que jamás temieron,  
Y las costas de Málaga los vieron  
Cual sol de gloria en desdichado día.

Españoles, llorad; mas vuestro llanto  
Lágrimas de dolor y sangre sean,  
Sangre que ahogue á siervos y opresores,

Y los viles tiranos con espanto  
Siempre delante amenazando vean  
Alzarse sus espectros vengadores.

Á LA MUERTE

DE

DON JOAQUIN DE PABLO

(CHAPALANGARRA.)

Desde la elevada cumbre  
Do el gran Pirene levanta  
Término y muro soberbio  
Que cerca y defiende á España,  
Un jóven proserito de ella  
Tristes lágrimas derrama,  
Y acaso tiende la vista  
Por ver desde allí su patria,  
Desde allí do á su despecho,  
Llorando deja las armas  
Con que del Sena al Pirene  
Se lanzó por libertarla;  
Y al ver la turba de esclavos  
Que sus hierros afianzan,  
De infame triunfo orgullosos,  
Alejarse en algazara;  
Sólo entónces, contemplando  
El suelo que ellos pisáran,  
Y que aún torrentes de sangre  
Recien derramada bañan,  
En su rápida carrera  
Volcando cuerpos y almas;  
Se sienta en la alzada cima,

A un lado la rota espada,  
Y al rumor de los torrentes  
Y del huracán que brama,  
Negra cítara pulsando,  
Eudechas lúgubres canta.

Llorad, vírgenes tristes de Iberia,  
Nuestros héroes en fúnebre lloro;  
Dad al viento las trenzas de oro  
Y los cantos de muerte entonad:  
Y vosotros, ¡oh nobles guerreros,  
De la patria sosten y esperanza!  
Abasados en sed de venganza,  
Odio eterno al tirano jurad.

CORO DE VÍRGENES.

*Danos, noche, tu lóbrego manto,  
Nuestras frentes enlute el ciprés;  
El robusto cayó, su sepulcro  
Del inicuo mancharon los piés.*

Eurojece ¡oh Pirene! tus cumbres  
Pura sangre del libre animoso,  
Y el tropel de los siervos odiosos  
En su lago su sed abrevó.

Cayó en ellas la gloria de España,  
Cayó en ellas de Pablo valiente,  
Y la patria, inclinada la frente,  
Su gemido al del héroe juntó..

Sus cadenas la patria arrastrando,  
Y su manto con sangre teñido,  
Tardamente y con hondo gemido  
Va á la tumba del fuerte varón.

Y el ajado laurel de su frente  
Al sepulcro circunda llorosa,

Miéntas ruge en la fúnebre losa.  
Aherrojado á sus piés, el león.

CORO DE MANUEBOS.

*Traición sólo ha vencido al valiente;  
Sé nos astro de triunfo y de honor,  
Tú, que siempre á los déspotas fuiste  
Como á negras tormentas el sol.*

DESPEDIDA

DEL PATRIOTA GRIEGO

DE LA

HIJA DEL APÓSTATA.

Era la noche: en la mitad del cielo  
Su luz rayaba la argentada luna,  
Y otra luz más amable destellaba  
De sus llorosos ojos la hermosura.

Allí en la triste soledad se hallaron  
Su amante y ella con mortal angustia,  
Y su voz en amarga despedida  
Por vez postrera la infeliz escucha.

«Determinado está; si, mi sentencia  
Para siempre selló la suerte injusta,  
Y cuando allá la eternidad sombría  
Este momento en sus abismos hunda,

»¡Ojalá para siempre que el olvido,  
Suavizando el rigor de la fortuna,  
La imágen ¡ay! de las pasadas glorias



Bajo sus alas lóbregas encubra!  
»Por qué al nacer, crueles, me arrancaron  
Del seno de mi madre moribunda,  
Y salvo he sido de mortales riesgos  
Para vivir penando en amargura!  
»Por qué yo fui por mi fatal destino  
Unido á ti desde la tierna cuna?  
»Por qué nos hizo iguales en riqueza  
Y en linaje tambien mi desventura!  
»Por qué mi infancia en inocentes juegos  
Fruíó contigo, y con delicia mútua  
Ambos tegimos el infausto lazo  
Que nuestras almas miseras anuda!  
»¡Ah! para siempre adios: vano es ahora  
Avariciar memorias de ventura;  
Vidó ya la ilusion de la esperanza,  
Y es en vano amar sin esperanza alguna.  
»¿Qué puede el infeliz contra el destino?  
¿Qué ruegos moverán, qué desventuras  
El bajo pecho de tu infame padre?  
Iníame, sí, que al despotismo jura  
»Vil sumision, y en sordida avaricia  
Ve ide su patria á las riquezas turcas,  
El apellida sacrosantas leyes  
El capricho de un despota; el nos juzga  
»De rebeldes do quier: su voz comprada  
Culpa su patria y al tirano adula:  
Él i os ordena ante el sultan odioso  
Humilde miedo y obediencia muda.  
»Mas no, que el alma de la Grecia existe;  
Santo furor su corazon circunda,  
Que ávido se hartará de sangre hirviente,  
Que nuevo ardor le infundirá y bravura.  
»No ya el tirano mandará en nosotros:  
Tristes rúinas, áridas llanuras,

Cadáveres no más serán su imperio:  
Será sólo el señor de nuestras tumbas.  
»Ya osan ser libres los armados brazos  
Y ya rompen la bárbara coyunda;  
Y con júbilo á ti, todos ¡oh muerte!  
Y á ti, divina libertad, saludan.  
»Gritos de triunfo, sacudido el viento  
Hará que al éter resonando suban,  
Ó eterna muerte cubrirá á la Grecia  
En noche infanda y soledad profunda.  
»Ese altivo monarca, que embriagado  
Yace en perfumes y lascivia impura,  
Despechado sabrá que no hay cadena  
Que la mano de un libre no destruya.  
»Con rabia oirá de la libertad el grito  
Sonar tremendo en la obstinada lucha,  
Y con miedo y horror su sed de sangre  
Torrentes hartarán de sangre turca.  
»Y tu padre tambien, si ora imprudente  
So el poder del Islan su patria insulta,  
Prontó verá cuán formidable espada  
Blande en la lid la libertad sañuda.  
»Marcha y dile por mí que hay mil valien-  
Y yo uno de ellos, que animosos juran [tes,  
Morir cual héroes, ó romper el cetro  
A cuya sombra el pérfido se escuda.  
»Que aunque marcados con la vil cadena,  
No han sido esclavas nuestras almas nunca,  
Que el heredado ardor de nuestros padres,  
Las hace hervir aún: que nuestra furia  
»Nos labrará, lidiando, en cada golpe  
Triunfo seguro ó noble sepultura.  
Dile que sólo en baja servidumbre  
Puede vivir un alma cual la suya,  
»El alma de un apóstata que indigno

Llega sus lábios á la mano impura,  
 Que de caliente sangre retenida,  
 Nuevos destrozos á su patria anuncia.  
 »Perdóname, infeliz, si mis palabras  
 Rudas ofenden tu filial ternura.

Es verdad, es verdad; tu padre un tiempo  
 Mi amigo se llamó, y ¡ojala nunca

»Pasado hubieran tan dichosos dias!

¡Yo no llamaré injusta á la fortuna!

¡Cómo entonces mi mano enjugaria

Las lágrimas que viertes de amargura!

»Tu padre ¡oh Dios! como engañoso ami-

Cuando la Grecia la servil coyunda <sup>lgo</sup>

Intrépida rompió, cuando mi pecho

Respiraba gozoso el aura pura

»De la alma libertad, pensó el inicuo

Seducirme tal vez con tu hermosura,

Y en premio vil me prometió tu mano

Si ser secuaz de su traición inmunda,

«Y desolar mi patria le ofrecia.

¡Eslavo yo de la insolente turba

De esclavos del sultán!!! Antes el cielo

Mis yertos miembros insepultos cubra,

»Que goce yo de ignominiosa vida

Ni en el seno feliz de tu dulzura.

¡Ah! para siempre adios: la infausta suerte

Que el lazo rompe que las almas junta,

»Y va á arrancar tu corazón del mio,

Tan sólo ahora una esperanza endulza:

Yo te hallaré donde perpétuas dichas

Las almas de los ángeles disfrutan.

«¡Ah! para siempre adios... tente... un mo-

mento...

Un beso nada más... es de amargura...

Es el último ¡oh Dios!... mi sangre hiela...

¡Ah! los mártires del infierno nunca

»Igualaron mi pena y mi agonía.

¡Terminára la muerte aquí mi angustia,

Y aun muriera feliz! Mis ojos quema

Una lágrima ¡oh Dios! y tú la enjugas.

»¡Quién resistir podrá!—Basta; la hora

Se acerca ya que mi partida anuncia,

¡Ojalá para siempre que el olvido

Suavizando el rigor de la fortuna,

»La imágen ¡ay! de las pasadas glorias

Bajo sus alas lóbregas encubra!»

Dice, y se alejan: á esperar consuelo

La hija del apóstata en la tumba;

Él batallando pereció en las lides,

Y ella víctima fué de su amargura.

¡GUERRA!

¡Ois! es el cañon. Mi pecho hirviendo

El cántico de guerra entonará,

Y al eco ronco del cañon venciendo,

La lira del poeta sonará.

El pueblo ved que la orgullosa frente

Levanta ya del polvo en que yacia,

Arrogante en valor, omnipotente,

Terror de la insolente tiranía.

Rumor de voces siento,

Y al aire miro deslumbrar espadas,

Y desplegar banderas:

Y retumban al són las escarpadas

Rocas del Pirineo;

Y retiemblan los muros

De la opulenta Cádiz, y el deseo  
Crece en los pechos de vencer lidiando;  
Brilla en los rostros el marcial contento,  
Y donde quiera generoso acento  
Se alza de PATRIA Y LIBERTAD tronando.

Al grito de la patria  
Volemos, compañeros,  
Blandamos los aceros  
Que intrépida nos da.  
A par en nuestros brazos  
Ufanos la ensalcemos,  
Y al mundo proclamemos:  
«España es libre ya.»  
Mirad, mirad en sangre  
Y lágrimas teñidos  
Reir los forajidos,  
Gozar en su dolor!  
¡Oh! fin tan sólo ponga  
Su muerte á la contienda,  
Y cada golpe encienda  
Aún más nuestro rencor.  
¡Oh siempre dulce patria  
Al alma generosa!  
¡Oh siempre perentosa  
Mágica de libertad!  
Tus inclitos pendones  
Que el español tremola,  
Un rayo tornasola  
Del iris de la paz.  
En medio del estruendo  
Del bronce pavoroso,  
Tu grito prodigioso  
Se escucha resonar.  
Tu grito, que las almas

Inunda de alegría,  
Tu nombre, que á esa impía  
Caterva hace temblar  
¡Quién hay ¡oh compañeros!  
Que al bélico redoble  
No sienta el pecho noble  
Con júbilo latir?  
Mirad centelleantes,  
Cual nuncios ya de gloria,  
Reflejos de victoria  
Las armas despedir.

¡Al arma! ¡al arma! ¡muera los carlistas!  
Y al mar se lancen con bramido horrendo  
De la infiel sangre caudalosos rios,  
Y atónito contemple el Oceano  
Sus olas combatidas  
Con la traidora saugre enrojecidas.  
Truene el cañón; el cántico de guerra,  
Pueblos ya libres, con placer alzá:  
Ved, ya descendiende á la oprimida tierra.  
Los hierros á romper, la libertad (1).

#### A LA PATRIA.

##### ELEGÍA.

¡Cuán solitaria la nación que un día  
Poblara inmensa gente!  
¡La nación cuyo imperio se extendía  
Del Ocaso al Oriente!

(1) Estos versos se leyeron en una función patriótica, celebrada en el teatro de la Cruz el 22 de Octubre en 1835.



Lágrimas viertes, infeliz, ahora,  
Soberana del mundo,  
¡Y nadie de tu faz encantadora  
Borra el dolor profundo!

Oscuridad y luto tenebroso  
En ti vertió la muerte,  
Y en su furor el déspota sañoso  
Se complació en tu suerte.

No perdonó lo hermoso, patria mía;  
Cayó el joven guerrero,  
Cayó el anciano, y la segur impía  
Manejó placentero.

So la rabia cayó la virgen pura  
Del déspota sombrío,  
Como eclipsa la rosa su hermosura  
En el sol del estío.

¡Oh, vosotros del mundo habitadores!  
Contemplad mi tormento:  
¡Igualarse podrán ¡ah! qué dolores  
Al dolor que yo siento!

Yo, desterrado de la patria mía,  
De una patria que adoro,  
Perdida miro su primer valía,  
Y sus desgracias lloro.

Hijos espúreos y el fatal tirano  
Sus hijos han perdido,  
Y en campo de dolor su fértil llano  
Tienen ¡ay! convertido.

Tendió sus brazos la agitada España,  
Sus hijos implorando;  
Sus hijos fueron; mas traidora saña  
Desbarató su bando.

¡Qué se hicieron tus muros torreados,  
Oh mi patria querida!  
¡Dónde fueron tus héroes esforzados,

Tu espada no vencida!  
¡Ay! de tus hijos en la humilde frente  
Está el rubor grabado:  
A sus ojos caídos tristemente  
El llanto está agolpado.

Un tiempo España fué: cien héroes fueron  
En tiempos de ventura.  
Y las naciones tímidas la vieron  
Vistosa en hermosura.

Cual cedro que en el Libano se ostenta,  
Su frente se elevaba;  
Como el trueno á la virgen amedrenta,  
Su voz las aterraba.

Mas ora, como piedra en el desierto,  
Yaces desamparada.  
Y el justo desgraciado vaga incierto  
Allá en tierra apartada.

Cubren su antigua pompa y poderío  
Pobre hierba y arena,  
Y el enemigo que tembló á su brio  
Burla y goza en su pena.

Virgenes, destrenzad la cabellera  
Y dadla al vago viento;  
Acompañad con arpa lastimera  
Mi lúgubre lamento.

Desterrados ¡oh Dios! de nuestros lares,  
Lloremos duelo tanto:  
¡Quién calmará ¡oh España! tus pesares?  
¡Quién secaré tu llanto!

Londres, 1829.



SONETO.

Fresca, lozana, pura y olorosa,  
 Gala y adorno del pensil florido,  
 Gallarda, puesta sobre el ramo erguido,  
 Fragancia esparce la naciente rosa;  
 Mas si el ardiente sol, lumbre enojosa,  
 Vibra del can en llamas encendido,  
 El dulce aroma y el color perdido,  
 Sus hojas lleva el aura presurosa.  
 Asi brilló un momento mi ventura  
 En alas del amor, y hermosa nube  
 Fingi tal vez de gloria y alegría;  
 Mas ¡ay! que el bien trocose en amargura.  
 Y deshojada por los aires sube  
 La dulce flor de la esperanza mia.

A UNA ESTRELLA.

¡Quién eres tú, lucero misterioso,  
 Tímido y triste entre luceros mil,  
 Que cuando miro tu esplendor dudoso,  
 Turbado siento el corazón latir?  
 ¡Es acaso tu luz recuerdo triste  
 De otro antiguo perdido resplandor,  
 Cuando engañado como yo, creíste  
 Eterna tu ventura que pasó?  
 Tal vez con sueños de oro la esperanza  
 Acarició tu pura juventud,  
 Y gloria y paz y bienaventuranza

Vertió el mundo tu primera luz.  
 Y al primer triunfo del amor primero  
 Que embalsamó en aromas el Edén.  
 Luciste acaso, mágico lucero,  
 Protector del misterio y del placer.  
 Y era tu luz voluptuosa y tierna  
 La que entre flores resbalando allí,  
 Inspiraba en el alma un ansia eterna  
 De amor perpétuo y de placer sin fin.  
 Mas ¡ay! que luego el bien y la alegría  
 En llanto y desventura se trocó:  
 Tu esplendor empañó niebla sombría;  
 Sólo un recuerdo al corazón quedó.  
 Y ahora melancólico me miras  
 Y tu rayo es un dardo del pesar:  
 Si amor aún al corazón inspiras,  
 Es un amor sin esperanza ya.

¡Ay lucero! yo te vi  
 Resplandecer en mi frente,  
 Cuando palpitar sentí  
 Mi corazón dulcemente  
 Con amante frenesí.

Tu faz entonces lucía  
 Con más brillante fulgor,  
 Mientras yo me prometía  
 Que jamás se apagaría  
 Para mí tu resplandor.

¡Quién aquel brillo radiante  
 ¡Oh lucero! te robó.  
 Qué oscureció tu semblante,  
 Y á mi pecho arrebató  
 La dicha en aquel instante?

¡O acaso tú siempre así  
 Brillaste, y en mi ilusión

Yo aquel esplendor te di,  
Que amaba mi corazon,  
Lucero, cuando te vi!

Una mujer adoré  
Que imaginara yo un cielo;  
Mi gloria en ella cifré,  
Y de un luminoso velo  
En mi ilusion la adorné.

Y tú fuiste la aureola  
Que iluminaba su frente,  
Cual los aires arrebola  
El fulgido sol naciente,  
Y el puro azul tornasola.

Y astro de dicha y amores,  
Se deslizaba mi vida  
A la luz de tus fulgores,  
Por fácil senda florida,  
Bajo un cielo de colores.

Tantas dulces alegrías,  
Tantos mágicos ensueños  
¿Donde fueron?

Tan alegres fantasías,  
Deleites tan halagüenos,  
¿Qué se hicieron?

Huyeron con mi ilusion  
Para nunca más tornar,  
Y pasaron,

Y sólo en mi corazon  
Recuerdos, llanto y pesar  
¡Ay! dejaron.

¡Ah lucero! tú perdiste  
Tambien tu puro fulgor,  
Y lloraste;

Tambien como yo sufriste,  
Y el crudo arpon del dolor

¡Ay! probaste.  
¡Infeliz! ¿por qué volví  
De mis sueños de ventura,  
Para hallar

Luto y tinieblas en tí,  
Y lágrimas de amargura  
Que enjugar!

Pero tú conmigo lloras,  
Que eres el ángel caído  
Del dolor,

Y piedad llorando imploras,  
Y recuerdas tu perdido  
Resplandor.

Lucero, si mi quebranto  
Oyes, y sufres cual yo,  
¡Ay! juntemos

Nuestras quejas, nuestro llanto,  
Pues nuestra gloria pasó;  
Juntos lloremos.

Mas hoy miro tu luz casi apagada,  
Y un vago padecer mi pecho siente:  
Que está mi alma de sufrir cansada,  
Seca ya de las lágrimas la fuente.

¡Quién sabe!... tú recobrarás acaso  
Otra vez tu pasado resplandor,  
A tí tal vez te anunciará tu ocaso  
Un Oriente más puro que el del sol.

A mí tan sólo penas y amargura  
Me quedan en el valle de la vida;  
Como un sueño pasó mi infancia pura,  
Se agosta ya mi juventud florida.

Astro sé tú de candidez y amores  
Para el que luz te preste en su ilusion,  
Y ornado el porvenir de blancas flores,

Sienta latir de amor su corazón.  
Yo indiferente sigo mi camino  
A merced de los vientos y la mar,  
Y entregado en los brazos del destino,  
No me importa salvarme ó zozobrar.

Á JARIFA EN UNA ORGÍA.

Trac, Jarifa, trae tu mano,  
Vén y púsala en mi frente,  
Que en un mar de lava hirviente  
Mi cabeza siento arder.

Vén y junta con mis labios  
Esos labios que me irritan,  
Donde aún los besos palpitan  
De tus amantes de ayer.

¡Qué la virtud, la pureza!  
¡Qué la verdad y el cariño!  
Mentida ilusión de niño  
Que halagó mi juventud.

Dadme vino: en él se ahoguen  
Mis recuerdos; aturdida  
Sin sentir huya la vida;  
Paz me traiga el ataud.

El sudor mi rostro quema,  
Y en ardiente sangre rojos  
Brillan inciertos mis ojos,  
Se me salta el corazón.

Huye, mujer: te detesto,  
Siento tu mano en la mia,  
Y tu mano siento fría,  
Y tus besos hielo son.

¡Siempre igual! Necias mujeres,  
Inventad otras caricias,  
Otro mundo, otras delicias,  
O maldito sea el placer.

Vuestros besos son mentira,  
Mentira vuestras ternuras,  
Es fealdad vuestra hermosura,  
Vuestro gozo es padecer.

Yo quiero amor, quiero gloria,  
Quiero un delcete divino,  
Como en mi mente imagino,  
Como en el mundo no hay;

Y es la luz de aquel lucero  
Que engañó mi fantasía,  
Fuego fátuo, falso guía  
Que errante y ciego me tray.

¡Por qué murió para el placer mi alma,  
Y vive aún para el dolor impío!  
¡Por qué si yazgo en indolente calma,  
Siento en lugar de paz, árido hastío!  
¡Por qué este inquieto, abrasador desco!  
¡Por qué este sentimiento extraño y vago,  
Que yo mismo conozco un devaneo,  
Y busco aún su seductor halago!

¡Por qué aún fingirme amores y placeres  
Que cierto estoy de que serán mentira!  
¡Por qué en pos de fantásticas mujeres  
Necio tal vez mi corazón delira,

Si luego, en vez de prados y de flores,  
Halla desiertos áridos y abrojos:  
Y en sus sándicos ó lúbricos amores  
Fastidio sólo encontrará y nojos?

Yo me arrojé, cual rápido cometa,  
En alas de mi ardiente fantasía:



Do quier mi arrebatada mente inquieta  
Dichas y triunfos encontrar creía.

Yo me lancé con atrevido vuelo  
Fuera del mundo en la region etérea,  
Y hallé la duda, y el radiante cielo  
Vi convertirse en ilusion aérea.

Luégo en la tierra la virtud, la gloria,  
Busqué con ansia y delirante amor,  
Y hediondo polvo y deleznable escoria  
Mi fatigado espíritu encontró.

Mujeres vi de virginal limpieza  
Entre albas nubes de celeste lumbre;  
Yo las toqué, y en humo su pureza  
Trocarse vi, y en lodo y podredumbre.

Y encontré mi ilusion desvanecida,  
Y eterno é insaciable mi deseo:  
Palpé la realidad y oí la vida;  
Sólo en la paz de los sepuleros creo.

Y busco aún y busco codicioso;  
Y aún deleites el alma finge y quiere:  
Pregunto, y un acento pavoroso  
«¡Ay! me responde: desespera y muere.

»Muere, infeliz: la vida es un tormento,  
Un engaño el placer: no hay en la tierra  
Paz para tí, ni dicha, ni contento,  
Sino eterna ambicion y eterna guerra.

»Que así castiga Dios el alma osada,  
Que aspira loca en su delirio insano,  
De la verdad para el mortal velada,  
A descubrir el insondable arcano.»

¡Oh! cesa; no, yo no quiero  
Ver más, ni saber ya nada:  
Harta mi alma y postrada,  
Sólo anhela descansar.

En mí muera el sentimiento,  
Pues ya murió mi ventura,  
Ni el placer ni la tristura  
Vuelvan mi pecho á turbar.

Pasad, pasad en óptica ilusoria  
Y otras jóvenes almas engañad:  
Nacaradas imágenes de gloria,  
Coronas de oro y de laurel, pasad.

Pasad, pasad, mujeres voluptuosas,  
Con danza y algazara en confusion;  
Pasad como visiones vaporosas  
Sin commover ni herir mi corazon.

Y aturdan mi revuelta fantasia  
Los brindis y el estruendo del festin,  
Y huya la noche y me sorprenda el dia  
En un letargo estúpido y sin fin.

Ven, Jarifa; tú has sufrido  
Como yo; tú nunca lloras;  
Mas ¡ay triste! que no ignoras  
Cuán amarga es mi afliccion.

Una misma es nuestra pena,  
En vano el llanto contienen.....  
Tú tambien, como yo, tienes  
Desgarrado el corazon.



CUENTO.

EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA.

PARTE PRIMERA.

Sus fueros, sus bríos,  
Sus premáticas, su voluntad.  
*Quijote, parte primera.*

Era más de media noche,  
Antiguas historias cuentan,  
Cuando en sueño y en silencio  
Lóbrego envuelta la tierra,  
Los vivos muertos parecen,  
Los muertos la tumba dejan.  
Era la hora en que acaso  
Temerosas voces suenan  
Informes, en que se escuchan  
Táctas pisadas huecas,  
Y pavorosas fantasmas  
Entre las densas tinieblas,  
Vagan, y aullan los perros  
Amedrentados al verlas:

En que tal vez la campana  
De alguna arruinada iglesia  
Da misteriosos sonidos  
De maldición y anatema,  
Que los sábados convoca  
A las brujas á su fiesta.  
El cielo estaba sombrío,  
No vislumbraba una estrella,  
Silbaba lúgubre el viento,  
Y allá, en el aire, cual negras  
Fantasmas, se dibujaban  
Las torres de las iglesias,  
Y del gótico castillo  
Las altísimas almenas,  
Donde canta ó reza acaso  
Temeroso el centinela.  
Todo, en fin, á media noche  
Reposaba, y tumba era  
De sus dormidos vivientes  
La antigua ciudad que riega  
El Tormes, fecundo río,  
Nombrado de los poetas,  
La famosa Salamanca,  
Insigne en armas y letras,  
Patria de ilustres varones,  
Noble archivo de las ciencias.  
Súbito rumor de espadas  
Cruje, y un ¡ay! se escuchó;  
Un ¡ay! moribundo, un ¡ay!  
Que penetra el corazón,  
Que hasta los tuétanos hiela  
Y da al que lo oyó temblor.  
Un ¡ay! de alguno que al mundo  
Pronuncia el último adiós.  
El ruido

Cesó,  
Un hombre  
Pasó  
Embozado,  
Y el sombrero  
Recatado  
A los ojos  
Se caló.  
Se desliza  
Y atraviesa  
Junto al muro  
De una iglesia,  
Y en la sombra  
Se perdió.

Una calle estrecha y alta,  
La calle del Ataud,  
Cual si de negro crespon  
Lóbrego, eterno capuz  
La vistiera, siempre oscura,  
Y de noche, sin más luz  
Que la lámpara que alumbrá  
Una imagen de Jesús,  
Atraviesa el embozado,  
La espada en la mano aún;  
Que lanzó vivo reflejo  
Al pasar frente á la cruz.

Cual suele la luna tras lóbrega nube  
Con franjas de plata bordarla en redor,  
Y luego si el viento la agita, la sube  
Disuelta á los aires en blanco vapor:  
Así vaga sombra de luz y de nieblas,  
Mística y aérea dudosa vision,  
Ya brilla, ó la esconden las densas tinieblas,

Cual dulce esperanza, cual vana ilusión,  
La calle sombría, la noche ya entrada,  
La lámpara triste ya pronta á espirar,  
Que á veces alumbrá la imagen sagrada,  
Y á veces se esconde, la sombra á aumentar.  
El vago fantasma que acaso aparece,  
Y acaso se acerca con rápido pié,  
Y acaso en las sombras tal vez desaparece,  
Cual ánima en pena del hombre que fué,  
Al más temerario corazón de acero  
Recelo inspirára, pusiera pavor;  
Al más maldiciente feroz bandolero  
El rezo á los labios trajera el temor.  
Mas no al embozado, que aún sangre su espada  
Destila, el fantasma terror infundió,  
Y, el arma en la mano con fuerza empuñada,  
Osado á su encuentro despacio avanzó.

Segundo don Juan Tenorio,  
Alma fiera é insolente,  
Irreligioso y valiente,  
Altanero y reñidor;

Siempre el insulto en los ojos,  
En los labios la ironía,  
Nada teme y todo fía  
De su espada y su valor.

Corazón gastado, mofa  
De la mujer que corteja,  
Y, hoy despreciándola, deja  
La que ayer se le rindió.

Ni el porvenir temió nunca,



Ni recuerda en lo pasado  
La mujer que ha abandonado,  
Ni el dinero que perdió.

Ni vió el fantasma entre sueños  
Del que mató en desafío,  
Ni turbó jamás su brio  
Recelosa prevision.

Siempre en lances y en amores,  
Siempre en báquicas orgías,  
Mezcla en palabras impías,  
Un chiste á una maldición.

En Salamanca famoso  
Por su vida y buen talento,  
Al atrevido estudiante  
Le señalan entre mil:

Fueros le da su osadía,  
Le disculpa su riqueza,  
Su generosa nobleza,  
Su hermosura varonil.

Que su arrogancia y sus vicios,  
Caballeresca apostura,  
Agilidad y bravura  
Ninguno alcanza á igualar.

Que hasta en sus crímenes mismos,  
En su impiedad y altiveza,  
Pone un sello de grandeza  
Don Félix de Montemar:

Bella y más pura que el azul del cielo,

Con dulces ojos lánguidos y hermosos,  
Donde acaso el amor brilló entre el velo  
Del pudor que los cubre candorosos;  
Timida estrella que refleja al suelo  
Rayos de luz brillantes y dudosos,  
Angel puro de amor que amor inspira,  
Fué la inocente y desdichada Elvira,  
Elvira, amor del estudiante un día,  
Tierna y feliz y de su amante ufana,  
Cuando al placer su corazon se abria,  
Como al rayo del sol rosa temprana:  
Del fingido amador que la mentía,  
La miel falaz que de sus lábios mana  
Bebe en su ardiente sed, el pecho ajeno  
De que oculto en la miel hierbe el veneno.  
Que no descansa de su madre en brazos  
Mas descuidado el candoroso infante,  
Que ella en los falsos lisonjeros lazos,  
Que teje astuto el seductor amante:  
Dulces caricias, lánguidos abrazos,  
Placeres ¡ay! que duran un instante,  
Que habrán de ser eternos imagina  
La triste Elvira en su ilusion divina.  
Que el alma virgen que halagó un encanto  
Con nacarado sueño en su pureza,  
Todo lo juzga verdadero y santo,  
Presta á todo virtud, presta belleza  
Del cielo azul al tachonado manto,  
Del sol radiante á la inmortal riqueza,  
Al aire, al campo, á las fragantes flores,  
Ella añade esplendor, vida y colores.  
Cifró en don Félix la infeliz doncella  
Toda su dicha, de su amor perdida;  
Fueron sus ojos á los ojos de ella  
Astros de gloria, manantial de vida.

Cuando sus labios con sus labios sella,  
Cuando su voz escucha embebecida,  
Embragada del Dios que la enamora,  
Dulce le mira, estática le adora.



PARTE SEGUNDA.

.....Except the hollow sea's,  
Mours o' er the beauty of the Cyclades.  
BIZON, D. Juan, Canto IV.

Está la noche serena,  
De luceros coronada,  
Terso el azul de los cielos  
Como trasparente gasa.  
Melancólica la luna  
Va trasmontando la espalda  
Del otero: su alba frente  
Tímida apenas levanta,  
Y el horizonte ilumina,  
Pura virgen solitaria,  
Y en su blanca luz süave  
El cielo y la tierra baña.  
Deslizase el arroyuelo,  
Fúlgida cinta de plata,  
Al resplandor de la luna,  
Entre franjas de esmeralda.  
Argentadas chispas brillan  
Entre las espesas ramas,  
Y en el seno de las flores  
Tal vez se duermen las auras.  
Tal vez despiertas susurran,  
Y al desplegarse sus alas,

Mecén el blanco azahar,  
Mueven la aromosa acacia,  
Y agitan ramas y flores,  
Y en perfumes se embalsaman:  
Tal era pura esta noche  
Como aquella en que sus alas  
Los ángeles desplegaron  
Sobre la primera llama  
Que amor encendió en el mundo,  
Del Eden en la morada.  
¡Una mujer! ¡Es acaso  
Blanca silfa solitaria,  
Que entre el rayo de la luna  
Tal vez misteriosa vaga!  
Blanco es su vestido, ondea  
Suelto el cabello á la espalda,  
Hoja tras hoja las flores  
Que lleva en su mano, arranca.  
Es su paso incierto y tardo  
Inquietas son sus miradas,  
Mágico ensueño parece  
Que halaga, engañosa, el alma.  
Ora, vedla, mira el cielo,  
Ora suspira, y se pára:  
Una lágrima sus ojos  
Brotan acaso, y abrasa  
Su mejilla es una ola  
Del mar que en fiera borrasca  
El viento de las pasiones  
Ha alborotado en su alma.  
Tal vez se sienta, tal vez  
Azorada se levanta;  
El jardín recorre ansiosa,  
Tal vez á escuchar se pára.  
Es el susurro del viento,

Es el murmullo del agua,  
No es su voz, no es el sonido  
Melancólico del arpa.  
Son ilusiones que fueron:  
Recuerdos ¡ay! que te engañan,  
Sombras del bien que pasó.....  
Ya te olvidó el que tú amas.  
Esa noche y esa luna  
Las mismas son que miráran  
Indiferentes tu dicha,  
Cual ora ven tu desgracia.  
¡Ah! llora, sí, ¡pobre Elvira!  
¡Triste amante abandonada!  
Esas hojas de esas flores  
Que distraída tú arrancas,  
¡Sabes adónde, infeliz,  
El viento las arrebató!  
Donde fueron tus amores,  
Tu ilusión y tu esperanza.  
Deshojadas y marchitas  
¡Pobres flores de tu alma!

Blanca nube de la aurora,  
Teñida de ópalo y grana,  
Naciente luz te colora,  
Refulgente, precursora  
De la cándida mañana.  
Mas ¡ay! que se disipó  
Tu pureza virginal,  
Tu encanto el aire llevó  
Cual la ventura ideal  
Que el amor te prometió.  
Hojas del árbol caídas  
Juguetes del viento son:  
Las ilusiones perdidas



¡Ay! son hojas desprendidas  
Del árbol del corazón.  
¡El corazón sin amor!  
Tú este páramo cubierto  
Con la lava del dolor,  
Oscuro inmenso desierto  
Donde no nace una flor!

Distante un bosque sombrío,  
El sol cayendo en la mar,  
En la playa un aduar,  
Y á lo lejos un navío  
Viento en popa navegar;

Óptico vidrio presenta  
En fantástica ilusión,  
Y al ojo encantado ostenta  
Gratas visiones que aumenta  
Rica la imaginación.

Tú eres, mujer, un fanal  
Transparente de hermosura;  
¡Ay de tí! si por tu mal  
Rompe el hombre en su locura  
Tu misterioso cristal.

Mas ¡ay, dichosa tú, Elvira,  
En tu misma desventura,  
Que aún deleites te procura,  
Cuando tu pecho suspira,  
Tu misteriosa locura!

Que es la razón un tormento,  
Y vale más delirar  
Sin juicio, que el sentimiento  
Cuerdamente analizar,  
Fijo en él el pensamiento.

Vedla, allí va que sueña en su locura  
Presente el bien que para siempre huyó:

Dulces palabras con amor murmura:  
Piensa que escucha al pérfido que amó.

Vedla, postrada su piedad implora  
Cual si presente le mirára allí:  
Vedla, que sola se contempla y llora,  
Miradla delirante sonreír.

Y su frente en revuelto remolino  
Ha enturbiado su loco pensamiento,  
Como nubló que en negro torbellino  
Encubre el cielo y amontona el viento,

Y vedla cuidadosa escoger flores,  
Y las lleva mezcladas en la falda,  
Y, corona nupcial de sus amores,  
Se entretiene en tejer una guirnalda.

Y en medio de su dulce desvario  
Triste recuerdo el alma le importuna,  
Y al margen va del argentado río,  
Y allí las flores echa de una en una;

Y las sigue su vista en la corriente,  
Una tras otras rápidas pasar,  
Y confusos sus ojos y su mente  
Se siente con sus lágrimas ahogar.

Y de amor canta, y en su tierna queja  
Entona melancólica canción,  
Canción que el alma desgarrada de a,  
Lamento ¡ay! que llaga el corazón.

«¿Qué me valen tu calma y tu terneza,  
Tranquila noche, solitaria luna,  
Si no calmais del hado la crudeza,  
Ni me dais esperanza de fortuna!»

¡Qué me valen la gracia y la belleza,  
Y amar como jamás amó ninguna,  
Si la pasión que el alma me devora,  
La desconoce aquel que me enamora!»

Lágrimas interrumpen su lamento,

Inclina sobre el pecho su semblante,  
Y de ella en derredor susurra el viento  
Sus últimas palabras sollozante.

Murió de amor la desdichada Elvira,  
Cándida rosa que agostó el dolor,  
Suave aroma que el viajero aspira  
Y en sus alas el aura arrebató.  
Vaso de bendición, ricos colores  
Reflejó en su cristal la luz del día,  
Mas la tierra empañó sus resplandores,  
Y el hombre lo rompió con mano impia.

Una ilusión acarició su mente:  
Alma celeste para amar nacida,  
Era el amor de su vivir la fuente,  
Estaba junta á su ilusión su vida.  
Amada del Señor, flor venturosa,  
Llena de amor murió y de juventud:  
Despertó alegre una alborada hermosa  
Y á la tarde durmió en el ataúd.

Mas despertó tambien de su locura  
Al término postrero de su vida,  
Y al abrirse á sus piés la sepultura,  
Volvió á su mente la razon perdida.  
¡La razon fria, la verdad amarga!  
¡El bien pasado y el dolor presente!...  
¡Ella feliz, que de tan dura carga  
Sintió el peso al morir únicamente!

Y conociendo ya su fin cercano,  
Su mejilla una lágrima abrasó;  
Y así al infiel con temblorosa mano,  
Moribunda su victima escribió:

«Voy á morir: perdona si mi acento  
Vuela importuno á molestar tu oído:  
Él es, don Félix, el postrer lamento  
De la mujer que tanto te ha querido.  
La mano helada de la muerte siento....  
Adios: ni amor ni compasion te pido....  
Oye y perdona si al dejar el mundo,  
Arranca un ¡ay! su angustia al moribundo.

»¡Ah! para siempre adios. Por tí mi vida  
Dichosa un tiempo resbalar sentí,  
Y la palabra de tu boca oída,  
Éxtasis celestial fué para mí.  
Mi mente aún goza en la ilusión querida  
Que para siempre ¡miser! perdí....  
¡Ya todo huyó, desapareció contigo!  
¡Dulces horas de amor, yo las bendigo!

»Yo las bendigo, sí, felices horas,  
Presentes siempre en la memoria mia,  
Imágenes de amor encantadoras,  
Que aún vienen á halagarme en mi agonía,  
Mas ¡ay! volvéis, huid, engañadoras  
Sombras, por siempre: mi postrero día  
Ha llegado: perdon, perdon, ¡Dios mio!  
Si aún gozo en recordar mi desvario.

»Y tú, don Félix, si te causa enojos  
Que te recuerde yo mi desventura,  
Piensa están hartos de llorar mis ojos  
Lágrimas silenciosas de amargura,  
Y hoy, al tragar la tumba mis despojos,  
Concede este consuelo á mi tristura:  
Estos renglones compasivo mira,  
Y olvida luego para siempre á Elvira.

»Y jamás turbe mi infeliz memoria  
Con amargos recuerdos tus placeres:  
Goces te dé el vivir, triunfos la gloria,

Dichas el mundo, ¡amor otras mujeres!  
 Y si tal vez mi lamentable historia  
 A tu memoria con dolor trajeres,  
 Llórame, sí; pero palpíte exento  
 Tu pecho de roedor remordimiento.

«Adios, por siempre adios: un breve instan-  
 Siento de vida, y en mi pecho el fuego [te  
 Aun arde de mi amor: mi vista errante  
 Vaga desvanecida.... calma luégo  
 ¡Oh muerte! mi inquietud... ¡Sola... espiran-  
 Amame: no, perdona: ¡inútil ruego! [tel...  
 Adios, adios, ¡tu corazón perdí!  
 ¡Todo acabó en el mundo para mí!»

Así escribió su triste despedida  
 Momentos ántes de morir, y al pecho  
 Se estrechó de su madre dolorida,  
 Que en tanto inunda en lágrimas su lecho.  
 Y exhaló luégo su postrer aliento,  
 Y á su madre sus brazos se apretaron  
 Con nervioso y convulso movimiento,  
 Y sus lábios un nombre murmuraron.  
 Y huyó su alma á la mansion dichosa  
 Do los ángeles moran.... Tristes flores  
 Brota la tierra en torno de su losa;  
 El céfiro lamenta sus amores.

Sobre ella un sauce su ramaje inclina,  
 Sombra le presta en lánguido desmayo.  
 Y allá en la tarde, cuando el sol declina,  
 Baña su tumba en paz su último rayo...

DIRECCIÓN GENERAL D

PARTE TERCERA.

CUADRO DRAMÁTICO.

*Sarg.* ¿Teneis más que parar?  
*Franco.* Paro los ojos.  
 Los ojos sí, los ojos: que descreo  
 Del que los hizo para tal empleo.

MORETO, San Franco de Sena.

PERSONAS.

D. FÉLIX DE MONTEMAR.  
 D. DIEGO DE PASTRANA.  
 SEIS JUGADORES.

En derredor de una mesa  
 Hasta seis hombres están,  
 Fija la vista en los naipes,  
 Mientras juegan al parar;  
 Y en sus semblantes se pintan  
 El despecho y el afán:  
 Por perder desesperados,  
 Avarientos por ganar.  
 Reina profundo silencio,  
 Sin que lo rompa jamás  
 Otro ruido que el del oro,



Ó una voz para jurar.  
Pálida lámpara alumbrá  
Con trémula claridad  
Negras de humo las paredes  
De aquella estancia infernal.  
Y el misterioso bramido  
Se escucha del huracán,  
Que azota los vidrios frágiles  
Con sus alas al pasar.

ESCENA I.

JUGADOR PRIMERO.

El caballo aún no ha salido.

JUGADOR SEGUNDO.

¡Qué carta vino?

JUGADOR PRIMERO.

La sota.

JUGADOR SEGUNDO.

Pues por poco se alborota.

JUGADOR PRIMERO.

Un caudal llevo perdido:  
¡Voto á Cristo!

JUGADOR SEGUNDO.

No jureis,

Que aún no estais en la agonía.

JUGADOR PRIMERO.

No hay suerte como la mía.

JUGADOR SEGUNDO.

¡Y como cuánto perdeis!

JUGADOR PRIMERO.

Mil escudos y el dinero  
Que don Félix me entregó.

JUGADOR SEGUNDO.

¡Dónde anda?

JUGADOR PRIMERO.

¡Qué se yo!

No tardará.

JUGADOR TERCERO.

Envido.

JUGADOR PRIMERO.

Quiero.

ESCENA II.

Galan de talle gentil,  
La mano izquierda apoyada  
En el pomo de la espada,  
Y al aspecto varonil:  
Alta el ala del sombrero  
Porque descubra la frente,

Con airoso continente  
Entró luégo un caballero.

JUGADOR PRIMERO (*al que entra*).

Don Félix, á buena hora  
Habeis llegado.

D. FÉLIX.

¡Perdisteis!

JUGADOR PRIMERO.

El dinero que me disteis  
Y esta bolsa pecadora.

JUGADOR SEGUNDO.

Don Félix de Montemar  
Debe perder. El amor  
Le negára su favor  
Cuando le viera ganar.

D. FÉLIX (*con desden*).

Necesito ahora dinero  
Y estoy hastiado de amores.

(*Al Corro con altivez.*)

Dos mil ducados, señores,  
Por esta cadena quiero.

(*Quítase una cadena que lleva al pecho*)

JUGADOR TERCERO.

Alta ponéis la tarifa.

D. FÉLIX (*con altivez*).

La pongo en lo que merece.  
Si otra duda se os ofrece,

Decid,

(*Al corro.*)

Se vende y se rifa.

JUGADOR CUARTO. (*aparte*).

¡Y hay quien sufra tal afrenta!

D. FÉLIX.

Entre cinco están hallados.  
A cuatrocientos ducados  
Os toca, segun mi cuenta.  
Al as de oros. Allá va.

(*Va echando cartas, que toman los jugadores  
en silencio.*)

Una, dos.....

(*Al perdidoso.*)

Con vos no cuento,

JUGADOR PRIMERO.

Por el motivo lo siento.

JUGADOR TERCERO.

¡El as! ¡El as! Aquí está.

JUGADOR PRIMERO.

Ya ganó.

D. FÉLIX.

Suerte teneis.

A un sólo golpe de dados  
Tiro los dos mil ducados.

JUGADOR TERCERO.

¡En un golpe!

JUGADOR PRIMERO (*A D. Félix.*)

Los perdeis.

D. FÉLIX.

Perdida tengo yo el alma  
Y no me importa un ardite.

JUGADOR TERCERO.

Tirad.

D. FÉLIX.

Al primer envite.

JUGADOR TERCERO.

Tirad pronto.

D. FÉLIX.

Tened calma:

Que os juego mas todavía,  
Y en cien onzas hago el trato,  
Y os llevais este retrato  
Con marco de pederria.

JUGADOR TERCERO.

¡En cien onzas!

D. FÉLIX.

¡Qué dudais!

JUGADOR PRIMERO (*tomando el retrato*).

¡Hermosa mujer!

JUGADOR CUARTO.

No es caro.

D. FÉLIX.

¡Quereis pararlas!

JUGADOR TERCERO.

Las paro.

Más ganaré.

D. FÉLIX.

Si ganais (*se registra todo*)  
No tengo otra joya aquí.

JUGADOR PRIMERO (*mirando al retrato*).

Si esta imágen respirára...

D. FÉLIX.

A estar aquí la jugára  
A ella, al retrato y á mí.

JUGADOR TERCERO.

Vengan los dados.

D. FÉLIX.

Tirad.

JUGADOR SEGUNDO.

Por don Félix cien ducados.

JUGADOR CUARTO.

En contra van apostados.

JUGADOR QUINTO.

Cincuenta más. Esperad,  
No tireis.

JUGADOR SEGUNDO.

Van los cincuenta.



JUGADOR PRIMERO.

Yo, sin blanca, á Dios le ruego  
Por don Félix.

JUGADOR QUINTO.

Hecho el juego.

JUGADOR TERCERO.

¡Tiro!

D. FÉLIX.

Tirad con sesenta

De á caballo.

*(Todos se agrupan con ansiedad alrededor de  
la mesa. El tercer jugador tira los dados.)*

JUGADOR CUARTO.

¡Qué ha salido!

JUGADOR SEGUNDO.

¡Mil demonios, que á los dos  
Nos lleven!

D. FÉLIX *(con calma al PRIMERO.)*

¡Bien, vive Dios,  
Vuestros ruegos me han valido!  
Encomendadme otra vez,  
Don Juan, al diablo; no sea  
Que si os oye Dios, me vea  
Cautivo y esclavo en Fez.

JUGADOR TERCERO.

Don Félix, habeis perdido

Sólo el marco, no el retrato,  
Que entrar la dama en el trato  
Vuestra intencion no habrá sido.

D. FÉLIX.

¡Cuánto diérais por la dama?

JUGADOR TERCERO.

Yo, la vida.

D. FÉLIX.

No la quiero.

Mirad si me dais dinero  
Y os la llevais.

JUGADOR TERCERO.

¡Buena fama  
Lograréis entre las bellas,  
Cuando descubran, altivas,  
Que vos las haceis cautivas,  
Para en seguida vendellas!

D. FÉLIX.

Eso á vos no importa nada.  
¡Queréis la dama? Os la vendo.

JUGADOR TERCERO.

Yo de pinturas no entiendo.

D. FÉLIX *(con cólera.)*

Vos hablais con demasiada

Altivez é irreverencia  
De una mujer.... ¡y si no!...

JUGADOR TERCERO.

De la pintura hablé yo.

TODOS.

Vamos, paz; no haya pendencia.

D. FÉLIX (*sosegado*).

Sobre mi palabra os juego  
Mil escudos.

JUGADOR TERCERO.

Van tirados.

D. FÉLIX.

A otra suerte de esos dados,  
Y el diablo les prenda fuego.

ESCENA III.

Pálido el rostro cejijunto el ceño,  
Y torva la mirada, aunque afigida,  
Y en ella un firme y decidido empeño  
De dar la muerte ó de perder la vida,

Un hombre entró, embozado hasta los ojos,  
Sobre las juntas cejas el sombrero:  
Vibrále al rostro el corazon enojos,  
El paso firme, el ánimo altanero.

Encubierta fatídica figura,  
Sed de sangre su espíritu secó,  
Emponzoñó su alma la amargura,  
La venganza irritó su corazon.

Junto á don Félix llega... y desatento  
No habla á ninguno, ni aun la frente inclina;  
Y en pié y delante de él y el ojo atento,  
Con iracundo rostro le examina.

Miró tambien don Félix al sombrío  
Huésped, que en él los ojos enclavó,  
Y con sarcasmo desdenoso y frío  
Fijos en él los suyos, sonrió.

D. FÉLIX.

Buen hombre, ¿de qué tapiz  
Se ha escapado,—el que se tapa,—  
Que entre el sombrero y la capa  
Se os ve apenas la nariz?

D. DIEGO.

Bien, Don Félix, cuadra en vos  
Esa insolencia importuna.

D. FÉLIX.

(*Al tercer jugador sin hacer caso de don Diego.*)

Perdisteis.

JUGADOR TERCERO.

Si. La fortuna  
Se trocó: tiro y van dos.

(*Vuelven á tirar.*)

D. FÉLIX.

Gané otra vez.  
(*Al embozado.*) No he entendido  
Qué dijisteis, ni hice aprecio  
De si hablásteis blando ó recio  
Cuando me habeis respondido.

D. DIEGO.

A solas hablar querria.

D. FÉLIX.

Podéis, si os place, empezar,  
Que por vos no he de dejar  
Tan honrosa compañía.  
Y si Dios aquí os envía  
Para hacer mi conversión,  
No desprecies la ocasión  
De convertir tanta gente,  
Mientras que yo humildemente  
Aguardo mi absolucion.

D. DIEGO (*desembozándose con ira*).

D. Félix, ¿no conoces  
A don Diego de Pastrana?

D. FÉLIX.

A vos no, mas si á una hermana  
Que imagino que tenéis.

D. DIEGO.

¿Y no sabeis que murió?

D. FÉLIX.

Téngala Dios en su gloria.

D. DIEGO.

Pienso que sabeis su historia,  
Y quién fué quien la mató.

D. FÉLIX (*con sarcasmo*).

¿Quizá alguna calentura!

D. DIEGO.

¡Mentis vos!

D. FÉLIX.

Calma, don Diego,  
Que si vos os moris luego,  
Es tanta mi desventura,  
Que aun me lo habrán de achacar.  
Y es en vano ese despecho:  
Si se murió, á lo hecho, pecho;  
Ya no ha de resucitar.

D. DIEGO.

Os estoy mirando y dudo  
Si habré de manchar mi espada  
Con esa sangre malvada,  
O echaros al cuello un nudo  
Con mis manos, y con mengua,  
En vez de desafiaros,  
El corazón arrancaros  
Y patearos la lengua.  
Que un alma, una vida, es  
Satisfacción muy ligera,  
Y os diera mil si pudiera  
Y os las quitara despues.  
Jugo á mi labio han de dar  
Abiertas todas tus venas,  
Que toda tu sangre apénas



Basta mi sed á calmar.

¡Villano!

(*Tira de la espada, todos los jugadores se interponen.*)

TODOS.

Fuera de aquí

A armar quimera.

D. FÉLIX (*con calma, levantándose*).

Tened,

Don Diego, la espada, y vez  
Que estoy yo muy sobre mí  
Y que me contengo mucho,  
No sé por qué, pues tan frío  
En mi colérico brio  
Vuestra injurias escucho.

D. DIEGO (*con furor reconcentrado y con la espada desnuda*).

Salid de aquí; que á fe mía,  
Que estoy resuelto á mataros,  
Y no alcanzará á libraros  
La misma Virgen María.  
Y es tan cierta mi intencion,  
Tan resuelta está mi alma,  
Que hasta mi cólera calma  
Mi firme resolucion.  
Venid conmigo.

D. FÉLIX.

Allá voy;

Pero si os mato, don Diego,  
Que no me venga otro luego  
A pedirme cuenta. Soy

Con vos al punto. Esperad  
Cuenta el dinero... uno... dos...

(*A Don Diego*)

Son mis ganaucias; por vos  
Pierdo aquí una cantidad  
Considerable de oro  
Que iba á ganar... ¡y por qué?  
Diez... quince... por no sé qué  
Cuento de amor... ¡un tesoro  
Perdido!... voy al momento.  
Es un puro disparate  
Empeñarse en que yo os mate:  
Lo digo como lo siento.

D. DIEGO.

Remiso andáis y cobarde  
Y hablador en demasía.

D. FÉLIX.

Don Diego, más sangre fría:  
Para reñir nunca es tarde.  
Y si aún fuera otro el asunto  
Yo os perdonára la prisá:  
Pidiérais vos una misa  
Por la difunta, y al punto...

D. DIEGO.

¡Mal caballero!...

D. FÉLIX.

Don Diego,

Mi delito no es gran cosa.  
Era vuestra hermana hermosa:  
La vi, me amó, creció el fuego,  
Se murió, no es culpa mía;  
Y admiro vuestro candor,

Que no se mueren de amor  
Las mujeres hoy en día.

D. DIEGO.

¡Estais pronto?

D. FÉLIX.

Están contados.

Vamos andando.

D. DIEGO.

¡Os reís!

*(Con voz solemne.)*

Pensad que á morir venís.

D. FÉLIX *(sale tras de él embolsándose el dinero con indiferencia).*

Son mil trescientos ducados.

ESCENA IV.

*Los jugadores.*

JUGADOR PRIMERO.

Este don Diego Pastrana  
Es un hombre decidido,  
Desde Flándes ha venido  
Solo á vengar á su hermana.

JUGADOR SEGUNDO.

¡Pues no ha hecho mal disparate!

Me da el corazon su muerte.

JUGADOR TERCERO.

¡Quién sabe? acaso la suerte...

JUGADOR CUARTO.

Me alegraré que lo mate.

PARTE CUARTA.

Salió en fin de aquel castaño, para caer en el dolor más sombrío, en la más desalentada desesperación y en la mayor amargura y desconsuelo que pueden acontecerse de este pobre corazón humano, que tan positivamente choca y se quebranta con los males, como con vaguedad aspira en algunos momentos, casi siempre sin conseguirlo, á tocar los bienes ligeramente y de pasada.

(*La Protección de un castaño*: novela original por D. Miguel de los Santos Alvarez.)

SPIRITUS QUIDEM PROMPTUS EST  
CARO VERO INFIRMA.

(S. MARC., *Evang.*)

Vedle, don Félix es, espada en mano,  
Serenó el rostro, firmó el corazón:  
También de Elvira el vengativo hermano  
Sin piedad á sus piés muerto cayó,  
Y con tranquila audacia se adelanta  
Por la calle fatal del Ataud;  
Y ni medrosa aparición le espanta,  
Ni le turba la imágen de Jesús.  
La moribunda lámpara que ardía  
Trémula lanza su postrer fulgor,  
Y en honda oscuridad, noche sombría  
La misteriosa calle encapotó.  
Mueve los piés el Montemar osado

En las tinieblas con incierto giro,  
Cuando ya un trecho de la calle andando,  
Súbito junto á él oye un suspiro.  
Resbalar por su faz sintió el aliento,  
Y á su pesar sus nervios se crisparon;  
Mas pasado el primero movimiento,  
A su primera rigidez tornaron.  
«¿Quién va?» pregunta con la voz serena,  
Que ni finge valor, ni muestra miedo.  
El alma de invencible vigor llena,  
Fiado en su tajante de Toledo.  
Palpa en torno de sí, y el impío jura,  
Y á mover vuelve la atrevida planta,  
Cuando hacia él fatídica figura  
Envuelto en blancas ropas se adelanta,  
Flotante y vaga, las espesas nieblas  
Ya disipa y se anima y va creciendo  
Con apagada luz, ya en las tinieblas  
Su argentino bláncor va apareciendo.  
Ya leve punto de luciente plata,  
Astro de clara lumbre sin manchilla,  
El horizonte lóbrego dilata,  
Y allá en la sombra en lo:tananza brilla.  
Los ojos Montemar fijos en ella,  
Con más asombro que temor la mira;  
Tal vez la juzga vagorosa estrella  
Que en el espacio de los cielos gira:  
Tal vez engaño de sus propios ojos,  
Forma falaz que en su ilusión creó,  
O del vino ridículos antojos  
Que al fin su juicio á alborotar subió.  
Mas el vapor del néctar jerezano  
Nunca su mente á trastornar bastará.  
Que ya mil veces embriagarse en vano  
En frenéticas orgías intentára.



»Dios presume asustarme: ¡ójala fuera,  
»Dijo entre sí, riendo, el diablo mismo!  
»Que entonces, vive Dios, quién soy supiera,  
»El cornudo monarca del abismo.»  
Al pronunciar tan insolente ultraje  
La lámpara del Cristo se encendió:  
Y una mujer velada en blanco traje,  
Ante la imagen de rodillas vió.  
«Bienvenida la luz», dijo el impío,  
«Gracias á Dios ó al diablo»: y con osada,  
Firme intencion y temerario brio,  
El paso vuelve á la mujer tapada.  
Mientras él anda, al parecer se alejan  
La luz, la imagen, la devota dama,  
Mas si él se para, de moverse dejan:  
Y lágrima tras lágrima derrama  
De sus ojos inmóviles la imagen.  
Mas sin que el miedo ni el dolor que inspira  
Su planta audaz, ni su impiedad atajen,  
Rostro á rostro á Jesús Montemar mira.  
—La calle parece se mueve y camina,  
Faltarle la tierra sintió bajo el pié;  
Sus ojos la muerta mirada fascina  
Del Cristo, que intensa clavado está en él.  
Y en medio el delirio que embarga su mente,  
Y achaca él al vino que al fin le embriagó,  
La lámpara alcanza con mano insolente  
Del ara do alumbra la imagen de Dios;  
Y al rostro la acerca, que el cándido lino  
Encubre, con ánimo asaz descortés;  
Mas la luz apaga viento repentino,  
Y la blanca dama se puso de pié.  
Empero un momento creyó que veía  
Un rostro que vagos recuerdos quizá  
Y alegres memorias confusas traía

De tiempos mejores que pasaron ya.  
Un rostro de un ángel que vió en un ensueño,  
Como un sentimiento que el alma halagó,  
Que nubla la frente con rígido ceño,  
Sin que lo comprenda jamás la razon.  
Su forma gallarda dibuja en las sombras  
El blanco rojaje que ondeante se ve,  
Y cual si pisara mullidas alfombras,  
Deslizase leve sin ruido su pié.  
Tal vimos al rayo de la luna llena  
Fugitiva vela de léjos cruzar,  
Que ya la hinchie en popa la brisa serena,  
Que ya la confunde la espuma del mar.  
También la esperanza blanca y vaporosa  
Así ante nosotros pasa en ilusion,  
Y el alma conmueve con ánsia medrosa  
Mientras la rechaza la adusta razon.

D. FÉLIX,

«¡Qué! ¡Sin respuesta me dejaf  
¡No admitís mi compañía!  
¡Será quizá alguna vieja  
Devota!... ¡Chasco sería!  
En vano, dueña, es callar,  
Ni hacerme señas que no:  
He resuelto que sí yo,  
Y os tengo de acompañar.  
Y he de saber dónde vais,  
Y sísois hermosa ó fea,  
Quién sois y cómo os llamaís.  
Y aun cuando imposible sea,  
Y fuérais vos Satanás  
Con sus llamaís y sus cuernos,  
Hasta en los mismos infiernos,  
Vos delante y yo detrás,

Hemos de entrar, ¡Vive Dios!  
Y aunque lo estorbara el cielo,  
Que yo he de cumplir mi anhelo  
Aun á despecho de vos:  
Y perdonadme, señora,  
Si hay en mi empeño osadía,  
Mas fuera descortesía  
Dejaros sola á esta hora:  
Y me va en ello mi fama,  
Que, juro á Dios, no quisiera  
Que por temor se creyera  
Que no he seguido á una dama.»

Del hondo del pecho profundo gemido,  
Crujido del vaso que estalla al dolor,  
Que apenas medroso lastima el oído,  
Pero que punzante rasga el corazón;  
Gemido de amargo recuerdo pasado,  
De pena presente, de incierto pesar,  
Mortífero aliento, veneno exhalado  
Del que encubre el alma ponzoñoso mar;  
Gemido de muerte lanzó, y silenciosa  
La blanca figura su pie resbaló,  
Cual mueve sus alas Sifide amorosa  
Que apenas las aguas del lago rizo.  
¡Ay, el que vió acaso perdida en un día  
La dicha que eterna creyó el corazón,  
Y en noche de nieblas, y en honda agonía  
En un mar sin playas muriendo quedó!  
¡Y sólo y llevando consigo en su pecho,  
Compañero eterno, su dolor cruel,  
El mágico encanto del alma deshecho,  
Su pena, su amigo y su amante más fiel;  
Miró sus suspiros llevarlos al viento,  
Sus lágrimas tristes perderse en el mar,

Sin nadie que acuda ni atienda á su acento,  
Insensible el cielo y el mundo á su mal.....  
Y ha visto la luna brillar en el cielo  
Serena y en calma mientras él lloró,  
Y ha visto á los hombres pasar en el suelo  
Y nadie á sus quejas los ojos volvió;  
Y él mismo, la bafa del mundo temblando,  
Su pena en su pecho profunda escondió,  
Y dentro en su alma su llanto tragando  
Con falsa sonrisa su labio vistió!!.....  
¡Ay! quien ha contado las horas que fueron  
Horas otro tiempo que abrevió el placer,  
Y hoy solo y llorando piensa cómo huyeron  
Con ellas por siempre las dichas de ayer;  
Y aquellos placeres, que el triste ha perdido,  
No huyeron del mundo, que en el mundo están,  
Y él vive en el mundo do siempre ha vivido,  
Y aquellos placeres para él no son ya!  
¡Ay! el que descubre por fin la mentira,  
¡Ay! el que la triste realidad palpó,  
El que el esqueleto de este mundo mira,  
Y sus falsas galas, loco, le arrancó.....  
¡Ay! aquel que vive solo en lo pasado!.....  
¡Ay! el que su alma nutre en su pesar,  
Las horas que huyeron llamará angustiado,  
Las horas que huyeron y no tornarán.....  
Quien haya sufrido tan bárbaro duelo,  
Quien noches enteras cantó sin dormir  
En lechos de espinas, maldiciendo al cielo,  
Horas sempiternas de ansiedad sin fin;  
Quien haya sentido quererse del pecho  
Saltar á pedazos rotó el corazón;  
Crecer su delirio, crecer su despecho;  
Al cuello cien nudos echarle el dolor;  
Ponzoñoso lago de punzante hielo,



Sus lágrimas tristes que cuajó el pesar,  
Reventando ahogarle, sin hallar consuelo,  
Ni esperanza nunca, ni tregua en su afán....  
Aquel, de la blanca fantasma el gemido,  
Única respuesta que á don Félix dió,  
Hubiera, y su inmenso dolor, comprendido,  
Hubiera pesado su inmenso valor.

D. FÉLIX.

«Si buscáis algún ingrato,  
Yo me ofrezco agradecido;  
Pero, ó miente ese recato,  
O vos sufrís el mal trato  
De algún celoso marido.  
¡Acerté! ¡Necia manía!  
Es para volverme loco,  
Si insistís en tal porfía;  
Con los mudos, reina mía,  
Yo hago mucho y hablo poco.»

Segunda vez importunada en tanto,  
Una voz de suave melodía  
El estudiante oyó, que parecía  
Eco lejano de armonioso canto:  
De anafte pecho lánguido latido,  
Sentimiento inefable de ternura,  
Suspiro fiel de amor correspondido,  
El primer sí de la mujer aun pura.  
«Para mí los amores acabaron:  
Todo en el mundo para mí acabó:  
Los lazos que á la tierra me liaron,  
El cielo para siempre desató.»  
Dijo su acento misterioso y tierno,  
Que de otros mundos la ilusión traía.

Eco de los que ya reposo eterno  
Gozan en paz bajo la tumba fría.  
Montemar, atento sólo á su aventura,  
Que es bella la dama y aun fácil juzgó,  
Y la hora, la calle y la noche oscura  
Nuevos incentivos á su pecho son.  
—Hay riesgo en seguirme.— ¡Mirad qué reparo!  
—Quizá luego os pese.— Puede que por vos.  
—Ofendeis al cielo.— Del diablo me amparo.  
—Idos, caballero, no tenteis á Dios.  
—Siento me enamora más vuestro despego,  
Y si Dios se enoja, pardiez que hará mal:  
Véame en vuestros brazos y máteme luego.  
—Vuestra última hora quizá ésta será!...  
Dejad ya, don Félix, delirios mundanos.—  
—¡Hola, me conoce!— ¡Ay! temblad por vos!  
¡Temblad, no se truequen deleites livianos  
En penas eternas!— Basta de sermón,  
Que yo para oírlos la Caaresma espero;  
Y hablemos de amores que es más dulce hablar:  
Dejad ese tono solemne y severo.  
Que os juro, señora, que os sienta muy mal:  
La vida es la vida: cuando ella se acaba,  
Acaba con ella también el placer.  
De inciertos pesares ¿por qué hacerla esclava?  
Para mí no hay nunca mañana ni ayer;  
Si mañana muero, que sea en mal hora  
O en buena, cual dicen, qué me importa á mí?  
Goce yo el presente, disfrute yo ahora,  
Y el diablo me lleve siquiera al morir.  
—¡Cúmplase, en fin, tu voluntad, Dios mío!—  
La figura fatídica exclamó:  
Y en tanto al pecho redoblar su brio  
Siente don Félix y camina en pos.  
Cruzan tristes calles,



Plazas solitarias,  
Arruinados muros,  
Donde sus plegarias  
Y falsos conjuros,  
En la misteriosa  
Noche borrascosa,  
Maldecida bruja  
Con ronca voz canta,  
Y de los sepulcros  
Los muertos levanta,  
Y sueñan los ecos  
De sus pasos huecos  
En la soledad:  
Mientras en silencio  
Yace la ciudad,  
Y en lúgubre són  
Arrulla su sueño  
Bramando Aquilon.  
Y una calle y otra cruzan,  
Y más allá y más allá:  
Ni tiene término el viaje,  
Ni nunca dejan de andar.  
Y atraviesan, pasan, vuelven,  
Cien calles quedando atrás,  
Y paso tras paso siguen,  
Y siempre adelante van:  
Y á confundirse ya empieza  
Y á perderse Montemar,  
Que ni sabe á dó camina,  
Ni agierta ya dónde está:  
Y otras calles, otras plazas  
Recorre y otra ciudad,  
Y ve fantásticas torres  
De su eterno pedestal  
Arrancarse, y sus macizas

Negras masas caminar,  
Apoyándose en sus ángulos,  
Que en la tierra en desigual,  
Perezoso trauco fijan;  
Y á su monótono andar,  
Las campanas sacudidas  
Misteriosos dobles dan;  
Mientras en danzas grotescas  
Y al estruendo funeral  
En derredor cien espectros  
Dauzan con torpe compás:  
Y las veletas sus frentes  
Ba'án ante él al pasar,  
Los espectros le saludan,  
Y en cien lenguas de metal  
Oye su nombre en los ecos  
De las campanas sonar.  
Mas luego cesa el estrépito,  
Y en silencio, en muda paz  
Todo queda, y desaparece  
De súbito la ciudad:  
Palacios, templos, se cambian  
En campos de soledad,  
Y en un yermo y silencioso,  
Melancólico arenal,  
Sin luz, sin aire, sin cielo,  
Perdido en la inmensidad.  
Tal vez piensa que camina,  
Sin poder parar jamás,  
De extraño empuje llevado  
Con precipitado afán;  
Entretanto que su guía  
Delante de él, sin hablar,  
Sigue misteriosa, y sigue  
Con paso ránido, v va

Se remonta ante sus ojos  
En alas del huracán,  
Vision sublime, y su frente  
Ve fosfórica brillar  
Entre lividos relámpagos.  
En la densa oscuridad,  
Sierpes de luz, luminosos  
Engendros del vendabal:  
Y cuando duda si duerme,  
Si tal vez sueña ó está  
Loco, si es tanto prodigio,  
Tanto delirio verdad;  
Otra vez en Salamanca  
Súbito vuélvese á hallar,  
Distingue los edificios,  
Reconoce en donde está,  
Y en su delirante vértigo  
Al vino vuelve á culpar,  
Y jura, y sigue andando  
Ella delante, él detras.  
«Vive Dios! dice entre sí,  
O Satanás se chancea,  
O no debo estar en mí,  
O el Málaga que bebi  
En mi cabeza aún humea.  
«Sombras, fantasmas, visiones....  
Dale con tocar á muerto,  
Y en revueltas confusiones,  
Danzando estos torreones  
Al compás de tal concierto.  
»Y el juicio voy á perder  
Entre tantas maravillas,  
Que estas torres llegue á ver  
Como mulas de alquiler,  
Andando con campanillas.

«Y esta mujer ¡quién será!  
Mas si es el diablo en persona,  
¡A mi qué diantre me da!  
Y más, que el traje en que va  
En esta ocasión, le abona.  
»Noble señora, imagino  
Que sois nueva en el lugar;  
Andar así es desatino:  
O habeis perdido el camino,  
O esto es andar por andar.  
»Ha dado en no responder,  
Que es la más rara locura  
Que puede hallarse en mujer,  
Y en que yo la he de querer  
Por su paso de andadura.»

En tanto don Félix á fientas seguía,  
Delante camina la blanca vision,  
Triplica su espanto la noche sombría,  
Sus hórridos gritos redobla Aquilon.  
Rechinan girando la férreas veletas,  
Crujir de cadenas se escucha sonar,  
Las altas campanas, por el viento inquietas,  
Pansados sonidos en las torres dan,  
Ruidos de pasos de gente, que viene  
A compás marchando con sordo rumor,  
Y de tiempo en tiempo su marcha detiene,  
Y rezar parece en confuso són.  
Llegó de don Félix luego á los oídos,  
Y luego cien luces á lo lejos vió,  
Y luego en hileras largas divididos,  
Vió que murmurando con lúgubre voz,  
Enlutados bultos andando venian,  
Y luego más cerca con asombro ve,  
Que un féretro en medio y en hombros traian

Y dos cuerpos muertos tendidos en él.  
Las luces, la hora, la noche, profundo,  
Infernal arcano parece encubrir.  
Cuando en hondo sueño yace muerto el mun-  
do, cuando todo anuncia que habrá de morir [do],  
Al hombre, que loco la recia tormenta  
Corrió de la vida, del viento á merced,  
Cuando una voz triste las horas le cuenta,  
Y en lodo sus pompas convertidas ve,  
Forzoso es que tenga de diamante el alma  
Quien no sienta el pecho de horror palpitar,  
Quien, como don Félix, con serena calma  
Ni en Dios ni en el diablo se ponga á pensar.  
Así en tardos pasos, todos murmurando,  
El lúgubre entierro ya cerca llegó.  
Y la blanca dama devota rezando,  
Entrambas rodillas en tierra dobló.  
Calado el sombrero y en pié indiferente  
El féretro mira don Félix pasar,  
Y al paso pregunta con su aire insolente  
Los nombres de aquellos que al sepulcro van.  
Más ¡cuál su sorpresa, su asombro cuál fuera,  
Cuando horrorizado con espanto ve  
Que el uno don Diego de Pastrana era,  
Y el otro ¡Dios santo! ¡y el otro era él!.....  
El mismo, su imágen, su misma figura,  
Su mismo semblante, que él mismo era en  
Y duda, y se palpa, y fría pavora [fin:  
Un punto en sus venas sintió discurrir.  
Al fin era hombre, y un punto temblaron  
Los nervios del hombre, y un punto temió;  
Mas pronto su antiguo vigor recobraron,  
Pronto su fereza volvió al corazón.

«Lo que es, dijo, por Pastrana,

Bien pensado está el entierro;  
Mas es diligencia vana  
Enteriarme á mi, y mañana  
Me he de quejar de este yerro.  
»Diga, señor enlutado,  
¿A quién llevan á enterrar!  
—Al estudiante endiablado  
Don Félix de Montemar,—  
Respondió el encapuchado.  
—»Mientes, truhan.—No por cierto.—  
—Pues decidme á mi quién soy,  
Si gustais, porque no acierto  
Cómo á un mismo tiempo estoy  
Aquí vivo y allí muerto.  
—»Yo no os conozco.—Pardiez,  
Que si me llego á enojar,  
Tus burlas te haga llorar  
De tal modo, que otra vez  
Conozcais ya á Montemar.  
»¡Villano!..... mas esto es  
Ilusion de los sentidos,  
El mundo que anda al revés,  
Los diablos entretenidos  
En hacerme dar traspies.  
»El fanfarron de don Diego!  
De sus mentiras reniego,  
Que cuando muerto cayó.  
Al infierno se fué Inégo  
Contando que me mató.»  
Diciendo así, soltó una carejada,  
Y las espaldas con desden volvió:  
Se hizo el bigote, requirió la espada,  
Y á la devota dama se acercó.



»Conque en fin, ¡dónde vivis!  
Que se hace tarde, señora.  
—Tarde, aún no; de aquí á una hora  
Lo será.—Verdad decís,  
Será mas tarde que ahora.

»Esa voz con que haceis miedo,  
De vos me enamora más:  
Yo me he echado el alma atrás;  
Juzgad si me dará un bledo  
De Dios ni de Satanás.

—»Cada paso que avanzaís  
Lo adelantaís á la muerte,  
Don Félix. ¡Y no tembláis,  
Y el corazón no os advierte  
Que á la muerte caminaís!»

Con eco melancólico y sombrío  
Dijo así la mujer, y el sordo acento,  
Sonando en torno del mancebo inópio,  
Rugió en la voz del proceloso viento.  
Las piedras con las piedras se golpearon,  
Bajo sus piés la tierra retendió,  
Las aves de la noche se juntaron,  
Y sus alas crujir sobre él sintió:  
Y en la sombra unos ojos fulgurantes  
Vió en el aire vagar que espanto inspiran,  
Siempre sobre él saltándose anhelantes:  
Ojos de horror que sin cesar le miran,  
Y los vió y no tembló: mano á la espada  
Puso y la sombra intrépida embistió,  
Y ni sombra encontró ni encontró nada;  
Sólo fijos en él los ojos vió.  
Y alzó los suyos impaciente al cielo,  
Y rechinó los dientes y maldijo.  
Y en él creciendo el infernal anhelo,

Con voz de enojo blasfemando, dijo:  
«Seguid, señora, y adelante vamos:  
Tanto mejor si sois el diablo mismo,  
Y Dios y el diablo y yo nos conocamos,  
Y acábase por fin tanto embolismo.  
»Que de tanto sermón, de farsa tanta,  
Juro, pardiez, que fatigado estoy:  
Nada mi firme voluntad quebrauta,  
Sabed, en fin, que donde vayais, voy.  
»Un término no más tiene la vida:  
Término fijo; un paradero el alma:  
Ahora adelante.» Dijo, y en seguida  
Camina en pós con decidida camla.

Y la dama á una puerta se paró,  
Y era una puerta altísima, y se abrieron  
Sus hojas en el punto en que llamó,  
Que á un misterioso impulso obedecieron:  
Y tras la dama el estudiante entró:  
Ni pajes ni doncellas acudieron;  
Y cruzan á la luz de unas bajas  
Fantásticas, desiertas galerías,

Y la vision como engañoso encanto,  
Por las losas deslízase sin ruido,  
Toda encubierta bajo el blanco manto  
Que barre el suelo en pliegues desprendido:  
Y por el largo corredor en tanto  
Sigue adelante, y siguela atrevido,  
Y su temeridad raya en locura,  
Resuelto Montemar á su aventura.

Las luces, como antorchas funerales,  
Lánguida luz y cárdena esparcian,  
Y en torno en movimientos desiguales

Las sombras se alejaban ó venían;  
Arcos aquí ruinosos, sepulcrales,  
Urnas allí y estatuas se veían,  
Rotas columnas, patios mal seguros,  
Hierbosos, tristes, húmedos y oscuros.

Todo vago, quimérico y sombrío,  
Edificio sin base ni cimiento  
Ondula cual fantástico navío  
Que anclado mueve borrascoso viento.  
En un silencio aterrador y frío  
Yace allí todo: ni rumor, ni aliento  
Humano nunca se escuchó: callado,  
Corre allí el tiempo, en sueño sepultado.

Las muertas horas á las muertas horas  
Siguen en el reloj de aquella vida,  
Sombras de horror girando aterradoras,  
Que allá aparecen en medrosa huida;  
Ellas solas y triste moradoras  
De aquella negra, funeral guarida,  
Cual sonada fantástica quimera,  
Vienen á ver el que su paz altera.

Y en él enclavan los hundidos ojos  
Del fondo de la larga galería,  
Que brillan lejos, cual carbones rojos,  
Y espantáran la misma valentía:  
Y muestran en su rostro sus cuojos  
Al ver hollada su mansión sombría,  
Y ora en grupos delante se aparecen,  
Ora en la sombra allá se desvanecen.

Grandiosa, satánica figura,  
Alta la frente, Montemar camina,

Espiritu sublime en su locura,  
Provocando la cólera divina;  
Fábrica frágil de materia impura,  
El alma que la alienta y la ilumina,  
Con Dios le iguala, y con osado vuelo  
Se alza á su trono y le provoca á duelo.

Segundo Lucifer que se levanta  
Del rayo vengador la frente herida,  
Alma rebelde que el temor no espanta,  
Hollada sí, pero jamas vencida;  
El hombre, en fin, que en su ansiedad que-  
Su límite á la cárcel de la vida, [branta  
Y á Dios llama ante él á darle cuenta,  
Y descubrir su inmensidad intenta.

Y un báquico cantar tarareando,  
Cruza aquella quimérica morada,  
Con atrevida indiferencia andando,  
Mofa en los lábios, y la vista osada;  
Y el rumor que sus pasos van formando,  
Y el golpe que al andar le da la espada,  
Tristes ecos, siguiéndole detras,  
Repiten con monótono compas.

Y aquel extraño y único ruidó  
Que de aquella mansión los ecos llena,  
En el suelo y los techos repetido,  
En su profunda soledad resuena;  
Y espira allá cual funeral gemido  
Que lanza en su dolor la ánima en pena,  
Que al fin del corredor largo y oscuro,  
Salir parece de entre el roto muro.

Y en aquel otro mundo, y otra vida,



Mundo de sombras, vida que es un sueño,  
Vida, que con la muerte confundida,  
Cine sus sienes con letal beño;  
Mundo, vaga ilusión descolorida  
De nuestro mundo y vaporoso ensueño,  
Son aquel ruido y su locura insana,  
La sola imagen de la vida humana.

Que allá su blanca misteriosa guía  
De la alma dicha la ilusión parece,  
Que ora acaricia la esperanza impia,  
Ora al tocarla ya se desvanece:  
Blanca, flotante nube, que en la umbria  
Noche, en alas del céfiro se mece,  
Su airosa ropa, desplegada al viento,  
Semeja en su callado movimiento:

Humo suave de quemado aroma  
Que al aire en ondas á perderse asciende,  
Rayo de luna que en la parda loma,  
Cual un broche su cima al éter prende;  
Silfa que con el alba envuelta asoma  
Y al nebuloso azul sus alas tiende,  
De negras sombras y de luz tenidas,  
Entre el alba y la noche confundidas.

Y ágil, veloz, aérea y vaporosa,  
Que apenas toca con los piés al suelo,  
Cruza aquella morada tenebrosa  
La mágica vision del blanco velo;  
Imagen fiel de la ilusión dichosa  
Que acaso el hombre encontrará en el cielo.  
Pensamiento sin fórmula y sin nombre,  
Que hace rezar y blasfemar al hombre.

Y al fin del largo corredor llegando,

Montemar sigue su callada guía,  
Y una de mármol negro va bajando  
De caracol torcida gradería,  
Larga, estrecha y revuelta, y que girando  
En torno de él y sin cesar veía  
Suspendida en el aire y con violento,  
Veloz, vertiginoso movimiento.

Y en eterna espiral y en remolino  
Infinito prolongase y se extiende,  
Y el juicio pone en loco desatino  
A Montemar que en tumbos mil descende,  
Y envuelto en el violento torbellino,  
Al aire se imagina, y se desprende,  
Y sin que el rauda movimiento ceda,  
Mil vueltas dando, á los abismos rueda:

Y de escalon en escalon cayendo,  
Blasfema y jura con lenguaje inhumdo,  
Y su furioso vértigo creciendo,  
Y despeñado rápido al profundo,  
Los silbos ya del huracan oyendo,  
Ya ante él pasando en confusion el mundo,  
Ya oyendo gritos, voces y palmadas,  
Y aplausos y brutales carcajadas.

Llantos y ayes, quejas y gemidos,  
Mofas, sarcasmos, risas y denuestos,  
Y en mil grupos acá y allá reunidos,  
Viendo debajo de él, sobre él enhiestos,  
Hombres, mujeres, todos confundidos,  
Con sándia pena, con alegres gestos,  
Que con asombro estúpido le miran  
Y en el perpétuo remolino giran.



Siente por fin que de repente pára,  
Y un punto sin sentido se quedó;  
Mas luego valeroso se repara,  
Abrió los ojos y de pie se alzó:  
Y fué el primer objeto en que pensara  
La blanca dama, y al redor miró,  
Y al pié de un triste monumento hallóla  
Sentada en medio de la estancia, sola.

Era un negro solemne monumento  
Que en medio de la estancia se elevaba,  
Y á un tiempo á Montemar iraro portentoso!  
Una tumba y un lecho semejaba:  
Ya imaginó su loco pensamiento  
Que abierta aquella tumba le aguardaba,  
Ya imaginó tambien que el lecho era  
Tálamo blando que al esposo espera.

Y pronto recobrada su osadía,  
Y á terminar resuelto su aventura,  
Al cielo y al infierno desafia  
Con firme pecho y decision segura:  
A la blanca vision su planta guía,  
Y á descubrirse el rostro la conjura,  
Y á sus piés Montemar tomando asiento,  
Así la habló con animoso acento:

«Diablo, mujer ó vision,  
Que á juzgar por el camino  
Que conduce á esta mansion,  
Eres puro desatino  
O diabólica invencion:  
»Si quier de parte de Dios,  
Si quier de parte del diablo,  
¿Quién nos trajo aquí á los dos?

Decidme, en fin, ¿quién sois vos?  
Y sepa yo con quién hablo:

»Que más que nunca palpita  
Resuelto mi corazón,  
Cuando en tanta confusion,  
Y en tanto arcano que irrita,  
Me descubre mi razón:

»Que un poder aquí supremo,  
Invisible se ha mezclado,  
Poder que siento y no temo,  
A llevar determinado,  
Esta aventura al extremo.»

Fúnebre  
Llanto  
De amor,  
Oyese  
En tanto  
En són

Flébil, blando,  
Cual quejido  
Dolorido  
Que del alma  
Se arrancó:  
Cual profundo  
¡Ay! que exhala  
Moribundo  
Corazón.

Música triste,  
Lánguida y vaga,  
Que á par lastima  
Y el alma halaga;  
Dulce armonía  
Que inspira al pecho  
Melancolía,

Como el murmullo  
De algún recuerdo  
De antiguo amor,  
A un tiempo arrulló  
Y amarga pena  
Del corazón.  
Mágico embeleso,  
Cántico ideal,  
Que en los aires vaga  
Y en sonoras ráfagas  
Aumentando va:  
Sublime y oscuro,  
Rumor prodigioso,  
Sordo acento lúgubre,  
Eco sepulcral,  
Músicas lejanas,  
De enlutado parche  
Redoble monótono,  
Cercano huracán,  
Que apenas la copa  
Del árbol menea  
Y bramando está:  
Olas alteradas  
De la mar bravía,  
En noche sombría  
Los vientos en paz,  
Y cuyo rugido  
Se mezcla al gemido  
Del muro que trémulo  
Las siente llegar:  
Pavoroso estrépito,  
Infalible présago  
De la tempestad,  
Y en rápido *crescendo*,  
Los lúgubres sonidos

Más cerca vause oyendo  
Y en ronco rebramar;  
Cual trueno en las montañas  
Que retumbando va,  
Cual rugen las entrañas  
De horrisono volcán.  
Y algazara y gritería,  
Crujir de afilados huesos,  
Rechinamiento de dientes  
Y retemblar los cimientos,  
Y en pavoroso estallido  
Las losas del pavimento  
Separando sus junturas  
Irse poco a poco abriendo,  
Siente Montemar, y el ruido  
Más cerca crece, y á un tiempo  
Escucha chocarse cráneos,  
Ya descarnados y secos,  
Temblar en torno la tierra,  
Bramar combatidos vientos,  
Rugir las airadas olas,  
Estallar el ronco trueno,  
Exhalar tristes quejidos  
Y prorumpir en lamentos:  
Todo en furiosa armonía,  
Todo en frenético estruendo,  
Todo en confuso trastorno,  
Todo mezclado y diverso.  
Y luego el estrépito crece  
Confuso y mezclado en un són,  
Que ronco en las bóvedas hondas  
Tronando furioso zumbó;  
Y un eco que agudo parece  
Del ángel del juicio la voz,  
En tiple, punzante alarido

Medroso y sonoro se alzó;  
Sintió, removidas las tumbas,  
Crujir á sus piés con fragor,  
Chocar en las piedras los cráneos  
Con rabia y ahínco feroz,  
Romper intentando la losa,  
Y huir de su eterna mansion  
Los muertos, de súbito oyendo  
El alto mandato de Dios.  
Y de pronto en horrendo estampido  
Desquiciarse la estancia sintió,  
Y al tremendo tartáreo ruido  
Cien espectros alzarse miró:  
De sus ojos los huecos fijaron  
Y sus dedos enjutos en él;  
Y despues entre sí se miraron,  
Y á mostrarle tornaron despues;  
Y enlazadas las manos siniestras,  
Con dudoso, espantado ademán  
Contemplando, y tendidas sus diestras  
Con asombro al osado mortal,  
Se acercaron despacio, y la seca  
Calavera, mostrando temor,  
Con inmóvil, irónica mueca  
Inclinaron, formando en redor.  
Y entonces la vision del blanco velo  
Al fiero Montemar tendió una mano,  
Y era su tacto de crispante hielo,  
Y resistirlo andaz intentó en vano:  
Galbánica, cruel, nerviosa y fria,  
Histérica y horrible sensacion,  
Toda la sangre coagulada envía  
Agolpada y helada al corazon....  
Y á su despecho y maldiciendo al cielo,  
De ella apartó su mano Montemar,

Y temerario alzándola á su velo,  
Tirando de él la descubrió la faz,  
*¡Es su esposo!* los ecos retumbaron,  
*¡La esposa al fin que su consorte halló!*  
Los espectros con júbilo gritaron,  
*¡Es el esposo de su eterno amor!*  
Y ella entonces gritó: *¡Mi esposo!* ¡Y era  
¡Desengaño fatal! ¡triste verdad!  
Una sórdida, horrible calavera  
La blanca dama del gallardo andar!....  
Luégo un caballero de espuela dorada,  
Airoso, aunque el rostro con mortal color,  
Traspasado el pecho de fiera estocada,  
Aun brotando sangre de su corazon,  
Se acerca y le dice, su diestra tendida.  
Que impávido estrecha tambien Montemar!  
—Al fin la palabra que disteis, cumplida,  
Doña Elvira, vedla, vuestra esposa es ya:  
Mi muerte os perdono.—Por cierto, D. Diego  
Repuso don Félix tranquilo á su vez,  
Me alegro de veros con tanto sosiego,  
Que á fe no esperaba volveros á ver.  
En cuanto á ese espectro que decís mi esposa,  
Raro casamiento venisme á ofrecer:  
Su faz no es por cierto ni amable ni hermosa;  
Mas no se os figure que os quiera ofender:  
Por mujer la tomo, porque es cosa cierta,  
Y espero no salga fallido mi plan,  
Que en caso tan raro, y mi esposa muerta,  
Tanto como viva no me cansará.  
Mas ántes decidme si Dios ó el demonio  
Me trajo á este sitio, que quisiera ver  
Al uno ú al otro, y en mi matrimonio  
Tener por padrino siquiera á Luzbel:  
Cualquiera ó entrambos con su corte toda,



Estando estos nobles espectros aquí,  
No perdiera mucho viniendo á mi boda.....  
Hermano don Diego, ¡no pensais así!  
Tal dijo don Félix con fruncido ceño,  
En torno arrojando con fiero ademán  
Miradas audaces de altivo desdén,  
Al Dios por quien jura capaz de arrostrar.  
El cariado, lívido esqueleto,  
Los fríos, largos y asquerosos brazos,  
Le enreda en tanto en apretados lazos,  
Y ávido le acaricia en su ansiedad:  
Y con su boca cavernosa busca  
La boca á Montemar, y á su ruejilla  
La árida, descarnada y amarilla.  
Junta y refriega, repugnante faz.  
Y él envuelto en sus secas coyunturas,  
Aun más sus nudos que se aprietan siente,  
Baña un mar de sudor su ardida frente  
Y crece en su impotencia su furor:  
Pugna con ansia á desasirse en vano,  
Y cuanto más airado forcejea,  
Tanto más se le junta y le desca  
El rudo espectro que le inspira horror,  
Y en furioso, veloz remolino,  
Y en aérea, fantástica danza,  
Que la mente del hombre no alcanza  
En su rápido curso á seguir,  
Los espectros su ronda empezaron,  
Cual en círculos raudos el viento  
Remolinos de polvo violento,  
Y hojas secas agita sin fin,  
Y elevando sus áridas manos,  
Resonando cual lúgubre ceo,  
Levantóse en su cóncavo hueco  
Semejante á un aullido una voz:

Pavorosa, monótona, informe,  
Que pronuncia sin lengua su boca,  
Cual la voz que del áspera roca  
En los senos el viento formó.

«Cantemos, dijeron sus gritos,  
La gloria, el amor de la esposa,  
Que enlaza en sus brazos dichosa,  
Por siempre al esposo que amó:  
Su boca á su boca se junte,  
Y selle su eterna delicia,  
Stave, amorosa caricia  
Y lánguido beso de amor.  
Y en mútuos abrazos unidos,  
Y en blando y eterno reposo,  
La esposa enlazada al esposo  
Por siempre descansen en paz:  
Y en fúnebre luz ilumine  
Sus bodas fatídica tea,  
Les brinde deleites y sea  
La tumba su lecho nupcial.»

Mientras, la ronda frenética  
Que en raudos giro se agita,  
Más cada vez precipita  
Su vértigo sin ceder,  
Más cada vez se atropella  
Más cada vez se arrebata,  
Y en círculos se desata,  
Violentos más cada vez:  
Y escapa en rueda quimérica,  
Y negro punto parece  
Que en torno se desvanece  
A la fantástica luz,  
Y sus lúgubres aullidos,  
Que pavorosos se extienden,

Los aires rápidos hieden  
Más prolongados aún.  
Y á tan continuo vértigo,  
A tan funesto encanto,  
A tan horrible canto,  
A tan tremenda lid;  
Entre los brazos lúbricos  
Que aprémianle sujeto,  
Del hórrido esqueleto  
Entre caricias mil;  
Jamás vencido el ánimo,  
Su cuerpo ya rendido,  
Sintió desfallecido  
Faltarle Montemar;  
Y á par que más su espíritu  
Desmiente su miseria,  
La flaca vil materia  
Comienza á desmayar.  
Y siente un confuso,  
Loco devaneo,  
Languidez, mareo  
Y angustioso afán:  
Y sombras y luces  
La estancia que gira,  
Y espíritus mira  
Que vienen y van.  
Y luego á lo léjos,  
Flébil en su oído,  
Eco dolorido  
Lángido sonó,  
Cual la melodía  
Que el aura amorosa,  
Y el aura armoniosa  
De noche formó:  
Y siente luego

Su pecho ahogado,  
Y desmayado,  
Turbios sus ojos,  
Sus graves párpados,  
Flojos caer:  
La frente inclina  
Sobre su pecho,  
Y á su despecho,  
Siente sus brazos  
Lánguidos, débiles  
Desfallecer.  
Y vió luego  
Una llama  
Que se inflama  
Y murió;  
Y perdido,  
Oye el eco  
De un gemido  
Que espiró.  
Tal, dulce  
Suspira  
La lira  
Que hirió  
En blando  
Conciento  
Del viento  
La voz,  
Leve,  
Breve  
Són.

En tanto en nubes de carnia y grana  
Su luz el alba arrebolada envía,  
Y alegre regocija y engalana  
Las altas torres el naciente día:

Sereno el cielo, calma la mañana,  
Blanda la brisa, transparente y fría,  
Vierte á la tierra el sol con su hermosura  
Rayos de paz y celestial ventura.

Y huyó la noche, y con la noche huían  
Sus sombras y quiméricas mujeres,  
Y á su silencio y calma sucedían  
El bullicio y rumor de los talleres:  
Y á su trabajo y á su afán volvían  
Los hombres y á sus frívolos placeres,  
Algunos hoy volviendo á su faena  
De zozobra y temor el alma llena:

¡Que era pública voz, que llanto arranca  
Del pecho pecador y empedernido,  
Que en forma de mujer y en una blanca  
Túnica misteriosa revestido,  
Aquella noche el diablo á Salamanca  
Yabía en fin por Montemar venido!...  
Y si, lector, dejédes ser comentario,  
Como me lo contaron, te lo cuento.

## EL DOS DE MAYO.

¡Oh! ¡Es el pueblo! ¡Es el pueblo! Cual las  
Del hondo mar alborotado brama; [olas  
Las esplendentes glorias españolas,  
Su antigua prez, su independencia clama.

Hombres, mujeres, vuelan al combate,  
El volcan de sus iras estalló:  
Sin armas van, pero en sus pechos late  
Un corazón colérico español.

La frente coronada de laureles,  
Con el botín de la vencida Europa,  
Con sangre hasta las cinchas los corceles,  
En cien campañas veterana tropa;

Los que al rápido Volga ensangrentaron,  
Los que humillaron á sus piés naciones,  
Y sobre las pirámides pasaron  
Al galope veloz de sus bridones;

A eterna lucha, á sin igual batalla  
Madrid provoca en su encendida ira;  
Su pueblo inerme allí entre la metralla  
Y entre los sables reluchando gira,  
Graba en su frente luminosa huella



La lumbre que destella el corazon;  
Y á parar con sus pechos se atropella  
El rayo del mortífero cañon.

¡Oh de sangre y valor glorioso dial  
Mis padres cuando niño me contaron  
Sus hechos ¡ay! y en la memoria mía,  
Santo recuerdo de virtud, quedaron.

Entónces, indignados me decian,  
Cayó el cetro español pedazos hecho;  
Por precio vil á extraños nos vendian,  
Desde el de Carlos profanado lecho.

La córte del monarca disoluta,  
Prosternada á las plantas de un privado,  
Sobre el seno de impura prostituta,  
Al trono de los reyes ensalzado.

Sobre coronas, tronos y tiaras  
Su orgullo sólo y su capricho ley;  
Horda de sangre y de conquista avaras,  
Cada soldado un absoluto rey.

Fijo en España el ojo centellante,  
El pirene á salvar pronto el bridon,  
Al rey de reyes, al audaz gigante  
Ciegos ensalzan, siguen en monton.

Y vosotros ¡qué hicisteis entre tanto,  
Los de espíritu flaco y alta cuna!  
Derramar como hembras débil llanto  
Ó adular bajamente á la fortuna.

Buscar tras la extranjería bayoneta  
Seguro á vuestras vidas y muralla,  
Y siervos viles á la plebe inquieta  
Con baja lengua apellidar *canalla*.

¡*Canalla!* si, vosotros los traidores,  
Los que negais al entusiasmo ardiente  
Su gloria, y nunca visteis los fulgores  
Con que ilumina la inspirada frente!

¡*Canalla!* si, los que en la lid, alarde  
Hicieron de su infame villania,  
Disfrazando su espíritu cobarde  
Con la sana razon segura y fria!

¡Oh! *La canalla*, la *canalla* en tanto  
Arrojó el grito de venganza y guerra,  
Y arrebatada en su entusiasmo santo  
Quebrantó las cadenas de la tierra.

Del cetro de sus reyes los pedazos  
Del suelo ensangrentados recogia,  
Y un nuevo trono en sus robustos brazos  
Levantando á su principe ofrecia.

Brilla el puñal en la irritada mano,  
Huye el cobarde y el traidor se esconde;  
Truena el cañon y el grito castellano  
De *Independencia* y *Libertad* responde.

¡Héroes de Mayo, levantad las frentes!  
Sonó la hora y la venganza espera:  
Id, y hartad vuestra sed en los torrentes  
De sangre de Bailen y Talavera;

Id, saludad los héroes de Girona,  
Alzad con ellos el radiante vuelo,  
Y á los de Zaragoza alta corona  
Ceñid, que aumiente el esplendor del cielo.

Mas, ¡ay! ¡por qué cuando los ojos brotan  
Lágrimas de entusiasmo y alegría,  
Y el alma atropellados alborotan  
Tantos reenceros de honra y valentia!

Negra nube en el alma se levanta  
Que turba y oscurece los sentidos,  
Fiero dolor el corazon quebranta  
Y se ahoga la voz entre gemidos!

¡Oh! levantad la frente carcomida,  
Mártires de la gloria,  
Que aún arde en ella con eterna vida

La luz de la victoria!  
¡Oh! levantadla del eterno sueño,  
Y con los huecos de los ojos fijos,  
Contemplad una vez con torvo ceño  
La vergüenza y baldon de vuestros hijos!  
Quizá en vosotros donde el fuego arde  
Del castellano honor, aún sobre vida  
Para alentar el corazón cobarde  
Y abrasar esta tierra envilecida.  
¡Ay! ¡cuál fué el galardón de vuestro celo,  
De tanta sangre y bárbaro quebranto,  
De tan heroica lucha y tanto anhelo,  
Tanta virtud y sacrificio tanto!  
El trono que erigió vuestra bravura  
Sobre huesos de héroes levantado,  
Un rey ingrato de memoria impura  
Con eterno baldon dejó manchado.  
¡Ay! para hollar la libertad sagrada  
El príncipe, borron de nuestra historia,  
Llamó en su auxilio la francesa espada  
Que segase el laurel de vuestra gloria.  
Y vuestros hijos de la muerte huyeron  
Y esa sagrada tumba abandonaron,  
Hollarla ¡oh Dios! á los franceses vieron  
Y hollarla á los franceses les dejaron.  
Como la mar tempestuosa raga,  
La losa al choque de los cráneos duros,  
Tronó y se alzó con indignado empuje  
Del galo andaz bajo los pies impuros.  
Y aún hoy hélos allí que su semblante  
Con hipócrita máscara cubrieron,  
Y á Luis Felipe, en muestra suplicante,  
Ambos brazos imbéciles tendieron.  
La vil palabra ¡intervencion! gritaron,  
Y del rey mercader la reclamaban:

De vuestros timbres sin honor mefaron,  
Mientras en su impudor se encenagaban.  
Hoy esa raza degradada, espuria,  
Pobre nación, que esclavizado anhela,  
Busca también por renovar tu injuria  
De extranjeros monarcas la tutela.  
Tumba vosotros sois de nuestra gloria,  
De la antigua hidalguía,  
Del castellano honor, que en la memoria  
Sólo nos queda hoy día.  
Verted juntando las dolientes manos  
Lágrimas ¡ay! que escalde la mejilla;  
Mares de eterno llanto, castellanos,  
No bastan á borrar vuestra mancilla.  
Llorad como mujeres; vuestra lengua  
No osa lanzar el grito de venganza;  
Apáticos vivís en tanta mengua,  
Y os causa el brazo el peso de la lanza.  
¡Oh! en el dolor eterno que me inspira  
El pueblo en torno avergonzado calle,  
Y estallando las cuerdas de mi lira  
Roto también mi corazón estalle.

ENSAYO ÉPICO

FRAGMENTOS DE UN POEMA

TITULADO

EL PELAYO (1)

PRIMERO.

I.

De los pasados siglos la memoria  
 Trae á mi alma inspiracion divina,  
 Que las tinieblas de la antigua historia  
 Con sus fulgentes rayos ilumina:  
 Virtud contemplo, libertad y gloria,  
 Crímenes, sangre, asolacion, ruina,

(1) Esta poema, comenzado muchos años há, estaba ya muy cerca de su término; pero los trastornos y vicisitudes que el autor ha sufrido, han extraviado la mayor parte de los manuscritos, y sólo le es dado ofrecer al público, como muestra, estos fragmentos. Sin embargo, prendado de la belleza del asunto, no desconfía de dar cumplido remate á una obra que ha ocupado los primeros años de su vida.

Rasgando el velo de la edad mi mente,  
 Que osada vuela á la remota gente.

II.

Tornan los siglos á emprender su giro  
 De la sublime eternidad saliendo,  
 Y antiguas gentes y ciudades miro  
 Súbito ante mi vista apareciendo:  
 De ellos á par en mi ilusion respiro,  
 Oigo del pueblo el bullicioso estruendo,  
 Y lleno el pecho de agradable susto,  
 Contemplo el brillo del palacio augusto.

III.

Al blando són de la armoniosa lira  
 Oigo la voz de alegres trovadores,  
 El aura siento que fragancia espira,  
 Y al eco escucho murmurando amores;  
 Al sol contemplo que á Occidente gira  
 Reverberando fúlgidos colores,  
 Do la córte del godo poderío  
 Se alza orgullosa sobre el áureo río.

IV.

Toledo, que de mágicos jardines  
 Cercada, eleva su muralla altiva,  
 No guardada de fuertes paladines,  
 Ornada sí de juventud festiva:  
 Allí entregado á espléndidos festines,  
 Rodrigo alegre y descuidado liba  
 Copas de néctar de fragancia pura,  
 Al deleite brindando y la hermosura.

V.

Allí con ojos lánguidos respira



Dulce placer beldad voluptuosa,  
Y aroma exhala, si feliz suspira,  
Del puro labio de encarnada rosa:  
Rodrigo en ella codicioso mira  
La que á su amor se muestra desdenosa,  
Que más que todas es cándida y linda  
La dulce, bella, celestial Florinda.

VI.

El ruido crece del festin en tanto,  
Y el grato néctar al deleite llama;  
Su pecho inunda deleitoso encanto  
Y el fuego impuro del amor le inflama:  
Ebrio Rodrigo, descendido el manto,  
Alza la mano trémula, derrama  
El áureo vaso, y atrevido sella  
Dulce beso en el rostro á la doncella.

VII.

Todo es placer: de su mansion de rosa  
La primavera cándida descende,  
Y en el regazo de la tierra ansiosa  
El fuego animador de vida enciende:  
Templo del mar la furia procelosa,  
El viento en calma plácido suspende,  
Y derrama la aurora en sus albores  
Luz regalada y regaladas flores.

VIII.

Abre la flor naciente el lino seno,  
Y recibiendo el encendido rayo,  
En la esmeralda del otero ameno  
Vierte su dulce olor, gloria del Mayo:  
Pasa el arroyo plácido y sereno,  
Solicito besándola al soslayo;

Ella en vivos colores se ilumina  
Y al dulce beso la cabeza inclina.

IX.

Y en el pensil do con rosada frente  
El halagüeno Abril pasa riendo,  
A la sombra de un árbol eminente  
Está la juventud danzas tegiendo;  
Cual á la margen de la herbosa fuente  
Canta, blando laud diestro tanendo,  
Y cuál del baile y del cantor se aleja,  
Y á su dulce beldad tierno se queja.

X.

Allí Rodrigo con incierta huella  
Lascivo siguió á la fatal Florinda:  
Ciego, arrastrado de ominosa estrella,  
Intenta audaz que á su furor se rinda.  
No oye ¡¡afeliz! su misera querella;  
La ve humilde á sus piés, la ve más linda,  
Y con lascivos ojos, con desdoro  
Mancha la hermosa flor de su decoro.

XI.

En tanto encubre pavorosa nube  
El cielo en ántes trasparente y terso,  
Y relumbra la espada del querube,  
Ministro del Señor del Universo;  
Que ya la voz de la inocencia sube  
Que en llanto el gozo trocará al perverso,  
Y á la luz del relámpago se muestra  
Del rayo armada la divina diestra.

XII.

Súbito un trueno retumbar se siente:

«¡Himnos, vivas al Rey! la danza siga,  
Y nuestra dicha y júbilo acreciente  
El mútuo amor que nuestras almas liga.»  
Tal grita aquella juventud demente,  
Y al Rey ensalza que Jehová castiga.  
«¡Himnos, vivas al Rey!» Súbito un rayo  
Heló sus pechos con mortal desmayo.

XIII.

Envuelto en noche tenebrosa el mundo,  
Las densas nubes agitando, ondean  
Con sus alas los genios del profundo,  
Que con cárdeno surco centellean;  
Y al ronco trueno, al eco tremebundo  
De los opuestos vientos que pelean,  
Se oye la voz de la celeste saña:  
«¡Ay Rodrigo infeliz! ¡Ay triste España!»

XIV.

Todo desapareció: lóbrego luto  
Reina y silencio do el placer ardia;  
Do el misero monarca disoluto  
En vil torpeza y embriaguez yacia;  
Guerra y desolacion el triste fruto  
Al fin será de su lascivia impia,  
Y horrenda esclavitud: Rodrigo en tanto  
Verterá entre sus hembras débil llanto.

XV.

¡Maldición, maldición! Yertas las flores,  
Del liracau violento arrebatadas,  
El alegre pensil de los amores  
Verá sus hojas por do quier sembradas;  
La música, el banquete, los favores  
Dulces de amor, las danzas animadas,

El canto de las damas y galanes  
Trocados miro en lágrimas y afares.

XVI.

Tal otro tiempo en la soberbia cena  
Donde mofaba de Jehová el impío,  
Ya la medida al sufrimiento llena,  
Rebosó de ira caudaloso río;  
Y el rey asirio con amarga pena  
Vió en el muro de mármol con sombrío  
Fuego animarse escrito sobrehumano,  
Trazado allí por invisible mano.

FRAGMENTO SEGUNDO.

I.

Era la hora en que el mundano ruido  
Calma, en silencio el orbe sepultado;  
Yacia el Rey, apenas interrumpido  
Del dulce sueño su mortal cuidado,  
Cuando un fúnebre oyó largo alarido  
Entre angustiosos sueños congojado,  
Triste presagio de su infausta suerte,  
Y luego ante sus ojos vió la muerte.

II.

La amarillenta mano descarnada,  
Blandiendo al aire la guadaña impta,  
La aterradora vista al Rey clavada,  
Su cetro y su corona recogia,  
Mientras en torno extraña gente armada  
Sus despojos alegre dividia:  
Y oyó sus quejas y escuchó sus voces  
Y sus semblantes contempló feroces.

III.

Y el ángel de tinieblas levantarse  
Súbito vió, como la inmensa cumbre  
Del alto Chimborazo, y á él llegarse

Lanzando rayos de ominosa lumbre;  
Y su mano sintió, que al acercarse  
En su frente cargó su pesadumbre,  
Grabando allí tremendo sobrescrito  
Que le marcara por de Dios maldito.

IV.

Y luego oyó rumor de cien cadenas,  
Crujir los huesos, rechinar los dientes,  
Y abismos contempló de eternas penas  
Inmensurables, lóbregos y ardientes:  
Oyó voces de horror y espanto llenas,  
Batieron palmas las precitas gentes,  
Y oyó tambien por moza en su agonía  
Bárbaras carcajadas de alegría.

V.

Mas luego el sueño se tróco en su mente,  
Y amantes dichas disfrutar figura  
En brazos de Florinda dulcemente  
Entre flores, aromas y frescura;  
Y cuando más su corazón consiente  
Que estrecha la deidad de la hermosura,  
Se halla en los brazos de Julian formidos  
Ahogándole á su cuello retorcidos.

VI.

Sobre él enhiesto á su garganta apunta  
Fiero puñal que el corazón le hiela:  
Procura desasirse, y más le junta  
Pecho á pecho Julian, que ahogarle anhela.  
Así fiero dragon, trilingüe punta  
Vibra y se enlaza al animal que cela,  
E hincando en él la ponzoñosa boca,  
Le enrolla, anuda, oprime y le sofoca.



VII.

Los brazos alza y lleva á su garganta,  
Del bárbaro enemigo á desprenderse:  
Cuanto con más ahinco los levanta,  
Los ve volver sin ánimo á caerse:  
Crecen sus basicas, y en angustia tanta  
Falto de aliento, sin poder valerse,  
Yerto, rendido y con mortal congoja,  
Ya con lívida faz espuma arroja.

VIII.

En medio á su delirio y agonía  
Trémulo y fatigoso se despierta:  
Un helado sudor su cuerpo enfría,  
Su carne toda horripilada y yerta:  
Siénte el robusto brazo que porfia  
Atu por ahogarle: á desprender no acierta  
El lienzo que á su cuello el mismo liga,  
Y él cree el brazo tenaz que le fatiga.

FRAGMENTO TERCERO.

BATALLA DEL GUADALETE.

I.

En vano con prodigios espantosos  
El justo cielo le anunció su ruina,  
Y fúnebres ensueños milagrosos  
Le intimaron la cólera divina:  
Ronco trueno á los pueblos temerosos,  
A deshora estallando, vaticina  
Desventuras sin fin; y el Rey en tanto  
Derrama entre sus hembras débil llanto.

II.

Orgullosa torrente de guerreros  
Pueblos, montañas y ciudades hunde;  
Tintos en sangre brillan sus aceros,  
Y el estrago y terror do quiera cunde:  
Así al impulso de aquilones fieros  
Llama voraz por selvas se difunde,  
Consumo antiguos troncos, arde el suelo  
Y amenaza abrasar al mismo cielo.

III.

Rompe el alarbe y fiero desbarata  
Cuanto encuentra y los campos raudo asuela;

Al labrador sus mieses arrebatá;  
Pavoroso terror las gentes hiela;  
La virgen triste al vencedor acata,  
Y hondo suspiro de su pecho vuela  
Al trono de Rodrigo descuidado,  
Que en infame placer yace embriagado.

IV.

Mas al fin despertó: lució ya el día  
En que á tan grandes crímenes el cielo  
El merecido premio disponía:  
Nublóse el sol, encapotóse el velo  
Del ancha esfera: el trueno estremecía  
La amedrentada tierra, y con anhelo  
Rodrigo entonces, respirando apenas,  
Quiere romper las bárbaras cadenas.

V.

Al deleite se arranca, el hierro viste,  
Cálase el yelmo, el tresdoblado escudo  
Con fatiga tal vez débil resiste,  
De esfuerzo el corazon y ardor desnudo;  
Pálido el rostro, acongojado y triste,  
Parte á lidiar contra el alarbe rudo;  
Vierten sus ojos lágrimas, suspira,  
Y por última vez su alcázar mira.

VI.

El grito escucha de venganza y guerra  
Gozoso de su estruendo el mahometano,  
Y ansioso aguarda en la vandalia tierra  
Do baña el Lete el muro jerezano.  
¡Ay! á la lid del ocio se destierra,  
¡Oh cara patria! y se prepara en vano

Rodrigo de su ejército á la frente,  
Que los vicios de un Rey vician su gente.

VII.

Despareció del godo la osadía  
Y el antiguo valor: las armas ora,  
Noble ejercicio de su esfuerzo un día,  
Cansado blande y los deleites llora,  
Mientras la enseña de la luna impía  
Tremolan á los aires vencedora  
Los que el mundo, beligeros varones,  
Turbaron con sus bárbaras legiones.

VIII.

Rodrigo en carro de marfil ostenta  
Corona de oro y perlas en su frente:  
La régia pompa y galas aparenta  
Que en los banquetes le adornó luciente.  
¡Miseró! en vano el corazon alienta;  
No ve sobre él ¡oh Dios omnipotente!  
Tu diestra levantada; arder no mira  
Tu rayo á la palabra de tu ira.

IX.

Llegamos ya del Lete á la ribera,  
Y en su fértil llanura el campamento  
Fijamos frente á la morisma fiera:  
Resuena el campo en pavoroso acento,  
Al aire va tendida la bandera,  
La trompa agita el sonoro viento,  
Armas y carros resonantes giran,  
Y ambas huestes atónitas se miran.

X.

La noche el cielo en su sombrero manto

Lóbrega encapotó: tal vez brillaba  
Relámpago sombrío, que el espanto  
Y el horror de la noche acrecentaba;  
Lúgubre, sola y temerosa en tanto  
La voz de las vigias se escuchaba,  
Y en torno de los campos tenebrosos  
Volaban mil espectros espantosos.

XI.

El sol temprano cual rubí encendido  
Dejaba el golfo del rosado oriente,  
Y el rayo, de su disco despedido  
Doraba de Jerez la alzada frente:  
Quiebra entre tanto morrion bruido,  
Dardo mortal y arnés resplandeciente  
Su luz, y cada rauda movimiento  
De ominoso esplendor inunda el viento.

XII.

La extensa vega de Jerez coronan  
El uno y otro ejército fronteros:  
Guerra las trompas hórridas pregonan,  
Y al ruido late el pecho á los guerreros.  
Armas, carros, caballos se amontonan,  
Zumba el viento al rumor y estruendo fieros:  
Los rios su curso con pavor reprimen,  
Y los montes al són medrosos gimen.

XIII.

Triste Rodrigo su carroza guía  
Ligera entre sus fuertes escuadrones:  
Radiante en vano su corona envía  
El antiguo esplendor. ¡Ah! sus bridones  
¡Cuán otro rige ya de aquel que un día  
Toledo vió entre nobles campeones,

Augusto vencedor en los torneos,  
Coronada su frente de trofeos!

XIV.

Hoy al peligro puesto el pecho esquivo,  
El corazon anima, y su flaqueza  
Esconde ante su ejército, y altivo  
Muestra en su acento bélica fiera.  
Sancho, su hijo, el hierro vengativo  
Blande á su lado y rige la aspereza  
De un gallardo troton con diestra mano,  
Mancebo hermoso, intrépido y lozano.

XV.

Por vez primera la robusta lanza  
Blande su brazo juvenil, y ansioso  
Hiérvele el pecho en bélica esperanza,  
Ceñir pensando el lauro victorioso:  
Probar de solo á solo su pujanza  
Con el mismo Tarif ansia animoso:  
Párase en tanto el Rey, alza la frente,  
Y así en guerrera voz grita á su gente.

XVI.

Entre tanto el clarin súbito suena  
En nuestro campo, y fiero corresponde  
Con trompas y atabales la agarena  
Hueste que al ruido en ronco són responde.  
Tarif su gente á arremeter ordena;  
La nuestra se adelanta; el cielo esconde  
Densa nube de polvo, el viento inflama,  
Y el suelo á nuestros piés retiembla y brama.



XVII.  
Sus caballos los moros recogiendo,  
Rápidos se aperciben á lanzarse;  
Súbito á un tiempo en alarido horrendo  
Arrancan con nosotros á encontrarse;  
El ímpetu, las voces, el estruendo  
Tornan en s6n confuso á redoblar-se;  
El acero saltando centellea,  
La sangre hirviendo en derredor lúmea.

XVIII.

Retumba el valle: al golpe repetido  
Sobra las armas de la hendiente espada,  
Salta el arnés al suelo sacudido,  
La cimera gentil gime abollada:  
No más veloz, cuando el metal ardido  
Labra el martillo en la caverna ahumada,  
Sobre el fornido yunque horrendo bate,  
Y forja el fiero rayo del combate.

XIX.

Hombres con hombres con furor se estre-  
Con golpes reciamente redoblados, (llan  
Lo arrasan todo y todo lo atropellan,  
Hienden, rajan, destrozan irritados;  
Armas, muertos, caballos, carros huellan  
Con espantoso estruendo derribados;  
Yelmos, picas, turbantes, sangre ardiente  
Envuelve el Guadalete juntamente.

XX.

Así en recio rumor bramando el viento  
En las hondas cavernas de la tierra,  
A deshora con ímpetu violento

Rompe la cárcel que su furia encierra;  
Retiembla al choque el duradero asiento  
En que el orbe firmísimo se aferra,  
Abre su abismo el mar, su estrago cunde,  
É imperios al no ser súbito hunde.

XXI.

En confusa revuelta la batalla,  
Todos ardiendo en ira se encarnizan,  
Vuela en pedazos la rompida malla,  
Crudos golpes los cuerpos martirizan,  
No hay ceder, no hay calmar; inmoble valla  
Cruzados hierros mil continuo erizan;  
Hiérense, á herirse tornan y desprecian  
La muerte, hirviendo en cólera, y arrecian.

XXII.

En tanto el sol en su carroza de oro  
Vibrando del zenit vivida lumbre,  
Padre y monarca del luciente coro,  
Mediaba el día en la celeste cumbre,  
Dura incierto el combate: áltivo un moro  
De entre la espesa, envuelta muchedumbre  
Aguija su brid6n, la lanza agita,  
Y en nosotros audaz se precipita.

XXIII.

Arrolla á Atanagildo; la pujanza  
Del fiero Téudis á sus plantas yace,  
Rinde de Ervigio la terrible lanza,  
Y su cólera en sangre satisface;  
Sobre vencidos muertos se abalanza,  
Opuestos hierros su furor deshace;  
Pavor, desolacion, muerte, ruina  
Su alfange en alto aterrador fulmina.

XXIV.

Sancho, Sancho le ve; su pecho late  
Venturoso en hallar digna contienda;  
Tercia su lanza, las ijadas bate,  
Y al fogoso bridon suelta la rienda;  
Parte á do el moro intrépido combate;  
Llámale en alta voz á lid tremenda:  
Vuelve el árabe á Sancho, el troton pára,  
Responde al grito y su furor prepara.

XXV.

La lanza en ristre, al pecho el fuerte escu-  
Sobre el arzon el cuerpo amenazante, [do  
Al héroe amaga el bárbaro sañudo,  
Fijos los ojos, livido el semblante;  
Seren el rostro, en ademan forzado  
Blande el mancebo el hierro centellante,  
Y envueltos entre el polvo que levantan,  
La tierra en torno al embestirse espantan.

XXVI.

No más pronto entre humo y fuego y true-  
Rayo veloz del cielo se desata; [no  
Ni así fiero en la mar de su hondo seno  
Las turbias olas Bóreas arrebatá;  
Ni montaráz torrente al valle ameno,  
Ni súbito huracan, ni catarata  
De ondisonante río, ni lava ardiente  
Su arranque asemejáran impaciente.

XXVII.

Al encuentro fatal con ruido infando  
Las lanzas saltan; la áspera coraza  
El rechinante hierro penetrando,

La robusta armadura despedaza;  
La mitad de la lanza retemblando  
El pecho al musulman fiero ataraza;  
A torrentes la sangre humeante brota  
Por la abertura de la hirviente cota.

XXVIII.

«¡Maldicion sobre ti!» grítale el moro,  
Y ya su alfanje en alto resplandece;  
Desploma el golpe en el metal sonoro,  
Parte á Sancho el arnés y en furia crece.  
No así mugiendo fiero andaluz toro  
El circo en torno horrisono estremece,  
Ni iracundo leon, ni tigre hircano  
Iguala en ira al bárbaro africano.

XXIX.

Presto otra vez al héroe se adelanta,  
Suelto el veloz caballo en la carrera;  
El roto escudo impávido levanta  
Sancho, y el golpe poderoso espera;  
Descarga el musulman, rompe y quebranta  
Adarga y yelmo y barras y cimera;  
Sancho vacila, y de la herida frente  
La sangre mana en hervorosa fuente.

XXX.

Y audaz tirando de la cruda espada,  
Que cual cometa cuando deja el lecho  
Del mar resplandeció desvainada,  
La esconde toda en el ahúbe pecho.  
De los disueltos miembros huye airada,  
Dando un gemido de mortal despecho,  
Aquel alma feroz, y vuela impía  
Del negro averno á la region sombría,

XXXI.

Crece entónces el ímpetu; el ruido  
Dóblase en ambas huestes: Sancho grita,  
Su acento deja al moro estremecido,  
Y ansia de gloria en el hispano excita.  
¡Quién dirá tu valor, ni el encendido  
Ardor dirá que el corazón te agita!  
¡Oh Sancho! yo sí dividí tu gloria,  
Tuyo fué el lauro y tuya la victoria.

XXXII.

En medio la morisma enfierecida  
Revuelve el héroe su tajante acero:  
Cada golpe una herida, cada herida  
Una muerte: y brioso, audaz, ligero,  
Mil muertes lanza en cada arremetida;  
Cede á su esfuerzo el árabe altanero,  
Redobla el choque el animoso hispano.  
Y gime el moro y lidia y lucha en vano.

XXXIII.

Apénas con ronca fatiga alientan,  
Yertos los fuertes brazos, los guerreros,  
Y en vano el bruto que animar intentan  
Siéntese hincar los acieates fieros;  
Ora sí aún con altivez sustentan  
En las cansadas manos los aceros,  
No es ya valor ni esfuerzo ni osadía,  
Mas requemada furia y rábida impía.

XXXIV.

Héroe del español, alta memoria  
Allí alcanzaste ¡oh hijo de Rodrigo!  
Y altivo yo las palmas de victoria  
Me esforcé en vano á dividir contigo;  
Astro menor, siguiéndole en su gloria,  
Fuí de su esfuerzo y su valor testigo.—  
Al eco torna del clarín que sienta,  
Y tardo sigue el último á su gente.

XXXV.

Cual rojo alano en las batallas hecho,  
Si hubo al toro sujeto entre sus dientes,  
De la fiera arrancado, su despecho  
Muestra con ademanes impacientes;  
Y ora pára tal vez de trecho en trecho,  
Ora en torno los ojos vuelve ardientes,  
O lento sigue el conocido dueño  
Con oscuro murmullo y torvo ceño.

XXXVI.

Así el héroe se aparta desdeñoso,  
Rotas las armas y el almete hundido,  
Y descubre, marchando perezoso,  
Con palabras su ardor mal reprimido.  
No es ya el diestro y galán jóven hermoso,  
De plumas, oro y perlas revestido;  
Ora guerrero intrépido le muestra  
La ajena y propia sangre y faz siniestra.

XXXVII.

De monte en monte retumbando atruena  
El fragor léjos del pasado estruendo:  
El campo en són confuso en torno suena,



Lamentos moribundos repitiendo;  
El Guadalete férvido resuena,  
Su curso entre cadáveres rompiendo,  
Y entrambas huestes á la lid preparan,  
Las rotas armas, y el vigor reparan.

EL CONSEJO.

XXXVIII.

Habló apenas, y presto del asiento  
Cercano á la del Rey la augusta silla  
Sancho, su hijo, con brioso aliento  
En pié y armado reluciente brilla.  
«Con ésta, dijo en varonil acento,  
Y de la vaina alzó media cuchilla,  
Al punto aquí castigaré al medroso  
Que vil demande hasta triunfar reposo.»

XXXIX.

«¡Tregua! ¡Jamás! ó vencimiento ó muerte;  
Que nunca fatigó, ni impuso miedo  
Continúa guerra al corazón del fuerte,  
Ni abatió de su espíritu el denuedo.  
Quien ora intente abandonar la suerte,  
Que ofrece á vuestras armas rostro ledo,  
Es un cobarde y vil, y de ahora digo  
Que ya me cuente á mí por su enemigo.»

XL.

Dijo, y fuego su vista derramada

En torno de nosotros despedía;  
La mano en el recazo de su espada,  
Ministra de la muerte, sostenía;  
Y en su ademán y vívida mirada  
Al genio de la noche parecía  
Sobre la tempestad, cuando destina  
El mundo todo á funeral ruina.

XLI.

«¡Ó triunfo ó muerte!» en grito altisonante  
Clamé en pos de él, y á un tiempo resonaron  
Los jóvenes mi voz, y en arrogante  
Aspecto las espadas enpuñaron:  
Con muestra humilde y plácido semblante,  
Cuando á la voz del Rey todos callaron,  
Opas el lábio de dulzura lleno  
Abrió, exhalando su infernal veneno.

XLII.

«¡Con cuánto gozo, dijo, oh capitanes,  
Miro en vosotros, de la patria escudo,  
El noble ardor que vencen los afanes  
Y el pecho incita á combatir sañudo!  
Tímidas ven las huestes musulmanes  
Vuestro hierro fatal brillar desnudo,  
Y oyendo vuestra voz que rauda vuela,  
Mortal temor sus corazones hiela.»

XLIII.

«Y tú, augusto monarca, el pecho inflama  
Y el lauro cñe de inmortal victoria;  
Goza, heredada al contemplar la llama  
Que hará á tu hijo fatigar la historia;  
Por cuanto ardiente el sol su luz derrama,  
Himnos alzando en tu alabanza y gloria,

De siglo en siglo esparcirá tu nombre  
La fama en voz que al universo asombre.»

XLIV.

«Mas si alcanzaste nombre de esforzado,  
No marchite tu honor puro y radiante  
Volver acaso al riesgo aventurado,  
Cual bisono adalid, si fué triunfante.  
Muéstrate á par de intrépido soldado,  
Jefe sagaz, y el ánimo arrogante  
De tus inclitos jóvenes serena,  
Y tu ardimiento generoso enfrena.»

XLV.

Llegaba aquí, cuando en redor se extiende  
Sordo murmullo que al malvado espanta  
E interrumpe su voz; que el pecho enciende  
En fiera indignacion audacia tanta:  
El Rey, que el ruido amenazante entiende,  
En la alta silla adusto se levanta,  
Y acallado el tumulto, y todo atento,  
Opas siguió con simulado aliento.

XLVI.

«No, guerreros ilustres, ora pido  
Largo reposo, ni penseis siquiera  
Que menos que vosotros encendido,  
Al viento dé mi espada la postrera;  
Que aun no mi corazon gime abatido,  
Ni tanto helado de los años fuera,  
Que el alta llama que en vosotros arde,  
Yo desconozca misero y cobarde.»

XLVII.

«Mas ¡qué vale triunfar, qué el ardimiento,

Ni qué vale el esfuerzo y la osadía,  
Si ciegos y con loco pensamiento  
A cierto daño su imprudencia guía!  
Causado el brazo, el pecho sin aliento,  
¡Qué al español valdrá su valentía,  
Si ni el hierro mellar podrá su espada  
De tan continuos golpes fatigada!»

XLVIII.

«Volved la vista ¡oh nobles campeones!  
A ese campo de gloria, y ved tendidos  
Tintos en sangre intrépidos varones  
En medio de los árabes caidos;  
Hollados ved del moro los pendones,  
Los pendones jamás antes vencidos;  
Luego decid si galardon merecen  
Pechos que tanta hazaña al mundo ofrecen.»

XLIX.

«Descanso os pide el esforzado Ibero,  
Si á moveros mi voz sola no alcanza;  
Descanso, sí, para despues más fiero  
Blandir su brazo la robusta lanza:  
Sus acentos oid, ved al guerrero  
Cansado ya de sangre y de matanza;  
Os pide sólo de reposo un dia,  
Y os promete despues nueva osadía.»

L.

«Un dia solo, y cuando ya mañana  
El orbe el sol con su esplendor encienda,  
La voz de guerra elévese inhumana  
Y el sonoro clarin les aires hienda:  
Gózate en tanto, ¡oh Rey! gócese ufana  
Tu heroica hueste y su furor suspenda,



Y vosotros ¡oh nobles compañeros!  
Dad á la vaina un punto los aceros.»

Ll.

Así robando á la virtud su acento,  
Dijo el inicuo, y de su lábio impuro  
Encubierto espiró letal aliento,  
De infausta muerte precursor seguro,  
Llamas, guerras, horror, males sin cuento.  
Cesó de hablar, y de su centro oscuro  
Lanzó tronido horrisono el Averno,  
Y el rayo asolador vibró el Eterno.

LII.

Mostró Rodrigo á su lisonja agrado,  
Y en daño suyo consintió gozoso:  
Tembló al traidor el corazón malvado,  
Cumplido al ver su intento criminoso.  
Todos también con pecho confiado,  
(Que nunca recelara el generoso)  
Crédito noble á sus razones dimos,  
Y el hierro en nuestra contra convertimos.

LA PROCESION.

LIII.

Abierta entonces de Jerez ofrece  
La altiva puerta el pueblo en su contento,  
Y marchando magnífico aparece  
Sacro concurso en tardo movimiento.  
El aura en ondas el incienso mece,

Y humildes gracias al empireo asiento  
Un virgen coro armónico levanta,  
Y «hossana, hossana», sonoroso canta.

LIV.

Inmenso pueblo el simulacro santo  
Atiende en pos del Salvador del mundo.  
Resuena sólo reverente el canto,  
Reina silencio en derredor profundo.  
Sublima el pecho religioso encanto,  
Y en paz trocando el ánimo iracundo,  
La hueste sigue en muestra respetosa,  
Y desnuda la frente y humildosa.

LV.

Preceden la alta pompa los pastores  
Sacros ministros de Jesús divino,  
Parte su estola auríferos colores  
Sobre la veste cándida de lino:  
Orlas de lauro y de vistosas flores  
Penden al asta del cruzado sino,  
Y allí Rodrigo respetuoso guía  
En pos la augusta ceremonia pia.

LVI.

Las tiendas cercan, y el glorioso acento  
Se siente al eco resonar suave,  
Calma su ruido misterioso el viento,  
Suspende el canto embebecida el ave,  
Bendice el campo de la lid sangriento  
El sacerdote en aparato grave,  
Tornan, y al muro majestuosos giran  
¡Miseros! ¡ay! y júbilo respiran.



LVII.

El campo todo venturoso rie;  
Allí la virgen tímida y atenta  
La vista esparce, y el mancebo engrie  
Su noble pecho y animarla intenta.  
El padre anciano con placer sonrie  
Si el ternezo niño, cuando ostenta  
A sus ojos las armas, temeroso  
Se abriga al seno de su madre ansioso.

LVIII.

Tremolan desplegadas las banderas  
Guerreros nuestros en el campo moro,  
Y relumbran gallardas las cimeras  
Y armas y petos enmoldados de oro;  
Suenan confusas voces placenteras,  
Himnos alza tal vez juvenil coro;  
Y fiesta y triunfo y algazara y canto  
Presagios son de esclavitud y llanto.

FRAGMENTO CUARTO.

I.

Un alcázar de pórvido luciente  
Junto al famoso Bétis se levanta,  
Do la riqueza y esplendor de Oriente  
Los muros y artesones abrillanta;  
Las puertas son de bronce refulgente,  
Y con soberbia y aparato espanta  
Fuerte escuadron en torno de guerreros  
Con sendas lanzas y semblantes fieros.

II.

Allí entre el oro y seda que atavia  
Aromática estancia y opulenta,  
Trono de bullidora pedrería  
Al moro rey con majestad sustenta:  
Torvos los ojos y la faz sombría  
Ora el monarca pensativo ostenta;  
Que arde su pecho en bárbaro coraje  
Del rey de Murcia al temerario ultraje.

III.

En torno de él respetuosa imita  
La corte toda su silencio triste,  
Y de la sombra que su faz marchita

Su rostro cada cual cubre y reviste;  
La saña misma que al monarca irrita,  
En muchos nobles con furor asiste.  
Y oculta á otros la cristiana injuria,  
Del airado Aldaimon tiemblan la furia.

IV.

Con ceño adusto un árabe altanero  
Y de estatura y miembros de gigante,  
Junto á la silla del monarca fiero  
Fija en él su mirada centellante;  
El silencio fatal rompe el primero  
Con formidable muestra y arrogante,  
Y sin respeto y con acento airado  
Al fin prorumpe, de callar cansado.

V.

«Aldaimon, Aldaimon, ¿á dónde el brío  
Del musulman está? ¿dónde la guerra  
Y del profeta santo el poderío  
Que á las naciones miseras aterra?  
Maldiga Alá la paz que da al impio  
Segura vida y júbilo en la tierra!  
Hunda su reino el Dios de las venganzas,  
Y adornen sus cabezas nuestras lanzas.»

VI.

«Arma tus fuertes, junta tus varones,  
Que yo á su frente por Alá te juro  
En un lago de sangre las legiones  
Y el odio ahogar del nazareno impuro;  
Del profeta los cándidos pendones  
Brillen de Murcia en el vencido muro,  
Y en aquel de su Dios altar maldito  
La espada eleve nuestro santo rito.»

VII.

Dijo, y rugando la cenuda frente.

VIII.

«Mas no tú solo, intrépido mancebo,  
Irás á dar á mi furor templanza,  
Que yo, cual tú, tambien el ánsia apruebo  
De gloria y de combate y de matanza;  
Sienta ese rey, que con insulto nuevo  
Mi corazon excita á la venganza,  
Que si perdono al misero enemigo,  
Del rebelde tambien doblo el castigo.»

IX.

«Vé, Soliman: las huestes agarenas  
Manda aprestar, y la trompeta al viento  
De Córdoba publique en las almenas  
A España mi terrible mandamiento.»  
Dijo, y le escucha el musulman apénas,  
Cuando por medio en ademan violento  
Rompe, y á obedecerle se retira,  
Y celoso del Rey se abrasa en ira.»

X.

Con grata muestra entónces el tirano  
Todos humildes el intento aprueban,  
Y sobre el pecho al uso mahometano,  
Inclinando la faz, las manos llevan;  
Lnégo un murmullo con semblante ufano  
Unos con otros razonando elevan;  
Mas ya Aldaimon á hablarles se prepara,  
Y el sordo ruido de repente pára.

XI.

«Campeones de Dios, ¡oh descendientes  
Del inclito Ismael! la luz primera  
Verá de nuestras glorias esplendentes  
Al aire tremolada la bandera!  
Ella guió el valor de los creyentes,  
Cuando del Guadalete en la ribera  
En manos de Tarif brilló aquel día,  
Que extendió la agarena monarquía.»

XII.

«Ella miró vencidos desplomarse  
Los altos muros de la gran Toledo,  
Y la altivez de Mérida humillarse;  
Y al cántabro feroz impuso miedo.  
Torne al viento mañana á desplegarse,  
Y al alma infunda el celestial denuedo,  
Que intimida al infiel: Dios le condena  
A eterna muerte ó á servil cadena.»

XIII.

Dijo, y del trono aurífero descende  
Con lento paso y ceño majestuoso,  
Y á un lado y otro del salón se extiende  
Y ante él se postra el séquito humilde.  
Tal si en ignota soledad sorprende  
Oscura noche al labrador medroso,  
Si de repente ve fada divina,  
En mudo pasmo la rodilla inclina.

FRAGMENTO QUINTO.

DESCRIPCION DE UN SERRALLO.

I.

De mágicos jardines rodeado,  
Se alza un rico salón, donde descansa  
El moro Rey, cuando el fatal cuidado  
Y cortesano estrépito le cansa:  
En él ahora al júbilo entregado,  
Del fiero pecho la crueldad amansa,  
Plácido canto que deleite inspira  
Al són de blanda, regalada lira.

II.

Allí cercado del amable coro  
Que el de las Houris célicas no iguala,  
Quemada en pipa de ámbar y de oro,  
Planta aromosa el gusto le regala;  
Y mientras en hombros de su amada el moro  
La sien reclina, de su lábio exhala  
Humo suave, que en fragante nube  
En leves hondas á perderse sube.



III.

Cien lámparas de plata el opulento  
Soberbio harem con su esplendor encienden,  
Y, en partes horadado el pavimento,  
Aromas mil á derramarse ascienden:  
Las luces multiplica ciento á ciento  
El oro y alabastro en que resplenden,  
Y de cristal y azogue relucientes  
En jaspe bullen imitadas fuentes.

IV.

Lánguida acaso mora peregrina  
En blando lecho de damasco y flores  
Allí voluptuosa se reclina,  
Y en sus ojos amor prende de amores;  
En tanto que otra de beldad divina  
Con aguas de riquísimos olores  
Baña la negra cabellera riza,  
Que por la airosa espalda se desliza.

V.

Otra de silfas mil tropa lasciva  
Con diademas de oro y de esmeralda  
Saltando en danzas ágiles, festiva  
Gira y se enlaza entre gentil guimalda;  
Y deshaciendo el lazo fugitiva,  
Desnudo el pecho y la gallarda espalda,  
La leve seda al movimiento vuela  
Y sus formas bellísimas revela.

VI.

El ojo en vano penetrar desea  
La en torno casi trasparente gasa,  
Y aunque nada tal vez entre ella vea,

Rápido el pensamiento la traspasa;  
Y en tanto en vueltas fáciles ondea  
La bella tropa y por las orlas pasa,  
Al són suave de las arpas de oro  
Resuena el canto en armonioso coro.

VII.

Sonrie acaso y su aspereza olvida  
Viéndolas Aldaimon, y tierno lazo  
Téjele en tanto su beldad querida  
Con dulce beso y con amante abrazo;  
A grata calma y á placer convida  
Y á deleite suavísimo el regazo  
Donde reposa, y por mayor delicia  
Blanca y hermosa mano le acaricia.

CUADRO DEL HAMBRE.

VIII.

Mas todo en vano fué: bárbaro estrago  
Mientras el hambre en la ciudad hacia;  
La muerte ya con silencioso amago  
Señalaba sus víctimas impía:  
Busca en la madre cariñoso halago  
El tierno infante que en su amor confía,

Seco el pecho encontrando: ella le mira,  
Y horrorizada el rostro de él retira.

IX.

Gime el anciano en lecho de tormento,  
Y va sintiendo la cercana muerte,  
Al hijo tiende el brazo amarillento,  
Y árido llanto al abrazarlo vierte.  
Quién con horridas muestras de contento,  
Feliz creyendo su infelice suerte,  
A su padre su misma sangre lleva  
Para que de ella se alimente y beba.

X.

Viérase allí grabada en los semblantes  
La desesperación: triste suspira  
Y eleva aquel las manos suplicantes;  
Cuál, mordiendo en sí mismo en ansia espira,  
Tal, clavados los ojos penetrantes,  
Morir sus hijos y su esposa mira  
Con risa horrible, y muere recrujendo  
Los dientes y las manos retorciendo.

XI.

Pálido, y flaco, y lánguido con lento  
Paso camina el moribundo hispano:  
Sobre su lanza carga el macilento  
Cuerpo y se apoya en la derecha mano;  
Los ojos con horror, sin movimiento,  
Ávidos fija sobre el muerto hermano  
Y hambriento goza y lo devora, en donde  
Avaro cree que á los demás se esconde.

XII.

Las calles en silencio sepultadas  
Sólo ocupan algunos moribundos,  
Las manos reciamente enclavijadas,  
Despidiendo tal vez ayes profundos:  
Laten en torno entrañas destrozadas  
Y miembros de cadáveres inmundos,  
Que forzado del hambre asoladora,  
Cuál como grato pasto los devora.

XIII.

Para mayor martirio les presenta  
Con recuerdo fatal su fantasía  
Los manjares tal vez de la opulenta  
Mesa que desdénaron algún día:  
Ora las aves de rapina ahuyenta,  
Avido el moribundo en su agonía  
Disputando el festín, y sus gemidos  
Se mezclan con los fúnebres graznidos.

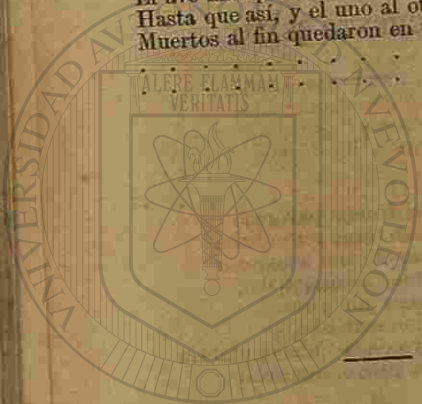
XIV.

Cuál al lanzar el postrimer aliento,  
Ve feroz buitres que sobre él se arroja,  
Y en la angustia del último momento  
Lucha con él en su mortal congoja:  
Los dedos hincea con furor violento  
En la entraña del pájaro, que, roja  
La corva garra en sangre, aleteando,  
Va con su pico el pecho barrenando.

XV.

El moribundo, lívido el semblante,  
Los ojos vuelve en blanco en su agonía,  
Mientras tenaz el buitres devorante

Ahonda el pico con mayor perfia;  
Mas el hambre le aprieta á cada instante:  
El ave más profundizar ansia,  
Hasta que así, y el uno al otro junto,  
Muertos al fin quedaron en un punto.



FRAGMENTO SEXTO

I.

Era la noche: el trueno pavoroso  
Ronco estallando en torno retumbaba,  
Y en mar inmenso el cielo tenebroso  
Con violento turbión se desgajaba;  
El rápido relámpago lumbroso  
Al aire desprendido serpeaba,  
Y ardiendo el rayo en la tiniebla umbría  
Del orbe la honda base estremecía.

II.

Todo era horror, y en la común tristeza  
Único asilo el templo sacrosanto;  
El muro abandonaba en su flaqueza  
El guerrero español bañado en llanto;  
El tardo incierto paso allí endereza  
Inmensa turba con horror y espanto,  
Y ante la imágen de Jesús postrados,  
No osan alzar sus ojos aterrados.

III.

Lejos de todo solitario gime,  
Cerrado en una lóbrega capilla,  
Y negra pena el corazón le oprime,



El noble jefe de la gran Sevilla;  
Ya no alienta su ejército; no esgrime  
Ya triunfador la intrépida cuchilla,  
Que embebecido en su pesar doliente,  
Apénas mis cercanos pasos siente.

IV.

Yelmo y escudo aparte descuidados,  
El anciano á sus pies tendidos tiene,  
Y los ojos de lágrimas cargados,  
Su diestra el rostro lánguido sostiene:  
Sus exánimes miembros fatigados  
Contra un altar inmóviles mantiene,  
Y tan sólo los ojos á mi acento  
Tornó hácia mí con leve movimiento.

V.

«Noble anciano, exclamé, dura es la muerte,  
Cuando se acerca inevitable y lenta,     ¡te,  
Y no sirve el valor contra la suerte,  
Y antes más bien el infortunio aumenta.  
Mas ¡quien resistirá si un pecho fuerte,  
Como es el tuyo desmayado alienta!»  
Dije, y en tanto el misero gemía,  
Y con endeble voz me respondía.

VI.

«Triste en verdad estoy; mas ¡ay! no es le-  
La causa de mis lágrimas; dichoso     [ve  
Tú mil veces, oh jóven, que harto breve  
Será tu padecer y harto glorioso,  
Por más que en tí con ímpetu se cebe  
La cólera del hado rigoroso!  
Tú no conoces mi dolor ¡ay triste!  
Tú nunca el hijo de tu amor perdiste.»

VII.

«Misero y sólo en tanta desventura,  
Su dulcísima voz no oíré espirando,  
Ni con trémula mano en su tristura  
Me cerrará los párpados llorando;  
Inútil viejo de la muerte dura  
En mi amargo dolor el golpe ansiando,  
Solo y en bien de mi ciudad confío,  
¡Oh gran Pelayo! en tu prudencia y brío.»

VIII.

Mi corazón de lástima llagado,  
Mi rostro algunas lágrimas eubrieron,  
El noble anciano al ver acongojado,  
Que tantas lides animoso vieron.  
Su grave rostro del dolor marcado,  
Do á par las penas que la edad pusieron  
La mano que su frente encanecir,  
Pálido aun con majestad lucía.

IX.

«Teudis, le dije, el ánimo sustenta:  
Álzate y viste la luciente malla,  
Y el último respiro que te alienta  
Esfuércese á la voz de la batalla.»  
«¡Oh jóven! respondió; dime, ¡qué intenta  
Tú inextinguible ardor? ¿Qué medios halla  
De salvación tu esfuerzo? ¡Ah! ya te sigo:  
Tu voz me reanimó; parto contigo.»

X.

Y esforzándose el héroe á levantarse,  
Sostenido de mí marchó tardío,  
Y en sus lánguidos ojos inflamarse

Se vió la llama de su antiguo brio:  
Como suelen de lumbre colorarse  
Las nubes de tormenta en el estío,  
El fuego que su espíritu animaba,  
En su pálido rostro reflejaba.

XI.

Entre tanto en el templo amontonados  
Hombres, mujeres, niños se veían,  
Y flaco el rostro, pálido, aterrados,  
Espantosos espectros parecían:  
A la luz de los rayos apagados  
De las ondeantes lámparas lucían:  
A par del trueno el huracán bramaba,  
Y del templo en las bóvedas zumbaba.

XII.

Los dos entónces tristes contemplando  
Aquellos fuertes, míseros varones,  
El llanto de mis ojos enjugando  
Por alentar sus fuertes corazones;  
«¡Noble esperanza del cristiano bando,  
Exclamé, generosos campeones!  
Alzad el pecho á contrastar la suerte:  
Muramos, sí, pero con digna muerte.»

XIII.

«Si es fuerza perecer como valientes,  
Perezamos al pié del patrio muro:  
No es tiempo, amigos, ya de ser prudentes:  
La paz, la sumisión, nada hay seguro;  
Ora mandan los hados inclementes  
Morir. ¡Preferiréis al trance duro,

Que á cierta gloria y á venganza guía,  
Tan dilatada y mísera agonía?»

XIV.

Dije, y aquellos héroes á mi acento  
El yerto fuego renacer sentían,  
Que aún no apagado el generoso aliento,  
Ni el entusiasmo bélico tenían:  
Todos al punto luégo en movimiento,  
Mi voz en derredor solo atendían.  
«¡Guíad, dijeron; á morir marchemos:  
Ansia de perecer todos tenemos.»

XV.

«Alto, dije, á la lid: la noche oscura  
Protege ¡oh bravos! el intento mio:  
Ó de una vez muramos con bravura,  
Ó camino nos abra nuestro brio;  
Tal vez nuestro valor logre ventura,  
Tal vez venganza del alarbe impío.»  
Dije, y al punto un escuadrón formaron  
Y en medio á los inermes encerraron.

XVI.

Con tardo paso, con silencio y calma  
A la luz del relámpago partimos,  
Llena de angustia y de zozobra el alma,  
Y el ánimo á la muerte apercebimos.  
Del martirio á alcanzar la ilustre palma  
A campo abierto impávidos salimos:  
En torno todo de tinieblas lleno,  
Rugían tan sólo el huracán y el trueno.

XVII.

Entre las densas sombras temerosos

En cieno y agua hundidos avanzamos,  
Y con ansia y fatiga, cuidadosos  
Cerca del campo musulman llegamos:  
Dóblase la zozobra, y silenciosos  
Ante sus tiendas lóbregas paramos;  
Prestas las armas, próximo el combate,  
De miedo el pecho y de esperanza late.

XVIII.

Mas á su voz por otra repetida,  
Pronta su hueste se presenta armada,  
Y con bárbaro ardor, y arremetida  
Fulminase á nosotros agolpada:  
En las cristianas lanzas recibida  
Fué su improvisa cólera estrellada.  
Torna al asalto y dobla la pelea;  
El tercio Ibero resistiendo ondea.

XIX.

Signe el rumor, la confusion se aumenta;  
Cuál hunde en las entrañas del amigo,  
Que apartado de él lidiando cuenta,  
El arma destinada al enemigo;  
Este, si descargar el golpe intenta,  
Por alto precipicio dá consigo;  
Tal piensa allí que á su escuadron se junta,  
Y halla en el pecho la imprevista punta.

XX.

Cuál allí solo contra mil pelea,  
Y al frente y alrededor hiere y maltrata;

Y en tanto que la maza aquel rodea,  
Otro le oprime el brazo y la arrebatá.  
Ya un escuadron cejando titubea,  
Y otra vez vuelve, y carga y desbaratá:  
Ora cedemos ya; ya paso abrimos;  
Ya tórnanlo á cerrar, ya al fin rompimos.



## CANTO Á TERESA

### DESCANSA EN PAZ.

Bueno es el mundo, ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!  
Como de Dios al fin obra maestra,  
Por todas partes de delicias lleno,  
De que Dios ama al hombre hermosa muestra.  
Salga la voz alegre de mi seno  
A celebrar esta vivienda nuestra;  
¡Paz á los hombres! ¡gloria en las alturas!  
¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

(*María, por D. Miguel de los Santos Alvarez.*)

¡Por qué volveis á la memoria mia,  
Tristes recuerdos de placer perdido,  
A aumentar la ansiedad y la agonía  
De este desierto corazón herido!  
¡Ay! que de aquellas horas de alegría  
Le quedó al corazón sólo un gemido,  
Y el llanto que al dolor los ojos niegan  
Lágrimas son de miel que el alma anegan.

¡Dónde volaron ¡ay! aquellas horas  
De juventud, de amor y de ventura,  
Regaladas de músicas sonoras,

Adornadas de luz y de hermosura?  
Imágenes de oro bullidoras,  
Sus alas de carmin y nieve pura,  
Al sol de mi esperanza desplegando,  
Pasaban ¡ay! á mi redor cantando.

Gorjeaban los dulces ruiseñores,  
El sol iluminaba mi alegría,  
El aura susurraba entre las flores,  
El bosque mansamente respondía,  
Las fuentes murmuraban sus amores....  
¡Ilusiones que llora el alma mia!  
¡Oh! ¡cuán suave resonó en mi oído  
El bullicio del mundo y su ruido!

Mi vida entónces, cual guerrera nave  
Que el puerto deja por la vez primera,  
Y al soplo de los céfiros suave  
Orgullosa despliega su bandera,  
Y al mar dejando que sus piés alabe  
Su triunfo en roneos cantos va velera  
Una ola tras otra bramadora  
Hollando y dividiendo vencedora;

¡Ay! en el mar del mundo, en ánsia ardiente  
De amor volaba: el sol de la mañana  
Llevaba yo sobre mi tersa frente,  
Y el alma pura de su dicha ufana:  
Dentro de ella el amor, cual rica fuente  
Que entre frescuras y arboledas mana,  
Brotaba entónces abundante río  
De ilusiones y dulce desvarío.

Yo amaba todo: un noble sentimiento  
Exaltaba mi ánimo, y sentía

En mi pecho un secreto movimiento,  
De grandes hechos generoso guía:  
La libertad con su inmortal aliento,  
Santa diosa, mi espíritu encendía,  
Continuo imaginando en mi fe pura  
Sueños de gloria al mundo y de ventura.

El puñal de Catón, la adusta frente  
Del noble Bruto, la constancia fiera  
Y el arrojo de Scévola valiente,  
La doctrina de Sócrates severa,  
La voz atronadora y elocuente  
Del orador de Atenas, la bandera  
Contra el tirano Macedonio alzando,  
Y al espantado pueblo arrebataudo:

El valor y la fé del caballero,  
Del trovador el arpa y los cantares,  
Del gótico castillo el altanero  
Antiguo torreón, do sus pesares  
Cantó tal vez con eco lastimero,  
¡Ay! arrancada de sus patrios lares,  
Jóven cautiva, al rayo de la luna,  
Contemplando su ausencia y su fortuna:

El dulce anhelo del amor que aguarda,  
Tal vez inquieto y con mortal recelo;  
La forma bella que cruzó gallarda,  
Allá en la noche, entre medroso velo;  
La ansiada cita que en llegar se tarda  
Al impaciente y amoroso anhelo,  
La mujer y la voz de su dulzura,  
Que inspira al alma celestial ternura:

A un tiempo mismo en rápida tormenta

Mi alma alborotaban de continuo,  
Cual las olas que azota con violenta  
Cólera impetuoso torbellino:  
Soñaba al héroe ya, la plebe atenta  
En mi voz escuchaba su destino:  
Ya al caballero, al trovador soñaba,  
Y de gloria y de amores suspiraba.

Hay una voz secreta, un dulce canto,  
Que el alma sólo recogida entiende,  
Un sentimiento misterioso y santo,  
Que del barro al espíritu desprende;  
Agreste, vago y solitario encanto  
Que en inefable amor el alma enciende,  
Volando tras la imagen peregrina  
El corazón de su ilusión divina.

Yo, desterrado en extranjera playa,  
Con los ojos estáticos seguía  
La nave audaz que en argentada raya  
Volaba al puerto de la patria mía:  
Yo, cuando en Occidente el sol desmaya,  
Solo y perdido en la arboleda umbría,  
Oír pensaba el armonioso acento  
De una mujer, al suspirar del viento.

¡Una mujer! En el templado rayo  
De la mágica luna se colora,  
Del sol poniente al lánguido desmayo  
Lejos entre la nube se evapora;  
Sobre las cumbres que florece Mayo  
Brilla fugaz al despuntar la aurora,  
Cruza tal vez por entre el bosque umbrío,  
Juega en las aguas del sereno río.

¡Una mujer! Deslizase en el cielo  
Allá en la noche desprendida estrella:  
Si aroma el aire recogió en el suelo,  
Es el aroma que le presta ella.  
Blanca es la nube que en callado vuelo  
Cruza la esfera, y en su planta huella,  
Y en la tarde la mar olas le ofrece  
De plata y de zafir, donde se mece.

Mujer que amor en su ilusión figura,  
Mujer que nada dice á los sentidos,  
Ensueño de suavísima ternura,  
Eco que regaló nuestros oídos;  
De amor la llama generosa y pura,  
Los goces dulces del amor cumplidos,  
Que engalana la rica fantasía  
Goces que avaro el corazón ansía:

¡Ay! aquella mujer, tan sólo aquella,  
Tanto delirio á realizar alcanza,  
Y esa mujer tan cándida y tan bella  
Es mentida ilusión de la esperanza:  
Es el alma que vivida destella  
Su luz al mundo cuando en él se lanza,  
Y el mundo con su magia y galanura  
Es espejo no más de su hermosura:

Es el amor que al mismo amor adora,  
El que creó las Sifides y Ondinas,  
La sacra ninfa que bordando mora  
Debajo de las aguas cristalinas:  
Es el amor que recordando llora  
Las arboledas del Eden divinas:  
Amor de allí arrancado, allí nacido,  
Que busca en vano aquí su bien perdido,

¡Oh llama santa! ¡celestial anhelo!  
¡Sentimiento purísimo! ¡memoria  
Acaso triste de un perdido cielo,  
Quizá esperanza de futura gloria!  
¡Huyes y dejas llanto y desconsuelo!  
¡Oh mujer! qué imagen ilusoria  
Tan pura, tan feliz, tan placentera,  
Brindó el amor á mi ilusión primera!...

¡Oh Teresa! ¡Oh dolor! Lágrimas mías,  
¡Ah! ¡dónde estais que no correis á mares!  
¡Por qué, por qué como en mejores días,  
No consolais vosotras mis pesares!  
¡Oh! los que no sabeis las agonías  
De un corazón que penas á millares  
¡Ay! desgarraron y que ya no llora,  
¡Piedad tened de mi tormento ahora!

¡Oh dichosos mil veces, sí, dichosos  
Los que podéis llorar! ¡y ay! sin ventura  
De mí, que entre suspiros angustiosos  
Ahogar me siento en infernal tortura.  
¡Retuércese entre nudos dolorosos  
Mi corazón, gimiendo de amargura!  
También tu corazón, hecho pavesa,  
¡Ay! llegó á no llorar, ¡pobre Teresa!

¡Quién pensara jamás, Teresa mía,  
Que fuera eterno manantial de llanto,  
Tanto inocente amor, tanta alegría,  
Tantas delicias y delirio tanto!  
¡Quién pensara jamás llegase un día  
En que perdido el celestial encanto  
Y caída la venda de los ojos,  
Cuanto diera placer causara enojos!



Aun parece, Teresa, que te veo  
Aérea como dorada mariposa,  
Ensueño delicioso del deseo,  
Sobre tallo gentil temprana rosa,  
Del amor venturoso devaneo,  
Angélica, purísima y dichosa,  
Y oigo tu voz dulcísima, y respiro  
Tu aliento perfumado en tu suspiro.

Y aún miro aquellos ojos que robaron  
A los cielos su azul, y las rosadas,  
Tintas sobre la nieve, que envidiaron  
Las de Mayo serenas alboradas:  
Y aquellas horas dulces que pasaron  
Tan breves, ¡ay! como despues lloradas  
Horas de confianza y de delicias,  
De abandono y de amor y de caricias.

Que así las horas rápidas pasaban,  
Y pasaba á la par nuestra ventura;  
Y nunca nuestras ansias las contaban,  
Tú embriagada en mi amor, yo en tu hermo-  
Las horas ¡ay! huyendo nos miraban, ¡sura:  
Llanto tal vez vertiendo de ternura,  
Que nuestro amor y juventud veían,  
Y temblaban las horas que vendrían.

Y llegaron en fin, ¡oh! ¡quién impió  
¡Ay! agostó la flor de tu pureza!  
Tú fuiste un tiempo cristalino río,  
Manantial de purísima limpieza;  
Despues torrente de color sombrío,  
Rompiendo entre peñascos y maleza,  
Y estanque, en fin, de aguas corrompidas,  
Entre fétido fango detenidas.

¡Cómo cai te despeñado al suelo,  
Astro de la mañana luminoso!  
Angel de luz, ¡quién te arrojó del cielo  
A este valle de lágrimas odioso!  
Aun cereaba tu frente el blanco velo  
Del serafin, y en hondas fulguroso  
Rayos al mundo tu esplendor vertía,  
Y otro cielo el amor te prometía.

Mas ¡ay! que es la mujer ángel caido,  
Y mujer nada más y lodo inmundo,  
Hermoso sér para llorar nacido,  
O vivir como autómata en el mundo.  
Sí, que el demonio en el Eden perdido,  
Abrasara con fuego del profundo  
La primera mujer, y ¡ay! aquel fuego  
La herencia ha sido de sus hijos luego.

Brota en el cielo del amor la fuente,  
Que á fecundar el universo mana,  
Y en la tierra su limpida corriente  
Sus márgenes con flores engalana;  
Mas, ¡ay! huid, el corazon ardiente  
Que el agua clara por beber se afana,  
Lágrimas verterá de duelo eterno,  
Que su raudal lo envenenó el infierno.

Huid, si no quereis que llegue un día  
En que enredado en retorcidos lazos  
El corazon, con bárbara porfia  
Lucheis por arrancároslo á pedazos:  
En que al cielo en histérica agonía  
Frenéticos aaleis entrambos brazos,  
Para en vuestra impotencia maldecirle,  
Y escupiros, tal vez, al escupirle.

Los años ¡ay! de la ilusión pasaron,  
Las dulces esperanzas que trajeron  
Con sus blancos ensueños se llevaron,  
Y el porvenir de oscuridad vistieron:  
Las rosas del amor se marchitaron,  
Las flores en abrojos convirtieron,  
Y de afán tanto y tan sonada gloria  
Sólo quedó una tumba, una memoria.

¡Pobre Teresa! ¡Al recordarte siento  
Un pesar tan intenso! Embarga impío  
Mi quebrantada voz mi sentimiento,  
Y suspira tu nombre el labio mío:  
Para allí su carrera el pensamiento,  
Hiela mi corazón punzante frío  
Ante mis ojos la funesta losa,  
Donde vil polvo tu beldad reposa.

Y tú feliz, que hallastes en la muerte  
Sombra á que descansar en tu camino  
Cuando llegabas, misera, á perderte  
Y era llorar tu único destino:  
Cuando en tu frente la implacable suerte  
Grababa de los réprobos el sino!  
Feliz, la muerte te arrancó del suelo,  
Y otra vez ángel te volviste al cielo.

Roida de recuerdos de amargura,  
Arido el corazón, sin ilusiones,  
La delicada flor de tu hermosa  
Ajaron del dolor los aquilones:  
Sola, y envilecida, y sin ventura,  
Tu corazón secaron las pasiones:  
Tus hijos ¡ay! de ti se avergonzaron,  
Y hasta el nombre de madre te negaron.

Los ojos escaldados de tu llanto,  
Tu rostro cadavérico y hundido;  
Único desahogo en tu quebranto,  
El histérico ¡ay! de tu gemido:  
¡Quién, quién pudiera en infortunio tanto  
Envolver tu desdicha en el olvido,  
Disipar tu dolor y recogerte  
En su seno de paz! ¡Sólo la muerte!

¡Y tan joven, y ya tan desgraciada!  
Espíritu indomable, alma violenta,  
En tí, mezquina sociedad, lanzada  
A romper tus barreras turbulenta,  
Nave contra las rocas quebrantada,  
Allá vaga, á merced de la tormenta,  
En las olas tal vez náufraga tabla,  
Que sólo ya de sus grandezas habla.

Un recuerdo de amor que nunca muere  
Y está en mi corazón; un lastimero  
Tierno quejido que en el alma hiere,  
Eco suave de su amor primero:  
¡Ay! de tu luz, en tanto yo viviere,  
Quedará un rayo en mí, blanco lucero,  
Que iluminaste con tu luz querida  
La dorada mañana de mi vida.

Que yo, como una flor que en la mañana  
Abre su cáliz al naciente día,  
¡Ay! al amor abrí tu alma temprana,  
Y exalté tu inocente fantasía,  
Yo inocente también ¡oh! cuán ufana  
Al porvenir mi mente sonreía,  
Y en alas de mi amor, ¡con cuánto anhelo  
Pensé contigo remontarme al cielo!



Y alegre, audaz, ansioso, enamorado,  
En tus brazos en lánguido abandono,  
De glorias y deleites rodeado  
Levantar para ti soñé yo un trono:  
Y allí, tú venturosa y yo á tu lado,  
Vencer del mundo el implacable encono,  
Y en un tiempo, sin horas ni medida,  
Ver como un sueño resbalar la vida.

¡Pobre Teresa! Cuando ya tus ojos  
Aridos ni una lágrima brotaban;  
Cuando ya su color tus labios rojos  
En cárdenos matices se cambiaban;  
Cuando de tu dolor tristes despojos  
La vida y su ilusión te abandonaban,  
Y consumía lenta calentura  
Tu corazón al par de tu amargura;

Si en tu penosa y última agonía  
Volviste á lo pasado el pensamiento;  
Si comparaste á tu existencia un día  
Tu triste soledad y tu aislamiento;  
Si arrojó á tu dolor tu fantasía  
Tus hijos ¡ay! en tu postrer momento  
A otra mujer tal vez acariciando,  
Madre tal vez á otra mujer llamando;

Si el cuadro de tus breves glorias viste  
Pasar como fantástica quimera,  
Y si la voz de tu conciencia oíste  
Dentro de tí gritándote severa;  
Si, en fin, entónces tú llorar quisiste  
Y no brotó una lágrima siquiera  
Tu seco corazón, y á Dios llamaste,  
Y no te escuchó Dios, y blasfemaste;

¡Oh! ¡cruel! ¡muy cruel! ¡martirio horren-  
do!  
¡Espantosa expiación de tu pecado!  
Sobre un lecho de espinas, maldiciendo,  
Morir, el corazón desesperado!  
Tus mismas manos de dolor mordiendo,  
Presente á tu conciencia lo pasado,  
Buscando en vano, con los ojos fijos,  
Y extendiendo tus brazos á tus hijos.

¡Oh! ¡cruel! ¡muy cruel!..... ¡Ay! yo entre  
Dentro del pecho mi dolor oculto, [tanto  
Enjugo de mis párpados el llanto  
Y doy al mundo el exigido culto:  
Yo escondo con vergüenza mi quebranto,  
Mi propia pena con mi risa insulto,  
Y me divierto en arrancar del pecho  
Mi mismo corazón pedazos hecho.

Gocemos, si; la cristalina esfera  
Gira bañada en luz: ¡bella es la vida!  
¡Quién á parar alcanza la carrera  
Del mundo hermoso que al placer convida?  
Brilla radiante el sol, la primavera  
Los campos pinta en la estación florida:  
Truéquese en risa mi dolor profundo.....  
Que haya un cadáver más ¡que importa al

[mundo!]

FIN.





## ÍNDICE.

Pags.

### POESÍAS LÍRICAS.

Serenata. . . . .	5
A una dama burlada. . . . .	7
A la noche, romance. . . . .	9
El pescador. . . . .	11
Oscar y Malvina.—La despedida. . . . .	14
El combate. . . . .	17
Al sol, himno. . . . .	19

### CANCIONES.

La cautiva. . . . .	23
Cancion del pirata. . . . .	25
El canto del cosaco. . . . .	28
El mendigo. . . . .	31
El reo de muerte. . . . .	35
El verdugo. . . . .	40

### ASUNTOS HISTÓRICOS.

A la muerte de Torrijos y sus compañeros. . . . .	44
---	----

A la muerte de D. Joaquín de Pablo (Chapalangarra) . . . . .	45
Despedida del patriota griego de la hija del apóstata. . . . .	47
¡Guerra! . . . . .	51
A la patria, elegía. . . . .	53
Soneto. . . . .	56
A una estrella. . . . .	56
A Jarifa en una orgía. . . . .	60

CUENTO.

El estudiante de Salamanca. . . . .	64
El dos de Mayo. . . . .	127
Ensayo épico.—Fragmentos de un poema titulado <i>El Pelayo</i> . . . . .	132
Fragmento segundo. . . . .	138
Fragmento tercero. . . . .	141
El consejo. . . . .	152
La procesion. . . . .	156
Fragmento cuarto. . . . .	159
Fragmento quinto. . . . .	163
Cuadro del hambre. . . . .	165
Fragmento sexto. . . . .	169
Canto á Teresa. . . . .	176



UNIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

JEV  
DTE